

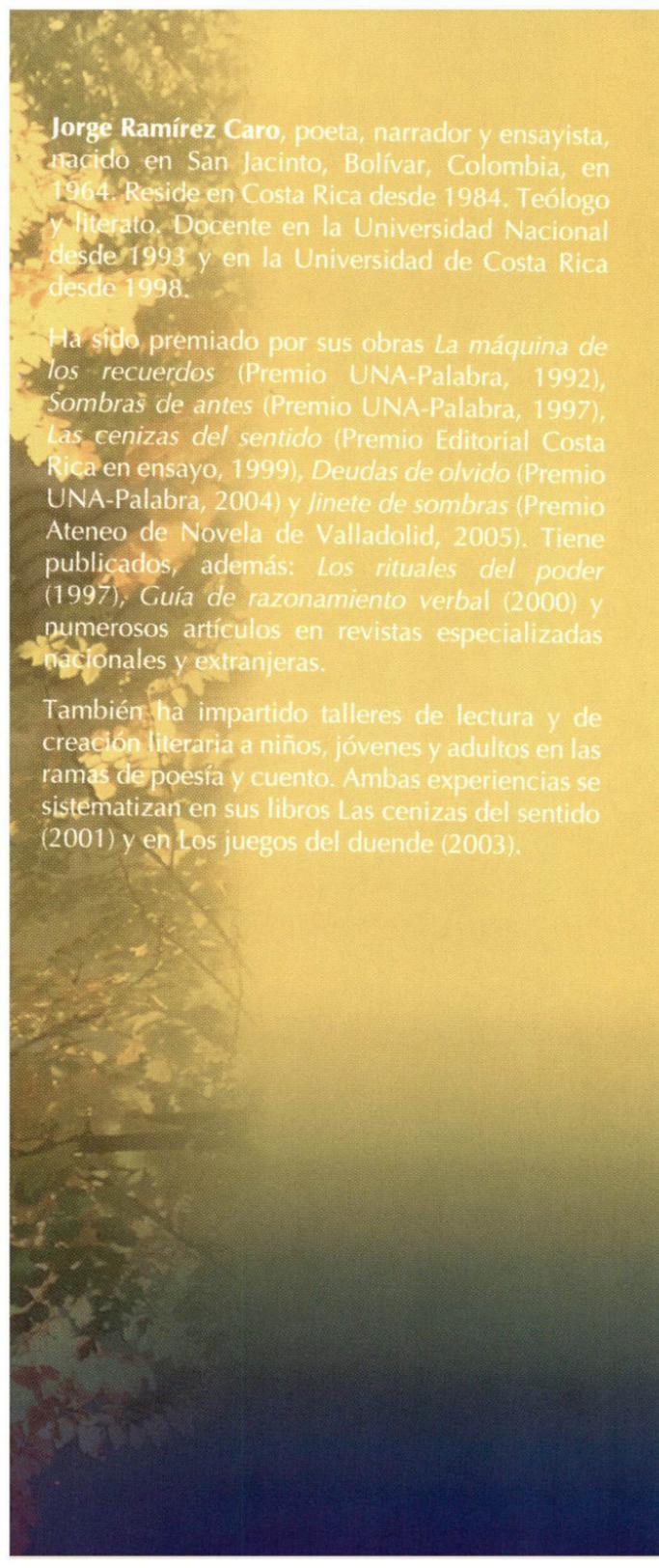
Jorge Ramírez Caro



# Deudas de olvido

Cuentos





**Jorge Ramírez Caro**, poeta, narrador y ensayista, nacido en San Jacinto, Bolívar, Colombia, en 1964. Reside en Costa Rica desde 1984. Teólogo y literato. Docente en la Universidad Nacional desde 1993 y en la Universidad de Costa Rica desde 1998.

Ha sido premiado por sus obras *La máquina de los recuerdos* (Premio UNA-Palabra, 1992), *Sombras de antes* (Premio UNA-Palabra, 1997), *Las cenizas del sentido* (Premio Editorial Costa Rica en ensayo, 1999), *Deudas de olvido* (Premio UNA-Palabra, 2004) y *Jinete de sombras* (Premio Ateneo de Novela de Valladolid, 2005). Tiene publicados, además: *Los rituales del poder* (1997), *Guía de razonamiento verbal* (2000) y numerosos artículos en revistas especializadas nacionales y extranjeras.

También ha impartido talleres de lectura y de creación literaria a niños, jóvenes y adultos en las ramas de poesía y cuento. Ambas experiencias se sistematizan en sus libros *Las cenizas del sentido* (2001) y en *Los juegos del duende* (2003).





# **DEUDAS DE OLVIDO**



Jorge Ramírez Caro

# DEUDAS DE OLVIDO





**euna**

© EUNA

Editorial Universidad Nacional

Heredia, Campus Omar Dengo

Costa Rica

Teléfono: 277-3825 / Fax: 277-3204

Correo electrónico: editoria@una.ac.cr

Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)

© Deudas de olvido

Jorge Ramírez Caro

Primera edición 2005

Premio Certamen UNA-Palabra 2004 (cuento)

Jurado calificador: Roxana Reyes Rivas, Víctor Alvarado Dávila y

Carlos Porras Jara

Dirección editorial: Alexandra Meléndez C.

Diseño de portada: Thelma Carrera C.

C863.44

D173d Caro Ramírez, Jorge, 1964-

Deudas de olvido / Jorge Ramírez Caro.

— 1a. ed. — Heredia, C.R. : EUNA, 2005.

159 p. ; 21 cm.

ISBN 9977-65-274-0

1. CUENTOS COSTARRICENSES.

2. LITERATURA COLOMBIANA. I. Tí-

tulo.

De conformidad con la Ley N° 6683 de Derechos de Autor y Derechos Conexos es prohibida la reproducción de este libro en cualquier forma o medio, electrónico o mecánico, incluyendo el FOTOCOPIADO, grabadoras sonoras y otros, sin el permiso escrito del editor.

*A nuestros abuelos:  
memoria de nuestros sueños.*



## Contenido

Presentación .....	11
Deudas de olvido .....	17
Dos viejos de paseo .....	25
Quién contenta al viejo .....	31
Entre dos oscuridades .....	35
Desaparecido .....	41
La muerte del gallo .....	47
El regreso de un extraño .....	59
Peregrinos de otro tiempo .....	69
Nacido en otra orilla .....	75
A través del aire .....	89
Tercera encarnación .....	93
Lobo y sin mañas .....	101
Planes ajenos .....	109
Dormido en la oscuridad.....	115
Sombras en exilio .....	121
La prueba .....	127
El ángel del Diablo .....	135

Los perros del paraíso .....	143
Proyecto exterminio .....	145
Nuestra canción triste para otros .....	151
Un golpe de palabra .....	157

## PRESENTACIÓN

Jorge Ramírez Caro sigue confirmándose como un buen forjador de mundos pero, en esta obra, de mundos tristes, descritos en tonos grises, la mayoría de ellos habitados por personajes sufrientes, atormentados y, sin embargo, personajes siempre intensos y a ratos tragicómicos; ha preferido en estos relatos, por ejemplo, escribir sobre los viejos, esos seres así agrupados en el lenguaje del día bajo el eufemismo de adultos mayores; se muestra en sus cuentos cómo éstos van siendo olvidados, primero por la sociedad, luego por la familia y, por último, hasta por la vida; pero, allí deben continuar en la batalla rutinaria por terminar cada día, para prepararse a enfrentar mañana, de algún modo, el final definitivo. O bien, Ramírez Caro dirige su mirada y su pluma para escribir sobre la situación tensa de algún enfermo, o narra acerca de la obsesiva espera de unos padres atormentados por la desaparición de un hijo, de un ser querido.

*Deudas de olvido* parece portar esa misión de relatar sobre la soledad, sobre el dolor de seres cotidianos del presente empobrecido, de aquí o de más allá, como para cauterizar una herida. Y tal es el sentido del

primero de los relatos que, con aquel título, da nombre al libro, mostrando el desamparo de dos ancianos abandonados en una vieja y silenciosa casona pueblerina que alguna vez estuvo también habitada por la ya casi olvidada algarabía de sus catorce hijos. Otro relato amargo de vejez, abandono y nostalgias es “Peregrinos en otro tiempo”, un diálogo de viejos que, como tantos, cierto, en otros tiempos conocieron del bienestar, pero arrojados en el presente de la acción al miedo y a la mendicidad.

Otros cuentos sobre personas mayores tienen un matiz más optimista y, así, por ejemplo, indagan temas humanos positivos, como la amistad; tal es el caso de “Dos viejos de paseo” o “Lobo y sin mañas”, que, además recrea el lamento de un varón otoñal por la oportunidad dejada pasar de un amor brindado con pasión, pero que no se supo cosechar en el tiempo oportuno. Y sobre este mismo tema es el cuento que cierra la colección, “Nuestra canción triste para otros”, expresión del dolor causado por la inexorable verdad de que el tiempo o la pasión desperdiciados no serán ya nunca recuperados. Una graciosa excepción es el cuento “La prueba”, donde los vencedores de una competencia atlética son los viejos, uno de los cuales, señalándose el pecho, no deja de recordar que “la juventud está aquí adentro”. En fin, espera al lector una serie de cuentos sensibles e inteligentes que van precedidos por esta dedicatoria inequívoca: “A nuestros abuelos, memoria de nuestros sueños”.

Una semblanza biográfica resulta necesaria en este punto: Jorge Ramírez Caro salió de Colombia siendo un muchacho; se ha hecho escritor en Costa Rica.

Aquí realizó su formación universitaria y aquí se encontró con el quemante desafío de la literatura, el cual pareciera que decidió enfrentar organizadamente: primero, iniciando su formación profesional en ese campo, y luego, tomando la pluma para probar en el terreno de la poesía, en el que logró varios reconocimientos universitarios, y otros, como el Certamen Brunca de Poesía; después ha sido constante en el cultivo del cuento, donde comenzó publicando *La máquina de los recuerdos*, libro que resultó ganador del Certamen UNA-Palabra en 1992; a ése siguió otro no menos afortunado, *Sombras de antes*, también ganador de este certamen en 1997, y ahora repite triunfos con esta colección de veinte cuentos sobre las deudas del olvido.

Al mismo tiempo que dejaba a su imaginación el proceso de los cuentos, reflexionaba sobre cuestiones teóricas de las letras porque en el terreno del ensayo analítico, Ramírez Caro dio a luz en 1997 *Los rituales del poder*, un estudio sobre teoría y análisis literario, asuntos que amplía en *Las cenizas del sentido*, libro con el cual obtuvo el Premio Editorial Costa Rica de Ensayo del año 1999. También es suyo *Los juegos del duende*, libro publicado en el 2003, conjunto de reflexiones sobre la creación y la práctica poéticas. Por último, y recientemente, Jorge Ramírez Caro ha ingresado con el pie derecho en el campo de la novela, ganando en España el premio Ateneo de Valladolid con la obra titulada *Jinete de sombra*, en la cual —nos adelanta— se recrea el martirio familiar sufrido por la violencia que asola a su país de nacimiento.

De este repaso rápido de su hacer y su obra, resulta sensato y justo proponer que Ramírez Caro es

así tanto ciudadano de Colombia como de Costa Rica y, sobre todo, aclarar que esta doble pertenencia se halla bien registrada a lo largo de sus obras: ensayos que dan cuenta de su formación y de su quehacer profesional en la Universidad Nacional y en la de Costa Rica; ficciones que reflejan mundos de hoy y de un antes que no quiere borrarse. Hay muchos, muchos recuerdos vivos de esa Colombia costeña de la infancia y de la familia distante y sufriente que reaparecen en sus relatos; es, claro, la del país hecho un pueblo, o un barrio asolado por la violencia y la soledad, arrasados por esos jinetes de sombra y muerte, como muy bien se lee en el intenso relato “Sombras en exilio”. Y hay también la presencia viva de la Costa Rica actual, donde este escritor y profesor vive, trabaja, lee y escribe y levanta su familia; esta nueva patria se recrea y se encuentra en las figuras de personajes menores, actores modestos de varios de estos cuentos, portadores algunos de ellos de ciertos sarcásticos rasgos autobiográficos.

En esa alternancia de tonos, la intensidad narrativa de *Deudas de olvido* alcanza puntos muy altos, como en “Nacido en otra orilla”, que por su crueldad y crudeza nos hace recordar pasajes de *El señor presidente*, la novela célebre de Miguel Ángel Asturias, como para acentuar la trágica verdad de que esos hechos horribles no han desaparecido de algunas tierras de Hispanoamérica. Porque si bien los relatos de Ramírez Caro no dejan de centrar su foco en las tensiones contextuales del presente, tampoco niegan una que otra filiación literaria prestigiosa que los modela, como en el caso citado, o como en “Nuestra canción triste para otros”, donde los acentos del tono de Juan

Rulfo se hacen sutilmente presentes. Es decir, Ramírez Caro se pule como debe pulirse un escritor de estos días: conociendo y asumiendo ese hacer previo de su gremio como parte de su escuela y de su taller de narrador. Este libro muestra a un escritor maduro, y anuncia también lo mucho que le quedará por alcanzar.

*Juan Durán Luzio*



## Deudas de olvido

*a Julia y a Julián*

**D**esatinado, como una luz sin sombra, iba el viejo dejando perdidos los pasos por la casa cada vez más grande, más ausente, más extraña a sus sentidos, a sus recuerdos. Salía hasta la puerta de atrás y se quedaba mirando lejos, como si de los ojos se le hubiera salido un pájaro y quisiera saber adónde había ido a pararse. Pero el verde de las hojas ya no era verde, la distancia de las cosas era cada vez más grande. “El mundo se me está yendo, Julia”, decía con tristeza cuando ella llegaba a preguntarle qué es lo que tanto miras. “Ya ni yo mismo me encuentro aquí. Quién sabe dónde debo andar de ahí para allá”, y extendía el brazo mostrando la distancia. Julia le pasaba la mano por la espalda para que él comprendiera que ella lo comprendía, porque también le estaba pasando lo mismo. “Tú no te ves allá afuera y yo no sé quién soy acá dentro”, contestaba la vieja, que no recordaba dónde ponía el azúcar, dónde la sal, dónde el café. Días hubo que endulzó el café con jabón en polvo; otro día le echó cal a la comida; otro día se trataba de enjabonar con una piedra pómez que una de sus nietas dejó en el

baño. El mundo exterior se les iba escondiendo. La vida ya no quería andar con ellos. A los hijos poco les importaba en qué laberinto estaban perdiéndose sus viejos.

Rigor era que todos los diciembre llegaran sus hijos con sus hijos a recoger lo que el Niño les había traído. Eso hace ya diez años, cuando los viejos se sabían y recordaban los nombres de cada uno de sus hijos, nietos y bisnietos. Pero desde que comenzaron a desvariar, los hijos creyeron que no era bueno que los más jóvenes vieran el estado alucinatorio en que iban cayendo aquellos viejos troncos que habían entregado todas sus hojas para cobijar a quienes se acercaran a ellos, en verano o en invierno. El tiempo cada día les iba quitando más, cada vez les daba menos de lo que ellos merecían. “Hasta los nietos se nos están yendo”, dijo el viejo Julián una tarde que la vieja lo encontró llorando como un bebé en el quicio de la puerta. “No sólo se nos están yendo en vida, sino que ya no me acuerdo de sus nombres y si los recuerdo no sé si son los hijos de Justina, de Aguedita, de Fulgor o de los otros”. Julia decía lo mismo y se quedaba sentada a la par de él como queriendo decirle a nosotros ni siquiera nos queda el consuelo de la memoria cuando la realidad se ha ido, ni siquiera nos alienta el poder recordar viejos tiempos, porque un muro de olvido nos separa de todo el mundo, de todo ayer, de toda la otra vida que tuvimos cuando fuimos nosotros. “Ahora sabemos cómo nos han pagado por todo lo que hicimos”, decía ella, tratando de ocultar su hondo pesar, mientras el viejo buscaba algún hilo de memoria, algo que echarle en el alma para apaciguarle un poco ese anes-teciante ardor que va inoculando la soledad. “Lo que

no sabemos es quién nos va a pagar por todo lo que nos han quitado”, terminaba la vieja, desconsolada, con una lágrima que le resbalaba por la arrugada piel de la cara.

Algunas noches se sentaban en la puerta de la casa para ver pasar a alguien y decirle adiós sin recordar siquiera de quién se trataba. Lo importante era saberse que estaban todavía en este mundo y que alguien los podía reconocer. Pero nadie les contestaba, nadie miraba hacia esa casa vieja de casi un siglo que olía a orines, a mierda de murciélago, a puro mapurito. Decepcionados, se iban a la cama. Ella lo llevaba del brazo, diciéndole cuidado con ese taburete, la puerta está más allá. Entraban al cuarto y sus sombras en las paredes parecían dos gallinazos enormes con las alas caídas. “El lado tuyo es aquel”, decía ella, y se metían en la cama, apagaban la lámpara y comenzaban, ya no a hacer una pormenorizada conversa sobre el destino de cada uno de los del barrio, sino a hacer números, a especular, a tratar de adivinar de quién era aquel muchacho que pareció haberlos mirado de reojo, pero que no dijo nada. “Se me hace conocido, pero no recuerdo de quién es”, era la conclusión a la que llegaban antes de perderse en las primeras sombras del sueño. Dormían como niños abrazados a su juguete de siempre, como si todas las noches fuera la primera o la última de sus vidas. Estaban resignados a morir, pero nadie los iba a poder separar, porque habían jurado morir juntos. “Si yo no amanezco, tú te aferras a mí. No vayas a dejar que me entierren sola. Que nos echen a los dos en el mismo hueco. No quiero quedarme a cobrar lo que la memoria no me devuelve”. Y se dejaban caer

en el hueco de la almohada con un hondo temblor, con un terrible cansancio, con un nudo negro en el alma por no haber podido dar con el nombre de nadie. “Es inútil querer atar lo que ya se fue. Es como querer dar con las piezas de un sueño que vino para irse de inmediato”, decía él pasando su mano por la canosa cabellera de Julia.

Ambos se habían dado cuenta de que hablaban dormidos. Al principio, el despierto no se daba cuenta de que el otro dormía. Simplemente cerraba los ojos y continuaban la conversación iniciada en la puerta de la casa. Con una lucidez, el dormido contaba pormenores que no se le hubieran ocurrido despierto. Pero cuando era Julián el que dormía y ella la que no lograba dormir, se daba cuenta de que su marido era capaz de saber en qué calle vivían, el nombre del barrio, de los vecinos, la fecha de su nacimiento, dónde la había conocido y las cosas más absurdas e íntimas. Ella aprovechaba aquella oportunidad para arrebatarse al tiempo lo que el olvido les había robado.

—¿De modo que tuviste otra? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Cosas de hombre.

—¿Con que eso era?

—Había que tener otra para que no dijeran que una lo había conquistado a uno.

La vieja lloraba por lo tarde que llegaba al conocimiento del pasado: cuando ya no se podía hacer nada. Miraba el cuarto oscuro. Oía a su hombre hablar. No tenía ningún recuerdo hacia donde irse, ninguna lucecita de esas que titilan en el alma para refugiarse un rato y llorar su desengaño. Estaba allí mirando,

como quien espera que de las sombras apareciera alguien y le dijera algo para consolarla. La luna apenas hacía visible el marco de la ventana. Los grillos no dejaban de sonar. Pero para sus oídos, aquellos animales estaban demasiado lejos. “¿Por qué no vendrán a vernos nuestros hijos, Julia?”, oyó que preguntó el viejo dormido. “¿Cuáles hijos? ¿De qué estás hablando, Julián?”. “Nuestros hijos. Tuvimos catorce. ¿Ya no te acuerdas? Se nos murieron tres”. Nombraba a cada uno, con fecha de nacimiento, día de bautismo, padrinos, santos del día, con quiénes se habían casado, el nombre de los hijos, el nombre de los consuegros, el día que se casó el menor, el aguacero que se vino. Después seguía con los bisnietos. “Once hijos, cuatro mujeres y siete hombres; cuarentitres nietos, diecinueve hombres y veinticuatro mujeres; y siete bisnietos, cuatro niñas y tres niños. ¿Adónde se habrán ido, Julia?”. Ella nada sabía de eso. No recordaba nada de lo que él decía. Se le caían las lágrimas, mientras el viejo continuaba hablando dormido, respondiendo lo que ella le preguntara, creyendo que todo aquello que le decía eran cosas de sus desvaríos. Al amanecer, al encontrarla con aquella cara como si el sueño la hubiera golpeado, Julián le preguntaba qué te sucede, Julia, y ella no sabía nada, no recordaba nada de todo lo que él había dicho.

—Vuélveme a contar lo que me dijiste anoche, cuando dormías. Quiero que me lo digas ahora para ver si se me queda algo, Julián.

—No recuerdo haberte dicho nada.

—Cuando estabas dormido, me hablabas en sueños.

—No sueño desde hace mucho tiempo.

Y Julia se ponía a ver por la ventana y pensaba ya me estoy volviendo loca. Miraba los árboles de verano como queriendo ir más allá de lo que se le había ido para hacerlo volver a su vida.

—Con el tiempo ya no sabremos nuestros nombres, ni sabremos quiénes somos, Julián —decía para ver si él la seguía en su pensamiento.

—La vida que nos prestaron ya se la han venido a llevar.

—Nos prestaron una, pero se han llevado dos. No tenían que habernos quitado los recuerdos. ¿De qué vamos a vivir los viejos? ¿Hacia dónde nos vamos a escapar? Sin esa ventanita nos ahogaremos en este túnel, sin que nadie se entere de que estamos de este otro lado.

—Así es —dijo Julián como para cerrar una conversación.

Se pasaban el día preguntando por las cosas que no lograban ver y que ahora no recordaban su nombre. Una que otra vez llegaba uno de sus hijos a darles una vuelta, a ver cómo estaban, a bañarlos, a mudarlos de ropa, a hacerles alguna comidita. Ellos comenzaban a preguntarle y usted quién es, en dónde vive, de quién es hijo... Algunas veces la atención se centraba en las cosas que ya no reconocían y empezaban con su y esto qué es y el hijo un espejo, y para qué sirve, para verse, y por qué nosotros no nos vemos, y el hijo se quedaba pensando es que los espejos no se hicieron para los viejos chochos, caducos y tras de eso se están quedando ciegos. Hasta ese momento se daba cuenta de que a aquellos viejos ya no les pertenecían las cosas, nada

les era familiar y por eso hacían sus necesidades en cualquier parte de la casa, orinaban en las ollas, cagaban en la cama y dormían en la mesa. Entonces el hijo, el último de sus hijos, comenzaba a enseñarle a aquellos niños desmemoriados esto es una mesa, estos son unos platos, esta es una silla, esta es una olla, esta es una cuchara, esto es comida. En los platos se sirve la comida, uno se sienta en la silla a la par de la mesa, así, y se sentaba para que ellos vieran, y con la cuchara comienza a comer la comida, así, y se echaba una cucharada de sopa en la boca y hacía el trago, después una de arroz y comenzaba a masticar y después tragaba para que los viejos aprendieran cómo se hacía. Después de que los había dejado comidos, seguía enseñándoles la casa y las cosas que ellos tenían que utilizar a diario, esta es la cama, aquí deben dormir, uno aquí y el otro al lado, e iba mostrándoles las cosas conforme iban saliendo las preguntas de la boca de aquellos dos viejos desmemoriados y olvidadizos. Cuando ya el hijo se iba, ellos comenzaban con las mismas preguntas del principio porque todo se lo había llevado el viento. Más tardaba el hijo en decirles el nombre y la función de las cosas que ellos para olvidar. Era como echar agua en un canasto. Después se olvidaron de hacer preguntas y siguieron viviendo sus últimos días de viejos invisibles, de abuelos ineptos que no sabían para qué eran los pies y habían olvidado la forma erecta del hombre y ahora se arrastraban por el piso de la casa, pasaban por encima de sus propios orines y excrementos y dormían donde hasta hace unos años dormía el perro. En sus sueños sabían que el tiempo había venido por ellos, por todo lo que ellos eran y

habían sido. Sabían que el tiempo había pasado por ahí porque les había saqueado todo su ayer, y ya no les importaba lo que el tiempo se llevara, lo que la vida les cobrara de más, las deudas que la memoria les echara en cara. Habían perdido hasta la noción de los sentimientos, de los ademanes, de los gestos: a veces reían con cara de tristeza y melancolía; otras veces lloraban con la más alegre cara de felicidad. Cuando no estaban desnudos, ella se ponía la ropa de él y él la de ella. Algunas veces dormían todo el día y pasaban la noche arrastrándose por la oscuridad de la casa. El mundo ahora estaba más ausente de ellos y con ninguna mano lograban tocar la realidad, esa realidad que antes soñaban e imaginaban. Nada de aquello quedaba allí en las afueras del pueblo donde habían comenzado a levantar la vida y ahora la vida les daba la espalda. Ahora ni las palabras podían hacer volver las cosas ni nadie que llegara a devolverles la luz de los ojos, el calor de las manos, el sabor del pan, la felicidad de los abrazos. En su interior ya no sabían dónde estaban ni quiénes eran. Los pasos se habían terminado de perder en esas idas y vueltas al mismo sitio. Antes eran dos huellas, después tres, más tarde cuatro y ahora una forma de reptil que se momifica en su propio pellejo.

## Dos viejos de paseo

**E** sos viejos que van ahí son el niño que vamos a ser cuando estemos como ellos. Si los sigues, verás que van como si no fueran a ninguna parte. Levantan los pies con miedo a desprenderlos del suelo y lo colocan con otro miedo de no encontrarlo. Pero ahí van. Frotándose las manos de felicidad, como si hubieran planeado de antemano alguna maldad y todo les fuera saliendo punto por punto. Dicen adiós a casi todo mundo y entre sí se preguntan y ese quién es, lo conoces, no sé, dice el otro. Saludan con hambre de una voz distinta, una sonrisa, un gesto de mano que se mueva. Voltean a ver la espalda de quien se aleja diciendo par de viejos en la calle, quién sabe adónde se van a perder.

Si se encuentran con una muchacha, se quitan el sombrero e inclinan la cabeza como en una ceremonia. Todo con el más completo respeto. “Es una reina”, dicen. “¿Sabes de quién es?”, pregunta uno al otro. “Ni idea. Pero es hermosa”. Se detienen a ver alejarse a la muchacha que se va diciendo par de viejos verdes y alborotados. Pero a ellos no los rozan estas palabras. Son felices de haber salido de sus cuevas, del rincón

donde acostumbran sentarse toda la semana. Ahí los encuentra uno en espera de un feriado, de un domingo, de una fiesta, pero, sobre todo, de quien les recuerde qué día es hoy.

Se detienen en las puertas de las casas como si buscaran a alguien, como a preguntar por algún conocido. Nadie sale a atenderlos porque saben que ellos bajan todos los domingos a la plaza o se pasean simplemente para reconocer el barrio, como si esperaran que algo nuevo sucediera o hubiera sucedido para volver a casa y contárselo a sus nietos como la gran maravilla del mundo, como si éstos nunca lo hubieran visto o no estuvieran acostumbrados a esa nueva casa, a esa nueva vecina, a ese nuevo edificio, a esa nueva palabra que alguien deja caer en el oído sordo y sin fondo de los abuelos.

Van despacio. No tienen prisa por llegar porque saben que el mundo sigue allí y que allí seguirá para sus tataranietos. Saben que llegarán porque ya tienen el camino hecho de tantos otros domingos, de tantas otras veces de salir del barrio un día y regresar otro, a la hora que fuera, nojoda, viva la monda, escandalizando a las damas dormidas o a las despertadas por los ladridos de los perros asustados por aquellas dos sombras abrazadas que regresan borrachas a sus casas por la madrugada, preguntándose compa, será por aquí por donde bajamos. “Por aquí debe ser, porque la luna está escondiéndose por allá”. Y llegan a sus casas al tanteo, mientras los perros los lamen y los gatos se les meten entre las piernas. “Si fueran un gallo nos los comeríamos en un sancocho”, dicen mientras se despiden con su será hasta la próxima.

Tiempos aquellos de los abuelos, ahora más mansos que unos corderos que por los años no les salen pelo. Mejor no recordemos aquí lo que se cuenta de ese par de viejos limpios y serenos por los golpes de la vida. No traigamos a cuento esa otra memoria que el tiempo ha invadido y pisoteado. Que otros se encarguen de desempolvar esos otros años dulces para la memoria de los que nunca han estado en esos zapatos y amargos para quienes han tenido que ver a sus retoños ser arrastrados por la muerte maligna. Ahora van ahí como un par de sabuesos, siguiendo quién sabe qué huellas, buscando quién sabe qué rastro en el polvo de los años. La memoria se los lleva solitos. De alguna parte de ella les salen esos caminos que abordan, esos recuerdos que persiguen. Van por esa calle que ellos mismos hicieron en la dirección que ellos quisieron, para que nosotros los siguiéramos.

Si uno los ve de frente, directamente a la cara, los dos ancianos se detienen y se les puede oír su jadeo de hombres cansados y se les puede ver en los ojos una eterna procesión de soles y de lunas que ya se van para otra vida. El alma los lleva de paseo para que no olviden estos caminos polvorientos, para que no olviden los rostros, las casas, los árboles de esta tierra cuando se encuentren en la otra orilla. Si uno los quiere oír tiene que aguzar bien los oídos y tratar de leer el movimiento gelatinoso de sus labios que no pueden controlar los sonidos: la guitarra de su voz se les ha quebrado y apenas entre ellos sí se entienden, ayudados por los gestos. Son seres más de ademanes que de palabras. Uno los ve sentados en sus casas y están en un largo discurso en la soledad. Y ya uno no puede

tomar aquella sabiduría y echársela por el oído, porque las palabras se les han perdido y los abuelos no lo reconocen a uno, sino que ven una sombra borrosa que anda de aquí para allá, como mariposa queriéndose pegar a una flor custodiada por los vientos de la muerte.

Si uno quiere ir con ellos tendrá que tener mucha paciencia porque el par de viejos ha sacado el día para darse el gusto de ir al parque, sentarse bajo un laurel, pedir un batido de guayaba y otro de níspero y un par de empanadas y quedarse a la sombra para conversar con todo aquel que se les aproxime en son de cualquier cosa. Ellos recuerdan cómo fueron estos pueblos antes de la luz, antes de la bicicleta, antes del automóvil, antes del avión, antes de la anomia, antes de esta maldita raza de Caínes que no tiene día ni hora de descanso. Ellos te cuentan quién sembró la primera casa, quién abrió el primer negocio, cómo se llamaba la señora que hacía las mejores empanadas, los mejores pasteles, los mejores chicharrones. Ellos te cuentan cómo se vino rodando la vida hasta aquí. “Nosotros la veníamos empujando”, te dicen. “Porque por aquí nadie se atrevía con tanto tigre que había”. Muchos se ríen como si aquello fuera una pendejada de viejos mamagallistas. Con toda la inocencia del caso, los abuelos te pasean por esos otros días que tuvo la vida, antes de que Dios imaginara el ciberespacio.

Uno que los está viendo pasar y que dice ahí van los abuelos, uno ve que se van doblando como espigas, menguando como rosas que no tendrán otro día. Casi jorobados, como si se agacharan para ver cómo un pie le pide permiso al otro para que se mueva. Los brazos temblorosos. Las ropas remendadas,

pero limpias y aplanchadas como si fueran para misa. Van apoyándose en sus sombras de más de noventa años. A veces se pierden en el polvazal que deja un carro. Agarran el sombrero para que no se los tumben el viento y se van tropezando hasta que el camino se aclare. “Cómo son las cosas ahora, Cristóbal”, dice uno. “Ya casi no se puede andar en la calle”, le responde el otro.

Sabe uno que esos dos viejos volverán cuando el sol haya buscado otro horizonte y la luna y las estrellas comiencen a chispear en el cielo. Volverán jadeantes como potros de un largo viaje, con los mismos gestos, levantando el sombrero frente a una muchacha, reparando en las casas, volteando a ver las sombras que son aquellos que pasan y los saludan con el adiós abuelos. Se pararán frente a la misma casa, como si recordaran que allí antes vivía la mujer que los inició y quisieran pasar adelante. Se quedarán reparando para adentro, pero sólo verán sombras, y luego proseguirán su camino de regreso. Casi por olfato, casi por instinto.

Ellos volverán para sentarse en la puerta de su casa o allá en algún rincón donde los vuelva a golpear la tristeza de los días que no se van rápido para que sus nietos les den unos pesos y les digan hoy es domingo, ahí lo busca el abuelo Chema. Váyanse a tomar un fresco por ahí. Respiren otro aire. Entonces volverán a ser los mismos niños que nosotros llegaremos a ser cuando estemos viejos.



## Quién contenta al viejo

“No le hagas caso a tu madre, vieja necia y entrometida. No hay que perder el tiempo con el placer. Uno no sabe”. Con ese cuento me trajo el descarado. “Mira que no hubieras nacido... Ella no le hizo caso a nadie”. Pero era tierno, no hay que negarlo, me mimaba, me traía regalos. Era especial. “Aquí está el amor de mi alma”, me decía. Y yo me dejaba hacer lo que fuera, porque una se emborracha, se emboba y pierde la cabeza en un dos por tres. Es hermoso sentirse atrapada por los resabios del corazón, y él tenía recursos para convencerme. Me envenenaba con sus cosas tan dulces. En aquel cosquilleo me iba hundiendo en un ardor que me subía por todo el cuerpo y a gritos deseaba que alguien me lo apagara porque ya hasta las entrañas me ardían. Y él estaba ahí, como un bombero, metiendo su manguera bien adentro para apagar-me toda. No sé por dónde se me pudo meter aquel deseo si yo fui cerrando los ojos y no recuerdo si dije algo. Entonces era cuando él más se afanaba con su cálmate, mi vida, que no es nada, ya pasó todo, mi amor. Yo me desinflaba en sus brazos de cosaco, como un botín intacto salvado de las ruinas. Viejo aprovechado.

Tierno. Sucumbí a su descaro, a su espuela. Y a su ponzoña.

Y aquí estoy, caminando como una tortuga que le duelen los ovarios, tropezando con las cosas, porque ahora los caminos y las puertas se me han hecho más angostos. No sé por qué le hice caso a ese viejo sinvergüenza. Mi madre se preguntará en dónde estará esa muchacha sin gobierno, carajo, que no escarmenta, metiéndose con un hombre que más bien puede ser su abuelo, quién ha visto, ella siempre dándole de comer a la gente, dirá. Porque ella siempre se da mala vida por una, y me imagino a mi padre complacido de que yo haya salido de mala cabeza y ahora esté pasando por esta situación para estarle echando la culpa a mi madre:

—Te lo dije y te lo había advertido: tu hija va a ser una perdida. Ahí tienes el resultado. Pero tú siempre tapándole las faltas. A ver si ahora puedes tapar el sol con la mano.

Y con el rabo del ojo la va moliendo a palos y diciendo a cada respiro ahora sí tengo razón. Los hombres jamás se creen culpables de nada. Y yo caminando como un dinosaurio renco, porque ya no puedo ocultar esta barrigota que tantas veces pensé desinflarme, pero los médicos también fallan y se equivocan... En medio de tanto viejo que va quedando es bueno que venga una criatura a darnos una sonrisa. A lo mejor eso los consuele un poco: “La vida se va extendiendo, hombre”, espero que mami le diga eso. Pero me imagino que él pensará en el apellido, mujer, el apellido que va a llevar.

Ya por ahí unos fueron llevando la bola: vi a la fulanita aquella, parece una iguana jarta de tarulla. Y

la gente regando el chisme: la hija de no sabes quién, fíjate, encontró un abuelo verde, así es, y todavía le funcionaba el instrumento, y ahí está que no halla cómo presentarse por estos rumbos. Y las orejas de mi mamá así de grandotas, sin atreverse a voltear a ver a mi padre. Por eso es que casi no duermo, porque me siento arder de boca en boca y tengo pesadillas en las que mi papá está matando a palos a mami. Todo por la maldita culpa que todavía no ha visto. Lo peor es que las cosas se van agrandando, y mi pellejo no da para más. Viejo verde y su manguera de inflar.

Las madres tienen ese relojito de saber cuándo hacer las cosas y cuándo no: “Yo sé por qué te lo digo”, le dicen a una. Y a una qué le va a importar lo que ella sepa. Nadie escarmienta en cabeza ajena. Eso no iba conmigo, decía yo, porque mi novio era un experto en descarriar las lunas y equivocarle el camino a cualquier imprevisto, de modo que yo me le entregaba segura de que todo estaba bajo control, hasta que se nos perdió la cuenta en medio del entusiasmo. Cuanto más viejo más fino. Y yo creyendo que lo tenía amañado al abuelo querendón ese y el muy cretino me sale ahora con que yo no soy de aquí y hasta luego. Y me dejó con las maletas hechas. No sé siirme para la casa o esperar que pase lo que tenga que pasar. Si me voy para la casa, mi mamá no me aceptará porque ahí estará el viejo gruñéndole y señalándome a cada rato con la rabia hasta las orejas. Tal vez ella lo convenza de que un error lo comete cualquiera, recuerda que a mí me pasó lo mismo y tú ya habías dejado a más de una así y ahora te devolvieron la piedra. Ahí es donde le cae la tosedera como si no fuera con él y comienza con los

pero mujer, mira cómo están las cosas... Así es siempre: no quiere que nadie le ponga el dedo en la llaga. “Maldita sea, eso le pasa por querer vivir sin gobierno y sin respeto”. Eso es todo lo que sabe decir.

Y a mí no me caben los pies en las chancletas. En mala hora me vino a pasar esto, sin saber si mami se va a quedar con la criatura. Yo tengo que buscarme un trabajo, y para peores no sé hacer nada. ¿En qué berenjenal me he venido a meter? Y la gente en el pueblo con el cuento de que me saqué la lotería de tanto jugarla. De nada me sirvió haber conocido a un viejo con plata. El muy miserable ni para los gastos ha dado y que ni dé porque lo que soy yo no le recibo ni mierda. Aunque no se sabe cuánto es lo que vaya a dar. Si mami no convence a papi y no encuentro adónde irme, a lo mejor lo entretenga un rato más. No se sabe. A una siempre se le vuelve a incendiar la casa. Quién quita que le guste el gusto y reconozca a la criatura y se lo deje todo. Ahí sí voy a taparle la jeta a la gente que se la va a comer la maldita envidia nada más y entonces dirán qué buen entierro te sacaste, de algo te sirvió irte de este pueblo. Y más atrás vendrán los que quieren ser el padre de la criatura con el cuento de a mí no me preocupa el qué dirán. Coman mierda. El amor es el amor. Ahí es donde tuerce la puerca el rabo, porque a ningún cabrón le voy a dar el gusto. Una cosa es cargarla y otra parirla. Pero ni sé dónde está el degenerado ese, y ahora sí que me estoy quemando. Que me trague la tierra por andar de embelequera.

## Entre dos oscuridades

**S**ebastián Cáceres Gil había llegado a Miami en un bote hecho en la clandestinidad. Su vieja lo había embarcado con la promesa de encontrarse en el próximo viaje.

No les había quedado un hijo y sus demás familiares habían tomado el camino del exilio o habían muerto de hambre o de alguna fiebre o de alguna calamidad de esas que azotan el Caribe. Candelaria, José Antonio y Renata habían muerto en un intento por alcanzar la otra orilla en una barca repleta de sueños y de treinta y cinco prófugos más. Pero eso ellos no lo sabían. Tanta esperanza había hundido el bote con capacidad para sólo quince personas. Pero el miedo a no tener otra oportunidad hizo que todos se metieran como sardinas y la previsión de los marinos fuera la primera en zozobrar a escasos kilómetros de la otra orilla.

Sus padres, Sebastián Cáceres Gil y Camila los habían despedido aquella madrugada del 20 de abril. “Vayan haciéndonos camino. Nosotros los seguiremos después, en la primera oportunidad que tengamos”. Los tres hijos entraron al bote como se entra a un sótano desconocido y a oscuras. Se acomodaron en el centro

de la nave y vieron cómo ésta se hacía pequeña con tanta gente que entraba. “Acomódense. Júntense un poco más. Cooperen”, decían los dos marineros responsables de franquear las aguas y burlar la vigilancia costera.

A los viejos se les salieron las lágrimas cuando el bote arrancó y dijeron adiós con la mano como si todos los del bote fueran sus hijos. Sintieron al momento un gran gozo. Una luz les comenzaba a arder en el pecho. “Ya estarán a salvo. Por fin fuera de esta isla”. Llegaron a casa y todavía estaba oscuro. Eran como las tres o tres y media de la madrugada. No se volvieron a acostar. Se quedaron dando vueltas por la casa como si trataran de recordar a sus hijos sentados a la mesa frente a un solo pedazo de pan, viendo el partido de béisbol, jugando a las cartas, leyendo esas novelas de los estantes, discutiendo poemas, oyendo música y bailando: las dos hermanas bailando con el hermano, alegres todos estos días porque al fin se habían decidido, por fin iban a hacer futuro. Tristes porque los viejos se iban a quedar. Angustiados por quedar entre dos oscuridades: acá la vida miserable con tantos conocidos, allá la vida futura con gente desconocida. Los dos parecían no creer lo que habían hecho y trataban de mantenerse en la realidad por medio del silencio, agarrados de las cosas más cotidianas: la paciencia casi llegando a la resignación.

Ella hacía que acomodaba los cuartos de los hijos. Él, que vigilaba desde la ventana a ver a quién ladraban los perros. Ella sacudía las sábanas y doblaba las fundas. Él, por primera vez, se daba cuenta de que el vidrio de la ventana estaba hendido y que por

esa fisura se metía un viento fresco con sabor a mar perdido, a mar que enviaba señales para que alguien lo fuera a rescatar de la oscuridad. “El anzuelo del recuerdo”, se dijo como ensayando un comienzo de poema o de canción. “El hilo de la nostalgia. El dolor de los que se van. La barca bamboleándose de los que se quedan. El mar negro en el fondo pidiendo ayuda”. Buscó su cuaderno y anotó para que no se lo llevara el viento. “Le queda un dedo de luz al día”.

Pero el día no pasaba. Las horas no se querían desprender. Los minutos parecían nadar en arena. “Prende la radio”, dijo ella. “A esta hora sólo hay música”, señaló él. “Mejor una canción vieja que este silencio de angustia”, respondió Camila. La música fue acomodando las cosas en su sitio y también puso al descubierto aquel mundo que está debajo de cada sombra, de cada calle, de cada bar, de cada casa, de cada habitación donde cada uno se amaba y amaba a su ser más próximo. La música era un hilo que iba ensartando las arenas del mar, las estrellas, los sonidos de la noche, los suspiros de los enamorados, las puertas de la esperanza, la luz del amanecer. La misma escalera para subir al cielo y bajar al infierno de la memoria era la música.

Pasó el primer día sin novedades. La primera semana. El primer mes y ni una carta. “Debe ser que las interceptan”, supuso Sebastián. “Debe ser que no tienen con qué mandarlas”, repuso ella. Fueron una y otra vez al puerto de donde salió el bote. Nadie les dio razón de los marineros. Nadie los había vuelto a ver. “A lo mejor también se quedaron del otro lado”, les dijo otro viejo que también andaba haciendo averiguaciones. “A

mí se me fue el menor”, dijo el viejo. “A nosotros los tres”, respondieron Sebastián y Camila. “Habrá que esperar. Algún día se reportan”, dijo el viejo. Y se marcharon sin dejar de voltear a ver cada nada.

Los dos primeros meses y los viejos no dormían. Estaban seguros de que los padres de los demás tampoco pegaban un ojo. “Eso está ahí no más. ¿Qué habrá pasado?”, preguntaba Camila con los ojos abiertos contra la pared. “No quiero pensarlo”, se oía la voz del viejo un rato después, tragando un fuerte nudo que no le alcanzaba a llegar al estómago porque de ahí no más se le devolvía y ya no tenía saliva para bajárselo. “Algo debió haber pasado”, murmuraba ella. “Mis hijos no me dejarían esperando tanto tiempo sin un aviso. Algo debió pasarles”. Se ahogaba en esa angustia. Se encerraba en esa idea. Las lágrimas le rajaban la cara.

Estaban a la mira de cada barco que llegaba. Preguntaban a cualquiera que les pudiera dar razón. No se lanzaron al mar para ir averiguar al otro lado porque temieron no pasar de la línea permitida y vigilada por los guardacostas.

—Tenemos que ir a ver qué pasó con ese bote —dijo ella después de tres meses.

—No tenemos ni un cinco para pagar un viaje clandestino —indicó él.

—Vendamos la casa.

—¿Quién va a comprar nuestra casa?

—La alquilamos.

—Mejor yo voy a ver qué pasó.

—Vamos los dos.

—¿Y si tenemos que devolvernos?

—Nos vendremos todos o nos quedamos todos.

- Quédate.
- Vienes por mí.
- Volveré.

El mundo se partió en dos de nuevo. El 28 de agosto salió Sebastián tras las huellas de sus hijos. Y tampoco volvió. Tampoco nadie dio razón de su paradero. Parecía que el mar tuviera un hueco. Parecía que los monstruos medievales hubieran resucitado y que la tierra se hubiera vuelto plana. Camila lloró esa otra angustia, esa otra ausencia. Sola. Triste. Deshecha por la incertidumbre. “Será tanto el encanto de aquella tierra que hace que todos olviden donde tienen el ombligo enterrado”, pensó en la zozobra de la resignación. Ofreció la casa a la mitad del precio que les costó. La rebajó a la cuarta parte y nadie se interesó. “Nadie quiere vivir aquí. A quién le importa una casa”, se dijo para consolarse. Había muchas casas desocupadas en su barrio. Muchas en la ciudad. Muchas en su país. Sus moradores ahora estaban en otra parte, en otra orilla. “Del infierno al paraíso”. Sus hijos y su esposo se habían ido y ella esperaba una señal, un papel que la sacara de la muerte. Si no fuera porque Sebastián tenía más de 70 años, ella hubiera comenzado a sentir celos de su compañero de siempre. Ella tomó su viejo radio sin batería, se echó a la calle y caminaba como si una música le devolviera antiguos mundos, memorables sombras. Ahora se sabía en otra parte mientras echaba un ojo a las palmeras y luego lo deslizaba hasta el fondo del horizonte. “¿Adónde más se podrá ir en esas aguas?”, se preguntó como si todavía le quedara una esperanza en la memoria.



## Desaparecido

Carlos Paz encontró un muerto por ahí por donde andaba entre la montaña llevado por la tristeza. Eran más de diez años de dolor y pesadilla, de intranquilidad y búsqueda. Ahí mismo donde estaba y como estaba lo midió en el aire a cuartazos. “Este debe ser”, se dijo. Lo halló tan parecido en su sonrisa. Lo reparó, lo olió, tocó los huesos y paladeó sus dedos. “Es como de su estatura”. Lo vio tan desvalido, tan abandonado en sus propios huesos, tan muerto, que un estremecimiento lo inundó de compasión. Un susto le brincaba en el pecho y una corazonada le revolvió el montón de preguntas que llevaba embuchadas. Lo metió hueso por hueso en su saco, se lo echó al hombro y se lo llevó al pueblo. “Ahora sí tendremos donde irte a ver”. Mientras caminaba, se le fue pareciendo tanto a su hijo que lo fue llenando de sus formas, de sus gestos, de su sonrisa, de sus palabras y de sus sueños. Por el camino le fue recordando las mismas historias que de niño le había contado. Los mismos consejos, los mismos juegos. Hasta se atrevió a llamarlo por el nombre de su hijo. “¿Cómo fue que te fuiste a meter en problemas, cómo fue que viniste a parar tan lejos? No sabes lo

destrozada que está tu madre. No sabes lo imposible que se nos ha hecho vivir. El sueño no nos llega. El recuerdo es una llaga que tu ausencia punza. Nuestra sonrisa es amarga, una amarga mueca que nos deja viendo lejos, como si esperáramos que aparecieras de pronto, como si quisiéramos hacerte material en las sombras de los recuerdos”. Se pasó el dorso de la mano para cortar el paso de una lágrima. Bajaba por el camino que iban ganando las sombras. Se hacía el fuerte para que el dolor no lo demoliera. Ella no debía verle la cara descompuesta de llanto. Su interior era un ir y venir de ideas. Cada alegría que se le asomaba era acuchillada por la pena.

—¿Adónde te habías metido? —le dijo su mujer cuando llegó.

—Mira lo que encontré.

Ella levantó el saco.

—Ahí no hay nada.

—¿Cómo que nada?

—Un pedazo de palo.

El hombre tomó el saco. Entonces vio el hueco. “Maldita sea”, dijo.

—¿Qué fue lo que encontraste? Dímelo.

No supo que decir en el instante. No tenía palabras para hablarle de su hallazgo. Se fue a la cocina y se tomó un buen vaso con agua.

—Ya vengo.

—Pero acabas de llegar —dijo su esposa.

—Ya vengo.

Y empezó a desandar sus pasos. La noche estaba negra. Parecía que en alguna parte se fuera a reventar

un aguacero. El suelo polvoriento de muchos meses de verano amortiguaba sus pasos desesperados. ¿Cómo y dónde pudo suceder? Subió arroyo arriba por la arena tibia. A lo mejor ese muerto no quiere que lo saquen de ahí, se dijo. A lo mejor no es mi muerto. Debe ser el muerto de otro. Pensó en las otras familias que se habían quedado sin hijos e hijas. Los Estrada, los Guzmán, los Arrieta, los González, los Anillo, los Fernández, los Castro, los Salinas, los Torres, los Carval, los Ramírez, los casi todo el barrio, los casi todo el pueblo. Desde que entraron la guerrilla, los militares y los paramilitares, el pueblo se había convertido en un pueblo de viejos llorosos, asustados, afligidos. No se iban de ahí. Parecían árboles viejos que no soportaban ser trasplantados en otras tierras. Los mataba el clima, la soledad, la nostalgia. Querían que sus hijos dieran con su paradero. Temían dejar a sus muertos solos. No se iban porque no tenían con qué comprar un pasaje: nadie daba un cinco por un rancho o por un pedazo de tierra. Aquí no se puede vivir, les decían quienes eran buscados como compradores. Ni alguien que no fuera de ahí se atrevía a comprar. Era como ofrecer vender un pedazo de tierra en el desierto. Los que se iban y después volvían ya no encontraban el rancho: alguien lo había ocupado o desmantelado o simplemente el pueblo ya no era el mismo. “Nosotros nos hemos quedado sin el único hijo que trajimos al mundo”, se dijo Carlos. También doña Catalina, doña María y doña Jacoba. Ellas nunca han salido a buscar a nadie. Ellas sólo esperan que sus hijos vuelvan así no más como se fueron. No sé si llamarlas dichas o estúpidas. Pero tienen la esperanza que yo no tengo.

Tienen el consuelo que nosotros no tenemos: creen que una noche su hijo llamará a la puerta y ellas al sobresaltarse en la cama preguntarán quién es y desde afuera le contestarán soy yo, tu hijo. Ellas viven de esa ilusión, de ese sueño, en ese engaño que da la impotencia. Nosotros eso creímos durante casi diez años. Después decidimos enfrentar la realidad y nos tuvimos que tragar esa cosa tan terrible y amarga que se llama verdad y aceptamos que nunca iba a volver, que en alguna parte estaría muerto y no vivo como nos lo imaginábamos. Por mucho tiempo buscamos, preguntamos quién había sido el último que lo había visto. Seguimos el rastro que nos dieron. Llegamos a las personas que nos mencionaron y luego seguimos los caminos que de cada información y de cada informante salió. Llegamos a delegaciones, fuimos a ministerios, a entidades e instituciones no gubernamentales, a organismos de defensoría, a oficinas de investigaciones de desaparecidos, a jefes de bandas, a cabecillas de escuadrones, a lugares donde habían sido desmantelados otros pueblos. Pusimos fotos en muchas esquinas, en muchos pueblos a la redonda, en negocios y lugares donde la gente se mueve. Gastamos todo lo que teníamos. Y nada. El corazón se no llenaba cada día de más espanto, de más desesperanza. Como si nadie nunca lo hubiera visto. Como si nunca hubiera existido Horacio de Jesús. Fue tan duro ese golpe, ese silencio, esa indiferencia, que nosotros nos llegamos a decir una noche: “¿Es cierto que nosotros tuvimos un hijo?”. Nadie nos preguntaba por él. A nadie le interesaba nuestro dolor, nuestra tristeza, nuestra angustia. A lo mejor nadie quería echar a andar la maquinaria

del dolor con sólo mencionar al ausente. La gente se fue acostumbrando a tragarse la tristeza, a tragarse el horror, a tragarse el espanto, que ya el espanto ajeno le parecía cualquier cosa. Sólo el dolor de ellos era real y podía ser tan doloroso que ningún otro dolor podría aventajarlo. En todo eso pensaba Carlos mientras caminaba en aquella oscuridad.

Bajó la pendiente. Llegó adonde había encontrado el cadáver y no encontró nada. “A lo mejor es más arriba”, se dijo para animarse. Fue un poco más arriba y nada. “Un poco más abajo”. Tampoco. El hombre comenzó a dudar. ¿Habría sido cierto que encontró un cadáver? ¿Era cierto que tenía la misma estatura de su hijo? Le había amarrado el hueco al saco para que no le volviera a pasar lo mismo en caso de dar de nuevo con el insepulto. Revisó a tacto el área. Removió las hojas secas. Levantó ramas. Parecía un zorro, una serpiente en busca de sus crías. Quería voltear la tierra para que le diera lo que le ocultaba. Le entró desesperación. Un rayo en el cielo le anunció la venida de un gran trueno. La luz instantánea le fotografió el área. Sus ojos alcanzaron a ver la piedra. “Es del otro lado”, se dijo. Fue al otro lado y tampoco dio con nada. Un segundo rayo puso en claro los árboles. Se sentó un rato en la piedra alta. Esperó un tercer rayo y el aguacero se dejó venir por la grieta que abrió la luz en la oscuridad. “¿Estaré en el sitio correcto?”, se preguntó. Y de una vez se dijo: “¿Estaré yo aquí? ¿Esto me está sucediendo a mí?”. Sentía el agua tibia en su cuerpo sudado. Se puso el saco en la cabeza y comenzó otra vez a desandar los pasos como un Sísifo. Ahora no tenía qué mostrarle a su esposa y ella le preguntará

qué es lo que andas buscando, qué fue lo que encontraste, qué fuiste a hacer otra vez allá afuera, por qué rayos no me explicas de una vez qué es lo que está pasando contigo que ya no quieres ni comer ni dormir aquí. Y Carlos no tendrá palabras para explicarle ni nada que decirle, porque no sabe si es él quien anda en estas penurias a estas horas de la noche bajo un aguacero en plena montaña.

—Carlos, Carlos. Despierta.

—¿Qué pasó?

—Está lloviendo y aquí cae una gotera. Bájate y rodemos la cama.

—Malditas goteras. Me mojaron todo.

—Condenada gente que no se fija para dónde disparar.

—¿Dónde está el foco grande?

—¡No me digas que te vas a subir al techo a remendar esos huecos!

—No. No es para eso. Necesito buscar algo que perdí.

—Estos días has estado encontrando y perdiendo cosas. Te estás volviendo viejo y lo peor es que yo también me siento vieja y acabada. Es la falta de esperanza. Es este no poder dormir una sola noche tranquilos.

Esperó que su mujer se durmiera para continuar con su búsqueda antes de que el tiempo viniera a saquear su memoria.

## La muerte del gallo

“Ojalá te murieras, viejo sarnoso”, pensó Florentina cerrando la puerta a su espalda. Iba para el mercado con su perrito blanco y con una pequeña lista de frutas y verduras. Se había sometido a una dieta rigurosa para ver si le devolvía a su cuerpo aquella figura que tanto alborotaba a los hombres. Cuando joven, su madre le decía tú vas a ir del colegio al convento, ya el cura me lo dijo, esa muchacha es un encanto de Dios, no puede dejar que se desperdicie en cualquier cosa. “No es posible seguir con esta vida de gallina clueca que ningún gallo toca”, rumiaba Florentina, maldecía, se tropezaba con la gente en la calle, los carros frenaban para no atropellarla, sumida como iba en sus cavilaciones. “Ojalá se fuera”. Quince años de vida inútil. Ella volcada en el trabajo. Él entregado a su vida de semental inservible, desvirgando jovencitas de colegio, abriéndoles la puerta para su ingreso a la U. Las colmaba de experiencias, les daba alas y espuelas, las hacía ver el mundo desde muchas posiciones. En una semana las revolcaba con furor de tigre cuarentón y las dejaba marchitas con parrandas, amores al garete, y a los quince días relucían como rosas de mayo. Estéril

como era Amaranto no tenía ningún problema. Florentina había sido una de sus víctimas seducidas por la bravura de su cuerno. Deslumbrada por semejante animal, la joven no hizo más que dejarse ir para que él no la fuera a tener por menos. Después de una noche de amor sin tregua, Amaranto también se deslumbró por aquel cuerpo de ángel caído, por aquella inocencia con que ella lo miraba desde la penumbra de la vergüenza, por aquellos labios que apenas se dejaban besar se entregaban para ser comidos. Abrumada por el peso de las maledicencias, Florentina no hallaba cómo levantar la cabeza y fue la única en poner al profesor entre el escándalo público o el matrimonio. Él, después de muchos cálculos no supo decir más que: “Está bien, casémonos”. Ella pensaba que sin su virginidad no sería más que una mariposa sin alas, una rosa sin olor, un verdadero ángel caído en el infierno de las lenguas ajenas. Una vez casados, comenzó a tragar pastillas como una gallina, a inyectarse para no quedar embarazada. “Primero mi carrera y después los niños”, le expuso su resolución. Él aceptó y siguió con su vida feliz y descomprometida. Pasaron los años. Florentina se graduó, consiguió empleo, compraron un apartamento pero nunca llegaron los hijos. Amaranto Cepeda no sólo era el mismo triste profesor de colegio, sino que resultó ser un estúpido semental estéril con fama de hombre templado, con un animal de este tamaño que hacía suspirar a las señoritas y las ex colegialas. Florentina no sólo le repudiaba esta vida de perro alborotado, sino su incapacidad de engendrar algo bueno con ese miembro de caballo. Al principio, Amaranto no se molestó ni se preocupó en absoluto. El

hombre siguió su vida feliz, tumbando cogollos tiernos, viajando a la playa cuatro veces al año, teniendo lunas de miel mientras su esposa se ahogaba en fiebres de soledad en otra parte del mundo. Cualquiera hubiera llegado a pensar que Amaranto Cepeda prostituía a las menores, pero él afirmaba todo lo contrario. “Son ellas las que me pagan para que les enseñe mi pájaro picón picón”. Decía que era caer muy bajo prostituirse de esa manera, pero la vida hay que gozarla mientras se pueda. Florentina no olvidaba esas cosas y maldecía la hora en que le dijo casémonos. Amaranto se había aprovechado de eso y sacaba provecho de aquel ángel convencido de que el sexo sólo en el matrimonio y fiel hasta que la muerte nos separe.

Vivían en un apartamento, en el cuarto piso del Edificio Emperador. Eran como los dueños de una sala de estar en la primera planta donde Amaranto resolvía problemas de alta matemática con sus estudiantes. Casi nadie más usaba esa sala. La mayoría de los habitantes del edificio utilizaba las escaleras de incendio por ser más cómodas y para evitar problemas con los Cepeda Artavia. Además, por precaución, las madres no permitían que sus hijas utilizaran las escaleras ordinarias por temor a que se fueran a encontrar con el viejo sátiro. Las señoras decentes también lo tenían entre ojo y no se atrevían a bajar por la escalera a no ser acompañadas por sus maridos. No le querían dar de hablar a la demás gente del edificio.

Pero en el cuarto 25 del tercer piso vivía sola una hermosa dama que se sabía al dedo el horario semanal de Amaranto y lo atisbaba en silencio detrás de la puerta entreabierta cuando cruzaba el pasillo, detrás

de las cortinas cuando iba por la calle, y como su cuarto quedaba en la misma dirección del de la pareja Florentina y Amaranto, por la ventana se enteraba de los problemas de alcoba que aquéllos tenían y de los desbarajustes callejeros que ocasionaba el temple de Amaranto. De modo que ella también estaba deseosa de que aquel animal le soltara toda su hambre para ver si su antiguo pozo de agua dormido daba señales de vida y el furor apagado de sus quince años volvía a despertar. En varias oportunidades se le había cruzado en las escaleras y lo había saludado con mucha cordialidad, cómo está don Amaranto, segura de que él se fijaba en ella, en su escote abierto, y que se lo llevaba enredado en su fragante perfume con el que se conmovía hasta el mismo edificio. “¿Cuándo pasa a tomarse un cafecito?”, le tiró el anzuelo un día y Amaranto Cepeda se dejó venir más temprano del trabajo, y no sólo metió sus narices en el fondo de la taza del café, sino que estuvo tracuteando todo aquel cuerpo intacto, saboreó el capullo feliz de aquella mujer virgen toda su vida y se sintió colmado hasta las orejas. “Me hubieras dicho antes. Sólo habría tenido que bajarme por una sábana de mi cuarto a tu cuarto”, le dijo para excitar más su felicidad de treintona desvirgada por el macho mejor armado del vecindario. Los rugidos del león del Parque Bolívar no son nada en comparación con los sofocantes nudos de placer desatados por aquellas visitas de médico. Amaranto encontró aquella virginidad más rigurosa, más placentera, más estremecedora, más excitante y más y más que la de las tiernas y delicadas jovencitas con que se había tropezado toda su vida. Aquel cuerpo cuidado con el rigor del

silencio se había vuelto más radiante con el unguento de amor con que ahora lo cubría Amaranto. Los ojos de Nicolasa ahora tenían otra luz desde que Amaranto le dijo al oído: “Quien te haya dicho que tu nombre es feo no supo mirarte para adivinar que también te llamabas Cándida: la hermosa y exquisita Cándida”. Desde entonces el caminado de Nicolasa adquirió un balanceo único y Amaranto se dio cuenta de que la fragancia con que lo envolvía en las escaleras era de su cuerpo natural. “Yo creía que era el aroma de un perfume el que me hacía gravitar por las escaleras cuando nos tropezábamos”. Cándida se sonreía complacida de que sus temores fueran reales. “Deben haberte olido a orines los cuerpos de las jovencitas que has tenido en tus brazos”, le contestó ella, pero Amaranto ya había olvidado aquellos encuentros clandestinos con sus estudiantes. Ya no se acordaba de las citas en su agenda, de los papelitos metidos en el bolsillo por las chiquillas coquetas que empezaban a despertar al olor de las flores, a la atracción del placer, a reírse de cualquier chiste que contara el querido profesor de matemáticas. Lo miraban de pies a cabeza como en una clase de anatomía, tratando de ubicar su arsenal de contentar al mundo. Las profesoras que se daban cuenta de los caprichos de las jovencitas les decían: “No se dan cuenta que es un viejo horrible que ni su misma mujer lo quiere”. Las estudiantes soltaban un suspiro y dejaban a las profesoras tratando de adivinar qué era lo que realmente les atraía de aquel cuarentón canoso que se dedicaba a hacer números.

El galán de las colegialas andaba como extraviado, anonadado por las fiebres de amor con su vecina

del cuarto 25, la que él llamaba Cándida. En el recreo lo llamaban las estudiantes y le preguntaban qué pasó con nuestra cita, pero él no hilaba recuerdo alguno. Más tarde se le acercaba otra y le decía me quedaste mal, y le decía más despacito, casi al oído Verónica te estuvo esperando donde acordamos y se quedó sin celebrar sus quince. Otra le hacía reclamos delante de cualquiera devuélvame el dinero si no va a cumplir con su trabajo. No sabía si sentirse perro, esconder la cola y apartarse o si decirles de una vez por todas encontré una mujer que vale más que todas ustedes juntas. Era feliz con su Cándida, pero infeliz en el gallinero del colegio donde las pollitas le cacareaban todo el día, y más infeliz se sentía por la noche cuando su mujer le punzaba el lado oscuro de su corazón, la banalidad de su hombrura para avergonzarlo, para que reventara y se fuera. Pero su Cándida lo sacaba en dos sacudidas de aquel purgatorio de reclamos, de injustas recriminaciones de niñas que todavía se orinan en la cama. “Lo que necesitas es una mujer que se orine en la cama por otras cosas, no porque tenga miedo de levantarse en la noche para ir al baño, aterrorizada por la sangre en las sábanas”, le decía Nicolasa. Una vez que Amaranto había salido del cuarto 25, Cándida se quedaba pensando este hombre será mío así me las tenga que ver con todas esas niñitas culo cagao.

Aquella mañana de sábado en que Florentina salió y tiró la puerta, dejándolo sentado en el sillón de la sala de estar, Amaranto se había dado cuenta de que había ganado el amor de la Cándida y había perdido el amor del mundo y el de su esposa. Estaba pálido, exhausto, no haciendo planes y cálculos para recuperar

su harén ni su fama de galán, de gallo feliz y señor de virginidades en esta ciudad sembrada de iglesias y cantinas, donde cualquier borracho es un ferviente predicador en la calle, pero en su completa realidad es tan pervertido como el peor. Estaba agonizando en su sombra de hombre comprado. Dos meses atrás había tratado de volver a su antiguo deleite. Vistió sus mejores trajes. Pasó de las indirectas a las ha vuelto el gallo a cantar, pero nadie le puso atención, embebidas como estaban en operaciones trigonométricas y en otros senos y cosenos. La ciencia del chisme había cundido entre las colegialas: “Amaranto se ve a escondidas con su vecina”. Cuando oyó bajar a su mujer, Amaranto se preparó para decirle las cosas de una vez por todas, pero al verla de frente no tuvo cara, no tuvo ojo, no tuvo palabra. Florentina pasó directo a la puerta y él se quedó en el sillón, viendo a través de la ventana, detrás de la cortina, la hermosura aún no marchita de su mujer. La siguió con el ojo hasta que se perdió en la esquina con su hermoso perrito blanco de la mano. Aquellos años, aquella vida, aquella alegría, aquella primera vez se le subió a los recuerdos. No encontró la puerta por donde se le fue aquel amor. Cómo era posible que se hubiera dedicado toda la vida a hacer feliz a otras mientras su mujer se ahogaba en la soledad. No se dio cuenta en qué hora se le desató el corazón. No fue capaz de ver para atrás. Pero un pensamiento saltó de una noche a esa mañana aciaga. “Ni un hijo yo, ni un hijo ella. Hice todo lo que pude. Médicos, brujos y adivinos”. Uno de estos últimos le había leído la mano: “Pájaros oscuros saldrán un día de tu pecho”. Y ahora estaba viendo salir toda su vida

perdida en amores ocultos, en calles oscuras, en cuartos secretos, en moteles, en playas inhóspitas. Una vez lo había sorprendido la profesora de español leyendo el horóscopo. “¿Qué busca un matemático en el horóscopo?”, le preguntó. “¿Acaso crees que tu futuro está ahora en las estrellas?”, volvió a preguntar ante el silencio de Amaranto. “Las estrellas me dicen que mi esposa y yo somos incompatibles”, contestó Amaranto. “Tarde te das cuenta”, fue el único comentario de la profesora que se fue dejándolo bailoteando en el barro de sus recuerdos. Cuando volvió en sí, subió a su carro y se perdió. Anduvo tocando donde viejas amistades, pero no estaban. Entró en cantinas para ahogar las penas, pero éstas sobrevivían a las arremetidas del alcohol. Por primera vez en su vida le pagó a una puta para que le hiciera el amor, pero por más que lo intentó ella no pudo resucitarle su animal dormido. “El sexo está en la cabeza, señor”, le dijo ella después de cobrarle la noche y él se quedó dormido en aquel colchón hediondo a semen, en aquel cuarto salpicado de gemidos, húmedo de sudores. En sus sueños recordaba sus pleitos con Florentina. “Bueno para nada. Satisfaces a todas las vírgenes de diez kilómetros a la redonda y no eres capaz de darle un orgasmo a tu mujer. Me voy a buscar uno que me dé lo que tú desperdiciaste con mocosas que todavía no se saben limpiar el culo. Ansiosa estoy de que me toques, de que me abracés, de que me levantes en tu mástil como bandera flameante. Pero el día que te des cuenta de lo que tienes en casa será demasiado tarde”. Muchas veces ella le había hecho este reclamo, esta amenaza y esta advertencia, pero él hacía que no se enteraba de nada y

cuando la encaraba le decía tú siempre llegas tarde, cansada y tras de eso vienes a revisar trabajos, con excusas de que debo preparar un informe para primera hora y yo me tengo que contentar con la almohada. “¿Con que con la almohada?”, replicaba ella y allí acababa todo. Otras veces era ella la que le soltaba el balde de sus rencores por andar calentando culos ajenos: “Hace tiempo que no sacas la tarea de tu propia cama”. Él veía en sus palabras como una puerta abierta y comenzaba a tocarla mientras a ella se le erizaba todo el cuerpo y Amaranto la descubría completamente virgen. Aquellos pleitos terminaban en lunas de miel en la que revivían otras lunas como si por un instante ella olvidara las traiciones de su gallo infiel. “Ya estaba que me salía de mí misma”, decía ella complacida porque su marido la volviera a tomar entre sus brazos, la cabalgara tres veces por noche y la hiciera estremecer por todos sus rincones. En cada reconciliación de éstas ella perdía un poco de memoria y le perdonaba su vida de perro disipado. Él volvía a sentirse amo y señor en su propio corral y al irse para su trabajo bajaba silbando por las escaleras para que la vecina del cuarto 25 se enterara de que esta semana no podía cuidar de su jardín porque estaba cumpliendo con las tareas de la casa.

La mañana del sábado en que estábamos, Amaranto esperó que su mujer se perdiera en la esquina. Subió al tercer piso, tocó la puerta del cuarto 25 y entró. Su Cándida lo esperaba para abrazarlo después de casi un mes de olvido, después de un mes de hacerla sufrir desde el cuarto de arriba donde él sacudía la cama y echaba por la borda a Florentina, mientras ella, su

Cándida del alma, como él le decía, se agrietaba de celos y sus plantas se ahogaban de sed en espera de que él llegara con su manguera de bombero a regar todo el jardín. Amaranto no comprendió el reproche, no sabía de qué estaba hablando aquella mujer encendida de rabia. Él se había perdido unos dos meses aprovechando las vacaciones, tratando de acomodar sus sentimientos, para ver si le daba una respuesta definitiva a su olvidada Florentina. Cuando Florentina bajó y lo encontró en la sala donde él la esperaba para hablar, para decirle ya no te quiero, es mejor que cada quien tome su propio camino, Florentina le cortó el habla con una sola mirada de desprecio, con un pensamiento irrevocable, con una decisión de mujer que no acepta que nadie la desprecie por una mujer de nombre Nicolasa. “Me das lástima”, fue lo único que le dijo antes de abrir la puerta, salir y cerrar a su espalda. Amaranto recordó que Florentina le había dicho: “Sólo se tiene lástima a los animales”. Con eso Amaranto quiso entender que Florentina ya no lo quería, que se había resignado a no quererlo, y la dejó ir sin decirle nada. Cuando ella cerró a su espalda se le vino a la cabeza la única idea maligna que había concebido en toda su vida: “Ojalá te murieras, viejo sarnoso. Ojalá se te acabara tu vida de felicidad para que veas florecer la mía”. Como si aquello hubiera sido una frase mágica, Amaranto, después de verla desaparecer en la esquina con su perrito, subió al tercer piso, tocó en la puerta del cuarto 25, entró y se dejó envolver por los brazos de una mujer llena de reproches y que lo quería sólo para ella.

—Mío o de ninguna.

—Estoy aquí porque soy tuyo por todos los costados.

—¿Y qué hay de Florentina?

—Ya no me quiere. Ya no la quiero.

—Ella se ve con otro.

Eran las nueve de la mañana aciaga del día 22 de octubre. El día estaba triste como si el agua que se iba a venir encima lo aplastara con su enorme peso. Amaranto Cepeda salió del cuarto 25 hacia su propio cuarto. Abrió y el apartamento no era el mismo. Sólo estaban los libros de Florentina, su escritorio y su computadora. Lo demás era nuevo. En un rincón había unas bolsas y Amaranto supuso que eran sus propias cosas. La habitación tenía otro perfume. Su mujer ya no era su mujer. Ya no se echaba a morir en los rincones de la casa su fría soledad. Su Cándida no le creyó para nada su historia de dos meses de meditación, purificando mi corazón para entregártelo lleno de ti. Los ruidos del cuarto de arriba decían otra cosa. Todavía hasta esa misma mañana ella dudaba de si era o no Amaranto quien sometía a Florentina a erupciones continuas durante toda la noche. Hasta que la vecina del cuarto de enfrente vio que Florentina Artavia era visitada por un señor cuarentón que vivía al otro lado del pueblo. “Le ha regalado un perrito para que la acompañe los días que él no pueda venir”. Cándida subió al cuarto piso y encaró a Amaranto cuando recogía sus cosas.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Y el corazón que me ofreciste?

—Cuando vuelva.

Cándida se mordió los labios y lo invitó a que se tomara un café con ella. Amaranto bajó y vio la sequedad de aquel cuarto, las flores volcadas en los floreros, la

cama revuelta de soledad. Ni un niño que pusiera una sonrisa en aquellas paredes. El hombre salió. Su Cándida lo vio atravesar la calle desde la ventana. Tres días después, al otro lado del pueblo, Amaranto Cepeda, de 42 años de edad, caía de bruces por las escaleras de un edificio, dejando un rastro de sombra a su paso. Ahora era la viuda Florentina la que satisfacía las demandas de jovenzuelos deseosos de ir expertos con sus novias. Dejaba entreabierta su ventana y los perros del otro lado de la calle aullaban bajo la luna de agosto.

## El regreso de un extraño

S alió de clases con un punzante dolor de cabeza. Quería estar ya en casa, tomarse un chocolate caliente con pancito, echar caca y cepillarse al mismo tiempo y meterse en la costilla calurosa de su mujer. Pero lo esperaban dos horas de camino. Tomar un bus de la U a Heredia y otro de Heredia a casa. El bus de la U a Heredia no debía tener ningún contratiempo, de lo contrario no alcanzaría a tomar el último de diez y treinta de Heredia a casa. El dolor de cabeza como un taladro de diez agujas. La cabeza como una lata de cerveza en manos de un niño que estrena un martillo. Los saltos del bus le enterraban más adentro los clavos del dolor. Se sentó en un asiento de la ventana para no tener que levantarse en el trayecto y poder cerrar los ojos, llorar si era necesario. Con las yemas de los dedos se hacía masajes como le había enseñado doña Míriam. Con sobos leves se acomodaba las puñaladas de dolor. “Si este animal volara, dentro de poco estaría en casa”, le bajó esa idea como un ungüento que él se restregó en las sienes.

El bus venía hasta los cuernos. Los que iban de pie parecían monos colgando de la varilla y cuando

alguien tenía que bajarse se restregaba en el cuerpo de los demás, llevándoselos casi prendidos en la amabilidad y el disculpe que nunca se oía. Quienes se apartaban para abrirle campo a quien salía se tiraban sobre los que estaban sentados o le ponían el sobaco en las narices o restregaban sus sexos en los hombros de los que al propio se ensanchaban para que la del ombligo afuera les dejara su último aliento pegado en la camisa. Todos hablaban. Parecía un mercado, un infernal zumbido de cigarras en la pura boca del oído. El radio a todo volumen trataba de imponer su música en medio de aquella peroración amarga que todo mundo vomitaba como un gargajo verduoso que ya no se quiere tener más atravesado. La conversa era maldiciones y madrazos para los profesores que no hacen nada, todo lo tenemos que hacer nosotros mientras ellos se ganan el sueldo sentados, haciendo otra cosa, corrigiendo exámenes de otro grupo, haciendo el crucigrama, conversando con la estudiante que se gana los cursos dejándose levantar las enaguas y bajarse los pantalones. “Ahora hay que leer a güevo, porque hasta a uno se lo cogen esos infelices”, dijo uno. Catalino levantaba la vista y veía a sus compañeros con ganas de que no lo vieran para que no lo incluyeran en la conversación. Se apretaba la cabeza como queriendo exprimirlle el ácido oxidante del dolor. Los semáforos siempre en rojo. Los pitazos desbordaban desde que del rojo se pasaba al amarillo. Catalino se revolcaba con aquella granizada de mugidos agusanándole el cerebro. “Maldita gente. Ya también quisiera que esta mierda volara”. El bus a 10 KPH. La enorme cola. Un accidente en la Neón Nieto. Y Heredia con sólo dos vías

de acceso: un embudo completo. A esperar. El dolor de cabeza ahora era un tigre probando sus uñas en una roca. Cuando pudieron los del tránsito hicieron el parte. Las luces de las nueve y cuarenta y cinco se empañaban con una bruma lechosa. Desde el Virilla se levantaba un vaho prieto y hediondo con los residuos municipales. El hedor con el dolor se hacía mierda podrida y ganas de vomitar. De uno en uno pasaron los autos y buses. La gente con un bostezo largo expulsaba un tufo de caño de cantina. A todos angustiaba la lava corrosiva del estómago. El aire caluroso de aquella gente apretujada se había perfumado con el aire del río descompuesto. A eso se sumaba el aroma sudado de los desodorantes y las colonias batidas por la anemia del día y la llovizna puntual... A empujones llegó el bus a Heredia, la ciudad minada con nuevos tubérculos para que todo mundo tenga agua contante y sonante ahora que casi no llueve.

Catalino se bajó a los 200 metros oeste del OVSICORI, bajó unos 25 sur a esperar el bus. Eran las diez y veinte. La parada estaba llena de gente que iba para San Rafael, San Pablo, La Armonía, Getsemaní, San José de la Montaña, Monte de la Cruz, Puente Salas, Birrí, La Guaracha, San Bosco, El Roble y Carrizal. Un pirata se paró frente a la pelota de gente a gritar a 100, a 100, a 100 los que van para San Rafael. “A cuánto cobrará para donde yo voy”, se dijo Catalino. Iba con los bolsillos pelados, con hambre y el dolor de cabeza que no se bajaba. A esa hora nadie se subió en el pirata. Catalino no dejaba resbalar las lágrimas por vergüenza de llorar delante de tanta gente. Un hombre de mucho fogaje con las mujeres estaba completamente

apagado. Su mujer se quedaría hoy sin chuponcito. Ni las enaguas de una cuarta, ni los ombliguitos afuera de las quinceañeras ni las enaguas rajadas hasta el medio muslo le levantaban el espíritu. Era una cometa sin cola y perforada por el viento y que sólo da vueltas y vueltas, se revienta contra el suelo y se vuelve a levantar para reventarse mucho más fuerte. Todos los días se compraba una cajeta de leche con coco en la pulpería de la esquina, pero hoy estaba cerrada. El viejo se encierra a las diez y quince a contar las pérdidas y las ganancias. Catalino se puso a tirar piedrecitas a la acera de enfrente. Una rata del tamaño de un gato se pasaba de una alcantarilla a otra. Los perros rompían las bolsas de la basura y sacaban los pequeños paquetes y los iban regando por la calle.

No supo a qué hora subió al bus. Ahí estaba sentado casi en los últimos asientos. Mareado. Se apretó la cabeza como si se la quisiera estallar. Era como una terrible jaqueca. Tal vez de no haber tomado café. A lo mejor de no haber podido captar nada de “Las ruinas circulares” esta semana ni de “Continuidad de los parques” la semana pasada. Quería no estar en ese bus, sino en casa, metido bajo las cobijas con la negra de su alma. Pero sin plata para agarrar un taxi. Y el bus que paraba cada 100 metros por uno que bajaba u otro que subía. El que iba sentado a la par de la ventana abrió el vidrio para que entrara un poco de aire fresco. Unos borrachos hediondos a miasos y con una ropa de ocho días habían apeestado el ambiente. Catalino lo sintió como un narcótico y se quedó dormido. Abría los ojos cada vez que el bus se precipitaba a un hueco y quería sacar a la gente por el techo. Después no supo

si fue el impacto del bus contra otro lo que dejó al bus como en el aire. Ya no caía en los huecos, ya no paraba. Sentía una serenidad que le bajaba de la cabeza a los pies. “Aquí baja usted, señor”. Catalino se bajaba, caminaba hasta su casa, sacaba la llave, abría la puerta y entraba. Dejaba las cosas en su cuarto, tiraba un ojo al cuarto de su hijo, otro al de su hija y otro al de su mujer. Todos dormían plácidamente. Como un gato andaba por la casa para no despertar a nadie. Se quitaba los zapatos y se ponía las chancletas, se quitaba la ropa sudada y lloviznada del día, se ponía la ropa de dormir: una pantaloneta y una camiseta. Primero se iba a la cocina, maldita hambre, a hacerse un chocolate con un emparedado de jamón o queso, mejor jamón, y hasta mañana que me coma un gallopinto con natilla y agua dulce. Comió de pie en el desayunador. Luego se metió en el baño, echó caca y orines, se tomó una alkaséltzer por si hubiera sido la comida china que le cayó mal, pensó, se cepilló e hizo gárgaras con el enjuague. Soltó el agua con temor de despertar a mi negra. La tengo en ayunas desde el domingo y debe estar que se come sola, pensó. Entró al cuarto y se escurrió bajo las cobijas como una cucaracha bajo las hojas. Su mujer no lo sintió y siguió en su posición hermosa que a él le gustaba para meterle la mano por detrás y agarrarle la panocha peluda. Estaba como Dios la mandó al mundo. Él no la tocó para no alborotarle el sueño, para que aquella pantera feliz no lo viniera a requerir ahora que sentía hendida la cabeza. “Maldito Borges. Maldito Cortázar. Malditos laberintos. Malditos tiempos y lugares que uno no sabe dónde putas está”. Se agarraba la cabeza para soltar los pensamientos.

“Maldito cerebro el mío, arratonado en filosofía, herumbrado en literatura”. Estaba quietito en el colchón semiortopédico para no alborotar a su leona que esta mañana le había dicho hoy tenemos una cita, de hoy no pasa, y él pensando con esta cabeza no hay sexo que me responda. En menos de media hora se le bajó el dolor de cabeza y se quedó dormido. Su mujer dejaba escapar un vientecito de felicidad desde su placentero descanso después de un día de lavar, barrer, aplanchar y jugar con los niños, para no dejar que su cabeza se llenara de malos pensamientos, esperando tenerlos dormidos cuando él metiera su llave en la cerradura y ella saltar emocionada de la cama a darle el abrazo, feliz de que Dios al fin lo hubiera traído sano y salvo, pero más feliz de que la hora de la verdad de una vez por todas había llegado, muñeco mío, papito de mi alma.

Eso tuvo que decir cinco minutos más tarde cuando Catalino introdujo su llave en la cerradura y ella dijo hola desde el más allá de su sueño. Emocionada tiró las cobijas y se levantó, prendió la luz y se dirigió a la puerta a darle el abrazo y el beso de buenas noches mi amor, cómo me le fue. Le mira la cara que no se alegra y le dice traes dolor de cabeza, yo también estoy así, le dijo para reconfortarlo. “Ahorita nos lo quitamos”, le metió el fuego de su ardor por el oído. Catalino se estremeció. Pasó para el cuarto de estudio a poner sus cosas, a quitarse los zapatos húmedos de la mojada de la tarde, a cambiarse la ropa sudada y hedionda a humo de cigarro, impregnada del hedor de borracho. Ella se fue a la cocina a prepararle el chocolate y el emparedado. “¿Cómo lo quieres, con jamón o

con queso?”, le preguntó ella. “Con lo que haya”, respondió Catalino, mientras buscaba las chanclas, la pantaloneta y la camiseta de dormir.

—¿Has visto mis chanclas y mi ropa de dormir?

—Ahí donde la dejaste esta mañana la vi antes de acostarme. Busque bien. Ya está todo listo. ¿Te lo llevo a la cama?

—No. Ya voy.

Catalino comenzó a renegar y a madrear esta hijeputa vida, nunca encuentro las cosas donde las dejo. “No vaya a echar a perder la noche. Eso le pasa por desordenado. Venga, se le va a enfriar el chocolate”. Catalino salió del cuarto y dejó el resabio tras la puerta. No quería arrugar más el día. Se sentó a comer, mientras su esposa le resumía las peripecias del día, la barrida, la lavada de ropa, la planchada, el aguacero de los once mil diablos, los estirones de oreja que le tuvo que dar al niño, porque todo el día me tuvo con la cantaleta de mami cuándo viene papi, y yo falta mucho, y él otra vez y yo su papá hoy viene muy tarde, mejor ni lo espere, así me tuvo hasta hace como una hora, lo tuve que mandar a dormir con una faja en la mano, se privó y yo también aproveché para estar descansada para ti. Catalino le contó a la vez su largo día desde las siete de la mañana que se subió al bus hasta las nueve menos diez que salió de clases. “Todo ha sido de locos. Todavía no entiendo nada. Estoy como las vacas. Con decirte que no sé si todavía vengo en camino. La cabeza me da vueltas, el estómago me venía comiendo. Los zapatos húmedos. De nada sirve andar paraguas. El viento lo moja a uno”. Margarita le pasaba la mano por el brazo para descargarlo de tanto

pesar, para alivianarle la pesadumbre del día. Ella llevó los platos al fregadero y Catalino se metió al baño a cagar y miar. Después se cepilló. Margarita estaba de nuevo en la cama esperándolo con el televisor en muting. Ahora que le acababa de caer el chocolate en el estómago sentía el tropel del hambre en fuga. Sin pensarlo dos veces se tomó una alkaséltzer, se dio dos golpecitos en la panza y soltó un eructo. Todas las comidas del día se levantaron a soltar su último aliento. Llenó la tapa del enjuague y se la vació para las gárgaras de rutina. Su esposa oía cada movimiento, cada paso. Catalino se quedó en pelotas y se metió a la ducha. Se dio un baño del cuello para abajo. Siempre se entregaba limpio como una ostia. Cuando se le antojaba hacer el amor por la madrugada, los dos se entregaban con los caldos y olores de la noche. “Es reconfortante el amor en ayunas”, pensaban ambos. Por esa razón, si Catalino tenía que levantarse a las seis, su esposa ponía el reloj a la cinco y media para mandarlo bien zarandeado a la calle, no sea que tenga antojos a media mañana y se ponga a hacer números con alguna compañera de trabajo y lo vayan a encontrar en un baño universitario con una compañera de esas que se orinan cuando ven a un hombre con una manguera entre las piernas. “No quiero que nadie me robe pasto, cuando yo paso hambre y bramando como una ternera recién destetada”, decía ella cada vez que lo tenía en la cima más alta. Catalino tenía estilo. Amanecía como un mástil sosteniendo la sábana. Ella lo agarraba por medio cuerpo y todo el cuerpo se le mojaba con las salpicaduras de su pez. Desde antes que sonara el reloj, ella le tiraba la mano y agarraba el ti-

món para que aquel barco de guerra no se fuera sin ella. “Quítame esta fiebre. No quiero estar enfermo todo el día”, le decía él del otro lado del sueño y ella lo cabalgaba hasta que su hombre tuviera que meterse en el baño, apúrate que se te hace tarde, yo te preparo un gallopinto para que recupere fuerzas. Y además de eso le hacía un jugo de naranja con zanahoria y el hombre quedaba como nuevo.

Catalino se echó en la cama y su mujer le tiró el brazo apenas sintió que la barca se equilibraba. Él notó que su lado estaba caliente. “Qué rico me calentaste el nido”, le dijo, pero ella no cayó en la cuenta. Cuando Catalino se terminó de acomodar notó que su ropa de dormir estaba por debajo de las cobijas, como si alguien se las hubiera puesto y luego las abandonara. “¿Qué hace mi ropa de dormir aquí? ¿Usted me la puso aquí?”, preguntó Catalino. “¿En qué momento?”, respondió ella. Catalino creyó que su esposa le estaba jugando una broma y dijo voy a ver si las chanclas están al pie de la cama. Efectivamente, ahí estaban. “Debió ser la niña. Todo el día pasa poniéndose mis zapatos”, dijo ella. “Supongamos”, respondió Catalino. Ella no le quería dar importancia al asunto, porque Catalino era muy descuidado, nunca sabía dónde estaban las cosas y con el tiempo decía ya me acuerdo, yo las había dejado ahí. Pero esta vez Catalino estaba seguro de que había puesto su ropa en el otro cuarto. Su mujer lo estaba esperando para pedirle cuentas, para que deshiciera las lunas acumuladas para que hiciera correr su furor de animal montuno. Pero cuando vio la almohada de Catalino puesta en la cabecera de la cama, fue ella la que hizo las preguntas:

—¿En qué hora tomaste la almohada?

—Estaba ahí.

Margarita dudó un rato. No recordaba haberla puesto. “A lo mejor también fue el niño”, dijo Catalino. Pero Joel no pudo haber sido porque él no alcanza, repuso ella. Ahora fue Catalino quien le tiró el brazo para sacudirle las dudas. “Aquí está pasando algo”, dijo ella queriéndose escapar, pero ya él le había metido la mano y sintió la misma sensación de todos los días: sentía que las sienes le explotaban, que el corazón le retumbaba como pájaro asustado, que el cuerpo le respondía como si toda la tarde hubiera estado esperando ese momento, como si hubiera llegado de unas largas vacaciones. La encontró en la misma posición de luna creciente y le pasó la mano por la panocha. Ella se estremeció y se retorció como gata que le tocan el lomo. El dolor de cabeza se deshielaba y el largo recorrido del mundo quedaba atrás como un día de esos que la vida no quiere salir de su atolladero y uno está y no está en ninguna parte.

## Peregrinos en otro tiempo

Van por la acera. Se les oye conversar, único pasatiempo, único sustento, único malestar. Caminan y conversan. Siempre puestos al camino. No nos quedaremos para siempre. Estamos de tránsito, aunque queramos permanecer, Leopoldo... Alguien ha agrietado el suelo donde estábamos y hemos venido a parar aquí. Caminan, conversan. No miran hacia atrás. No les importa quién va delante ni quién los sigue. Somos cometas que retornamos siempre a las manos de quien maneja el hilo. Nos quisiéramos viento para ir en la dirección que escojamos, hacia otra orilla donde atracar con nuestros sueños. Pero llegada la tarde, entrada la oscuridad, al niño le da miedo que su cometa toque las estrellas y las apague o se pierda en la inmensidad. Por eso comienza a recoger, a tirar del hilo y a envolver, como si en la punta del anzuelo agonizara un pescado. Toma su pájaro de papel, vuelve a su casa y lo cuelga en un sitio seguro para hacer lo mismo al día siguiente. La cometa viene a sus manos, pero nosotros nos vamos. “Nos llevan”, interrumpe Leopoldo. Nos arrastran estos pasos que tropiezan en la oscuridad. Es entonces cuando comenzamos a ver cosas que no

sabemos de dónde aparecen. Recuerdos que se nos vienen sin que nadie los llame, sin que hagamos el menor esfuerzo para que emerjan del sitio donde los habíamos puesto, como se coloca un ladrillo en uno de esos gigantescos edificios que hoy nos hacen sombra, Leopoldo. “La memoria es así. La vida es así. Los sueños también. Tan llena de sol y sombras. Tan difícil, a nuestra edad, de saber cuándo estamos en una o en otra”. Todos tenemos sombras que redimir, Leopoldo. “Así es”.

Caminan por las calles. ¿Qué planes tendrán? Pasan de una acera a otra. Husmean en los botes de basura. Nada. Nada somos desde que nos vinimos a esta vida, Jacinto. Nada se encuentra. Ni una colilla, ni un desperdicio, ni un resto de nada para echarle algo a esta sombra que somos. Leopoldo hace señas. Se recuestan a un muro. Pasan los carros. La gente se aprieta, se tropieza. Los viejos no ven que en esos golpes de gente manos entran en bolsillos ajenos, las carteras cambian de dueños. Siguen hacia el parque. Se oyen los pregones. Las bocinas. Los madrazos. Los borrachos tendidos en la acera. La patrulla. Leopoldo como que piensa, como que algo siente, como que algo dice. Algo debió haber dicho, porque ahora oímos a Jacinto: aunque todos estamos hechos de la misma pasta, no a todos nos sostienen los mismos sueños, decía mi abuela. Y yo digo, Leopoldo, que ya no nos hacen de la misma pasta. Mira esos edificios. Cada uno ha tenido un ingeniero o un arquitecto distinto, y aunque hubieran tenido el mismo, no todos duran lo mismo; unos se descascaran primero, otros se agrietan después; a unos les queda una larga vida porque han sido cuidados, atendidos, apuntalados, y a otros

ya los han borrado del mapa. Ya no están. El viejo señala hacia un lote vacío. Unos están en lugar de otros, como nosotros. Nosotros estamos, ya no somos. Quien es estorba. En este mundo unos sustituyen a otros. La historia del desplazamiento, desclasamiento, derrocamiento. Quien no conquista su espacio y defiende su estar, nunca podrá permanecer.

Llegan al parque. Sacan sus huesos de pollo y buscan una banca. Buscan algún sabor. Ya no somos lo que fuimos. Ahora estamos en otro lugar, en otro tiempo. Nos han desplazado, primero nuestros hijos y después los viejos más fuertes. Nuestros hijos están en casa esperando que nos vayamos. Empujando desde dentro. Se han tomado la casa. Como su madre los expulsó del vientre, del mismo modo ellos nos expulsan de la casa. Así reclaman también su paraíso. Ya no luchan por conquistar un mundo para ellos. Se quedan en casa para arrebatarlo lo que nosotros hemos logrado. Ni siquiera ángeles custodios llegamos a ser. Sólo demonios caídos en desgracia, en descrédito y en desvaríos. Vamos de un lugar a otro tratando de encontrar nuestros pasos, nuestras sombras, nuestros fantasmas. Maldita vida, Jacinto. Maldita gente. Maldita sea. Ahora se han recostado. Miran las nubes. Las nubes pasan, se van, se desdibujan, trazan una ruta. Miran las ramas de los árboles, El día que se va.

Cruzamos las calles cuando las cruzamos. Pasamos a otro lado cuando pasamos. Vamos de aquí para allá. Nadie nos espera. El sitio que ha dejado alguien, otro más vivo, otro más fuerte lo ha ocupado. Ya no puedes mirar atrás, Jacinto. Deja esa nostalgia. Deja eso que dejaste en su sitio. No me vengas con añoranza

de lo que fuiste: nadie te lo va a comprar, nadie te lo cambiará por un pedazo de pan, por una cobija. Quién te va a crear. Cualquiera te tendrá por borracho, sinvergüenza y vagabundo. Si quieres tener un lugar bajo este cielo, debes buscarlo debajo del puente, en un charral, en el cementerio. Si tienes suerte acabarás en un hospital o en el laboratorio de un aprendiz de carnicero. Alguien ya te habrá puesto el ojo, te habrá puesto precio y te habrá vendido a uno de esos estudiantes de ahora que aprenden medicina en un garaje o en el patio de su casa. “¿De modo que ya no se puede tener última voluntad?”. Así es, Jacinto. Ni última voluntad. Alguien se ha atribuido el poder de elegir por ti y de vivir por ti. Tal vez no estás al tanto. Si te quedas dormido, alguien puede llegar, ponerte una inyección, montarte en un carro y llevarte a un laboratorio. Si estás en el hospital y mueres, también puede llegar alguien, hacerse pasar por hijo, familiar o amigo, y, en medio de un llanto convulso, reclamarte, llevarte a su casa o laboratorio privado para sacarte todo lo que tengas por dentro, venderlo o echárselo a los perros. Ni cerrar el ojo se puede. Ni cruzarse de brazos. Si uno pudiera evitar que los suyos lo abandonen. Pero ni ellos son de ellos: viven para sus cosas. Dios libre les toque algo, o les cambies de música o de canal. En la calle se dejan tocar el culo, se dejan meter las manos entre las piernas, se dejan agarrar las tetas y las nalgas con tal de que les pinten mamarrachos en el cuerpo. Pero las cosas que han comprado en lugar de comida o de libros, ni se diga. Ofensivo sería decir que somos como animales. Peores que ellos estamos. Los elefantes tienen su cementerio. A los viejos ni eso nos queda. Si vivos estorbamos, qué será muertos.

A veces nos queda una banca de parque, bajo un árbol repleto de zanates que toda la noche cagan. Son las únicas bendiciones que de arriban nos caen, Jacinto. Son las únicas flores que recibimos por haber pasado al otro día. Pero no te preocupes, Jacinto. Hagamos una barca de cartón o de lo que sea. La lluvia no se olvidará de nosotros. Ya ahorita llega la temporada brava. El río seguirá estando allí, y no importa que sea sobre las piedras, nos echaremos a andar y seguiremos conversando. El mar que nos espera a otra orilla nos llevará y ya no estaremos aquí mendigando un espacio, una banca, una limosnita, por amor de Dios. Ya esas cosas nadie las oye. Eso es lo que menos tiene el mundo... “¿Dios?”. No. Sentidos. Es sordo, es mudo, es ciego, es insensible, no le huele mal esto que hace con nosotros, a nada le sabe la injusticia. ¿Fue acaso este el mundo que levantamos nosotros, Leopoldo? No me lo digas. No nos correspondió estar en el principio. Tal vez los abuelos de nuestros abuelos. ¿Desde cuándo vendrá esto? Desde que el mundo es mundo, Leopoldo. Desde que Dios comenzó a desterrar y exiliar para que el orden, el equilibrio y la armonía siguieran siendo sus atributos y la discordia, el rencor y el odio los nuestros. Adonde quiera que llegamos nos expulsan. Pasamos de un lugar a otro, de un tiempo a otro, de una vida a... ¿Cuántas calles no hemos recorrido? ¿Cuántas veces hemos amanecido en el mismo lugar? Sólo cuando estábamos en casa y hacíamos que nuestros hijos fueran a hacernos los mandados, fueran a la escuela y después al colegio y de ahí se perdieron: quién iba a creer que esos eran nuestros hijos, esos que volvieron sólo para echarnos, para decirnos que

ya habíamos jugado, que estábamos obsoletos y anticuados, improductivos, que estábamos robando aire, parasitando e impidiéndoles ver el horizonte. Así nos sacaron del paraíso. Por no ser modernos. Por soñar con el oloroso pan de los abrazos cuando volviéramos a encontrarnos. No te pongas a recordar esas cosas, Jacinto. No seas majadero. Carga tus cartones. El cielo está oscuro y mira cómo se precipita la gente. No sé si habrá campo también para ellos.

Parecían dos Noé parapetando el Arca con la premura de que ya se venía el aguacero.

## Nacido en otra orilla

**E**nterrado en sus dos apretados metros de oscuridad, el prisionero se paseaba por el calabozo que no daba para cuatro pasos. A veces, desde su improvisado catre de madera, miraba por la única ranura que tenía por respiradero como si esperara despertar de aquella tumba. La luz llegaba de veintidós en veintidós horas como la lata de la comida, más orín que lata, que por muchos días bajó y subió intacta. Pero la oscuridad lo hizo ver el hambre a través del tropel de las tripas, de los ruidos de leones y pirañas que lo desgarraban por dentro. Se recostaba a la pared a quién sabe cuánta distancia de su casa, sin saber cuánto grosor de sombra lo separaba de su otra vida. Respiraba como si el aire se le endureciera en los pulmones, como si le hubieran arrancado las alas a su esperanza. Desde el fondo de su alma algo le decía que nunca había respirado ese mismo aire, que nunca había visto aquella luz que no había terminado de llegar cuando ya se iba y que el suelo aquel no despedía el mismo olor de su tierra. Los grillos de su noche eran otros grillos y aquel frío que lo hacía tiritar desde el propio fondo de la médula nunca antes lo había experimentado. Por más intentos

que hizo, nunca logró asirse de ningún recuerdo, de alguna de esas traiciones que deja el buitre del pasado. Desde la bruma de su pesadumbre maldijo aquel encierro sin causa, no admitió aquella tierra que lo mordía como fiera hambrienta ni quería dejarse tocar por aquellas sombras que le atenazaban las entrañas.

Sin dejarse extraviar por completo por la certeza de la muerte, yendo de un lado a otro en el lodo de las tinieblas, el hombre se pensó en otra orilla, en otro jardín soñado. Por un instante le consoló aquella luz dulcificadora del alma, pero pronto lo desilusionó el no poder concebir una idea sobre su vida anterior, el no poder recordar siquiera quién era, de dónde lo habían arrancado. Si hablaba no reconocía su propia voz rebotando en las paredes de la oscuridad y que a veces regresaba de su largo viaje por aquellos laberintos de la noche, cansada y fundida con otras voces que antes habían hecho el mismo camino y nadie las había reconocido. El aire olía a muerto, a muerto inocente y antiguo, a silencio asfixiado por el miedo, a grito sofocado por las sombras, a injusticia ajena y propia. Cuando entraba la comida por debajo de la puerta, el ruido que hacía el tarro le recordaba a alguien. Se quedaba ido, tratando de agarrar en las sombras la imagen, la borrosa idea, el instantáneo chispazo, pero no alcanzaba a saber quién era. Entonces encima de la comida caían como piedras ardientes sus lágrimas. “Nunca sabrá a nada esta mierda. Nunca podré saber si estuve vivo en alguna parte”. Era lo único que expresaba con cierta resignación, mientras tragaba con enorme dificultad aquella sustancia insabora. El tarro de la sopa terminaba derramándose con las lágrimas del hombre que no hallaba su sombra en aquella apretada oscuridad.

De un solo tajo lo habían arrancado de su casa una noche, a sus 25 años, como un ciclón arranca árboles y viviendas, como espanta aves y sueños, como se lleva un río los siembros a su paso. Como entierra un alud un pueblo en vida. No hay manos, no hay troncos, no hay grito de que agarrarse: aquel monstruo de agua, aquella fiera maligna salida de la oscuridad se lo lleva a uno como el viento a una pluma, lo pone a mil kilómetros de sus raíces y lo entrega a los caprichos de voluntades ajenas. A él lo habían sacado de su casa y lo habían empujado al fondo de la noche como una alimaña maldita. Como si él fuera la causa primera de todos los males, como si desterrándolo a él santo remedio. Llegaron, lista en mano, reventaron la puerta, pasaron por encima de los presentes como si fueran cadáveres. Se oyeron los gritos, el nombre de la víctima, los golpes en las costillas y el culatazo en la cabeza... Eran las ocho de la noche. Las gotas de sangre marcaron un rastro por kilómetros sobre el polvoriento camino. Detrás quedó un llanto revolcándose en el suelo, una madre, unos hermanos, una esposa, un hijo, un pueblo asustado que temblaba como un niño.

La celda, en el fondo de una profunda negritud, había sido antes una mina excavada a fuerza de un látigo pagado en dólares. Vaciada de todas sus entrañas, ahora la dejaban como un simple esqueleto de galeón abandonado, como un anónimo cementerio de presos políticos del que nadie sospechaba nada. Los bajados en las herrumbradas jaulas no llegaban al vientre de la mina para que a pico y pala fueran a salir al otro lado del mundo, sino para que aprendieran a no levantar la mano contra el que manda, a no rebelarse,

a no decir nada contra quienes se adjudican derecho sobre la vida ajena. Las paredes las habían repellido y desde el techo, a través de una cuerda podrida y llena de nudos, descendía el tarro con una comida, no de compasión, sino una comida como para envenenar a una rata que se ha metido en la despensa y ha mordisqueado las delicias más apetecidas por la señora y el señor que nunca les ha faltado nada. Los caídos en desgracia no volvían a ver la luz que sólo pasaba un instante. En ocasiones encendían las bombillas de la superficie y el tenue y mortecino resplandor hacía creer a los prisioneros que el día estaba nublado e iba a llover. Nadie se quejaba porque si lo oían, desde la superficie bajaban y lo molían a golpes los leales a un sistema que sólo inculca la virtud de la obediencia al que paga mejor. Para unos era mejor morir de una sola vez que no todos los días en aquellas tinieblas. Entonces soltaban la voz polvosa que se quedaba rebotando por un tiempo en aquel cavernoso mundo y nunca más se les oía. Terminaban como arañas secas en uno de esos agujeros. Otros aún conservaban la esperanza de ver la luz con sus propios ojos.

Por alrededor de la celda 17 nadie con vida y voz para entablar conversa. En aquella parte del mundo sólo su respirar hueco y ausente se escuchaba. Cuando lo trajeron y oyó el “Bájenlo a la 17”, creyó que era ahí no más y que iba a tener la oportunidad de ver la luna por la ventana, oír un golpe de mar en alguna isla, a lo mejor un ave allá por mayo. Pero cuando sintió que la jaula bajaba y bajaba en una oscuridad fría y sin fondo lo único que pensó fue que lo iban a pasar del otro lado del mundo. En ese laberinto perdió

la orientación y se quedó flotando en aquella densa oscuridad de púdrete hijo de perra. Quien llegaba a ese nivel se olvidaba de quién era. Se perdía en su propia oscuridad. Era estar muerto. Era la peor paz.

Con el tiempo no se preocupó por palpar su cuerpo para saber si estaba. Se lo sentía como los restos de una araña seca y creyó que así debía ser. Andaba sonámbulo y ya no escuchaba sus pasos en el piso. Trataba de hacer vuelos con su imaginación, pero nada se levantaba de su alma. No podía imaginar nada porque no podía recordar nada. El buitre oscuro del olvido se lo había tragado y en su vientre se paseaba como un ciego que se agarra de las paredes para no caer. No había puente que lo ligara con el mundo que había dejado afuera. No era nadie. Sólo sería un muerto olvidado como el dueño de los huesos que llenaban la celda. Un muerto antiguo e inocente como todos los que dejan quienes batallan por sembrar la paz con estrategias de Caínes. Con una piedra intentaba rayar las paredes para mirarse en el espejo de la escritura, para ver si abría una puerta y entraba a algún mundo, a algún tiempo. Pero esa parcela de realidad también le estaba vedada: las piedras se desmoronaban como terrones de azúcar y el hombre se desvanecía sobre los huesos.

Así estuvo por un tiempo. Cuando se incorporó ya no intentó ver para ver. Aquella terrible oscuridad se lo había tragado. Estaba en el vientre de una mina como un Jonás. No se sabe de dónde sacaba fuerzas para ir de pared en pared, como Gregor, a explorar el pequeño mundo de su cuarto. Hubiera querido ser insecto o pájaro y descubrir que tenía alas y que ellas le servirían para volar. Pero ya no se acordaba de las

figuras de barro de su infancia, de las figuras de papel, de las cometas. Al final se tendía en el catre. Dormido, tal vez soñando, el corazón veía la puerta franca y se echaba a correr hacia los campos. Los latidos se le iban como oveja al pasto, balando hacia la madrugada, buscando llegar al río. Mordido como estaba por la serpiente de la incertidumbre, una lágrima se le desprendía como una hoja madura. El campo verde, bañado por el rocío, amarilleaba con el resplandor de la luna. Él se iba detrás, perseguía el balido de una oveja que se le hacía cada vez más lejano. El bosque silencioso tenía un olor a diciembre enredado en sus árboles. Su oscuridad era dulce, sus ruidos secretos eran melodías, los grillos nocturnos entonaban una feliz fuga. De felicidad se le apagaban más los sentidos. Detrás de los árboles no veía el lobo. El viento entre las ramas no dejaba oír el cuar siniestro de los cuervos. La oveja olisqueaba las flores y éstas temblaban de escalofríos... La vida se lo llevaba de vez en cuando a esos respiros. Cuando lo soltaba se oía el golpe del corazón en el duro suelo de la celda 17. Como un reptil en las tinieblas daba vueltas en su catre crujiente sin colchón y ya no podía dar con el rastro de su sueño. “Si mi corazón fuera un tigre olfatearía en la oscuridad el tibio rastro de los recuerdos”, pensaba sin saber quién era, sin hacerse siquiera esa pregunta.

Un día, junto con la comida venía un pedazo de papel. No lo pudo leer al instante porque la luz ya se iba. “Mañana cuando pase el sol”, se dijo. La impaciencia lo atropellaba. Acostumbrado a leer las paredes al tacto, pasaba los dedos sobre los caracteres, pero quedaba igual que antes. “Ojalá fuera una lámpara mi

corazón”. Se quedaba quieto esperando que el instante de luz se asomara por la hendidura. Eterno día, eterna negritud. Esa vez, en lugar de luz, llovió como nunca. Por las grietas se filtró el agua. La inundación empapó todo. Al igual que en las demás celdas, flotaron los huesos de otros cadáveres, la mierda seca, las cucarachas trepaban por las paredes. El hombre, sin poder correr en busca de un lugar más alto, se subió en el catre para que el agua no lo ahogara. Sólo las cucarachas pudieron escapar por las grietas. Tres días estuvo así, esperando que bajara el nivel, agarrado con los dientes de un pedazo de varilla que salía del techo. El pedazo de papel que sobrevivió se lo echó al bolsillo. “¿Será una carta? Ahora sabré quién soy y de dónde”. Sin saber dónde sus bolsillos y dónde la oscuridad, el papel cayó al lodo. La noche se llenó de más ruidos. Los sapos parecían haber inventado la felicidad bajo tierra: desde los charcos armaban su alboroto ensordecedor. Los grillos atronaban como infernales cigarras. El hombre se escondía en su sombra, muerto de frío. La noche no pasaba. El sueño no llegaba. El día anclado en otra parte. La tristeza era el único antídoto para aquella sombra sin consuelo. “Maldita sea. Quién podrá evitar que mi corazón lllore. Quién pudiera arrancarme de este apretado círculo de sombras”. Era su única inconformidad que nadie oía. El papel cayó al olvido, más oscuro todavía que aquellas cuatro paredes.

Un día recordó trigales. Imaginó. “Pero yo nunca he visto un trigal. Nunca he estado en uno”, se dijo. Pasó pensando en trigales. “Tal vez en algún libro”. Los veía alegres, danzando estremecidos por el viento. Se imaginaba en ellos como en un sembradío de

arroz. “El arroz es como el trigo”, recapacitó. Y siguió revolcándose en las espigas, correteando la brisa como un niño feliz. Oyó de nuevo como una oveja, una oveja solitaria en una noche de luna que hace fosforescentes las espigas. “¿Por qué en mis sueños mi corazón es una oveja o creo oír una?”, se preguntó indignado. “¿Por qué no soy un hombre? ¿Acaso no soy un hombre?”. Se quejó en silencio mirando hacia donde supuso estaba la mirilla de la celda. No se acordaba que la noche después que bajó el agua había cambiado de posición el catre para ver si lograba dormir, para ver si sufría el frío en otro acomodo del cuerpo. “Si supiera hacia dónde es el norte sabría hacia dónde echar a volar mi corazón”, se dijo para justificar sus vacilaciones. La duda seguía mordiéndolo. “Una oveja. Vaya vida: yo una oveja perdida balando en la oscuridad”.

Tan mal había pasado las noches después del aguacero que ahora dormía como un bebé amamantado por una teta feliz y abundante. Veía caer hojas de unos árboles. Las hojas se amontonaban al pie de los troncos. El viento las alborotaba. Un gato las pajareaba. Quería ser una hoja y volar a otra parte. “Las hojas no van a ninguna parte. Caen de los árboles y se pudren”, dijo una voz en la profundidad de su conciencia. Como ciego, como sonámbulo iba palpando las paredes como si buscara una cerradura en la oscuridad. Le parecía que las paredes se iban, que la noche abría sus espejos y él se veía al otro lado caminando hacia la casa. “Veo una casa”, se decía. Esperaba que el sueño lo empujara más allá, que lo llevara hasta la puerta de la casa. Avanzaba casi sin aire de la emoción. Se aproximaba. Le parecía oír el relincho de un

caballo, el balido familiar de una oveja en la oscuridad bajo la luna, el maullido de un gato tierno. De entre las sombras fueron emergiendo las casas de paja del poblado. Los árboles eran otras sombras que se desvanecían para dejar ver la casa. Blanca. Veía el caballo, la oveja, el gato y el perro. Ya estaba a la puerta. Ya tenía la mano en el manubrio. El canto de un gallo surgió de las sombras. Su corazón saltaba, saboreaba la alegría, las manos se le helaban, un temblor le recorría el cuerpo. Ya iba a girar... Se le cortó el hilo. De un manotazo derribó una cucaracha que le andaba en su cara de ángel feliz. Quedó aturdido. Sin abrir los ojos trató de volver al mismo sitio, a la misma puerta, pero ya el olvido había venido a establecer su demanda. El ruido del tarro por debajo de la puerta lo hizo regresar a esta orilla. “Son como espumas los sueños, como agua, como viento entre las manos. Cuanto más fuerte se les quiere apretar más rápido se deshacen”, se dijo sin ninguna inconformidad.

Se estaba acostumbrando a esos fracasos, aunque cada día se empecinaba en la búsqueda de esos caminos que lo llevaban a la otra orilla. “Yo debo estar vivo en otra parte”, sospechaba en lo más hondo de su corazón. Se quedaba ido como si realmente se lo hubieran llevado a otra parte. Se veía en un tren. “Pero nunca me he subido en un tren”, protestaba. Iba en un tren tirado por caballos. El cochero a grandes voces gritaba suba más gente, y la gente que miraba decía que suba más gente, y más gente subía como si aquella máquina tirada por caballos pudiera con tanta carga. Los caballos enclenques trataban de no hundirse en el suelo con alas de resoplidos. El cochero descargaba

sobre ellos sendos garrotazos y los pobres animales hacían el intento de volar, pero no se movían, no iban a ninguna parte, sus patas flacas estaban fijas como en un pegamento, hacían el intento pero de ahí no pasaban. El cochero sudaba de furia. “Malditos animales”. Indignado por semejante atropello, el pasajero se puso a gritar sáquenme de aquí. Pero nadie lo escuchaba. La gente que miraba se divertía. El pasajero quiso arrojar por la ventana, pero no pudo. Estaba inmóvil como los caballos atornillados en los rieles. Después de un esfuerzo en que se le hincharon las venas y casi suda sangre, el pasajero se puso de pie y tocó la campana. Aún así nadie se asomó a ver quién pedía ayuda. Los caballos eran molidos a palos y ya sus patas delanteras se doblaban suplicando misericordia, pero el cochero no cesaba de azotarlos. En una de estas angustias, al pasajero se le deshizo la harina que atascaba su lengua y soltó el grito no quiero ir a ninguna parte. Entonces el cochero paró, lo agarró por el cuello y lo lanzó al piso.

El golpe seco se oyó hasta muy lejos de la celda 17. El tren se fue y el pasajero despertó. Ahora no estaba donde antes estaba, pero él no se daba cuenta. El golpe lo dejó de nuevo sin sentido para oler el aire, los campos de trigo, el rocío sobre las flores de la madrugada. Ya no tenía manos para asir las riendas de los potros, para cortar una rosa para su amada que ahora estaba a su lado, junto con los demás de la familia. Ya no tenía gusto para paladear el agua de tinaja que su madre había conservado siempre fresca, para probar la sopa de frijoles molidos con papa, chile picado, cebolla, pimienta, culantro, apio, picadillo de plátano

verde y ajo que su hermana le había preparado para resucitarlo. Estaba en su cuarto, a oscuras porque le temía a la luz como si fuera un monstruo, al viento que daba colazos en los árboles, a las mariposas, a los pájaros de las cinco que cantaban en los tamarindos. Sólo quería el mismo silencio de sus días sembrado en otra orilla, los mismos olvidos. “Aquí, en estas sombras, está mi sombra. Juega a las escondidas y yo tengo que encontrarla”, fue lo único que dijo al tercer día. Su madre se quedaba partida en dos, con el corazón agrietado de lágrimas, sin saber si alegrarse porque había vuelto vivo o si lamentar su regreso en aquel estado de anciano caduco y desorientado. “¿Dios mío, qué le han hecho a mi hijo?”, se lamentaba. “¿Qué fuerza maligna tienen los que planifican la muerte que se olvidan de que también son hijos, hermanos, padres?”. Ella le pasaba la mano por la cabeza y él la miraba extraño, como si mirara a una desconocida. Ella se quedaba pensando decirle nadie regresa de la muerte porque esté vivo o porque tenga permiso para andar entre dos orillas: vuelve por la esperanza de los que esperan, por el amargo dolor de la madre, por el tiempo que lleva la mujer parada en la puerta de la casa, viendo para allá y para acá. Vuelve a responder las diarias preguntas de su hijo, por las cosas que no quieren seguir siendo, por las estrellas que ya no vuelan sobre nosotras desde que no estás. El día pierde su color, la noche oculta sus luciérnagas, la casa parece vacía, la comida no sabe a nada, tu mujer ya no sabe qué tejer para destejer, tu hijo repite las mismas preguntas. La gente diciéndonos denlo también por perdido: ese monstruo no devuelve a quien se lleva. Eso

pensaba decirle su madre para que volviera, mientras sus lágrimas caían en el polvo abrasante del mediodía como dos granizos apagados. “Mis recuerdos todavía no llegan”, dejaba filtrar desde la oscuridad en que estaba el viejo que ningún parecido tenía con el hombre de veinticinco años que se llevaron aquella tarde. La madre se quedaba como esas madres, como esos hijos, como esas amadas que se les revienta el corazón de tristeza.

El hombre nada decía a su amada. Era como una sombra ausente en aquellas sombras. Su pensamiento se iba tras la oveja de sus otras noches. Fluyendo y refluyendo en la soledad mientras el resto del mundo trataba de encontrarlo cuando le hablaba. Sus familiares procuraban que las palabras lo alcanzaran en la dura profundidad en que yacía. “Ese no es mi hijo”, decía la madre. “Ni ese mi marido”, decía la esposa. “Mamá, ¿así era mi padre?”, interrogaba el hijo. A todos los mordía la serpiente de la incertidumbre. Entonces la madre, ya anciana y ciega, le pasaba la mano por la cabeza. Donde antes tenía sólo una cicatriz, ahora le encontraba dos. El veneno de la esperanza se les nublaba con el llanto. El hombre parecía una sombra venida del más allá. Estaba siempre en la misma noche, en la misma celda, recostado en la misma pared, viendo hacia la misma ranura, esperando que empujaran el tarro de la comida, extraviado en otro mundo, pensando en alguna parte hay vida sencilla, luz diáfana, puerta franca, amada cálida y alegre, un campo florecido y con árboles donde cada atardecer vuelven las aves de su largo recorrido por el mundo. En alguna parte hay vida dulce, hombres sinceros, mujeres libres,

barrio abierto y festivo. En algún lugar la vida no es este traje ajado que lucimos, sino otros sueños, otras cálidas esperanzas... Lloraba de no saber si era él.

El hombre estaba ahí y no estaba. Su alma saltaba por la ventana, cruzaba el jardín, traspasaba la cerca y se perdía por el bosque. Perseguía el lejano balido de una oveja. Iba, como tigre, olfateando en las piedras un rastro de amor en la oscuridad, después del estallido ensordecedor de una luz. Ahora se ve cruzar por el trigal luminoso de sus sueños. Arranca espigas y come. Las estrellas dan vueltas en su cabeza. Corre en la dirección del viento hacia donde viene el balido cada vez más lejano. Más allá de la superficie. Jadea en los sinuosos senderos de la oscuridad. Ascende. No se atreve a mirar atrás. Va más allá de la superficie. Ahora está en plena cima y puede mirar en todas las direcciones. Contempla abajo las luces titilantes de unas casas. Una fuerza felina lo empuja. Un sudor frío le baja hasta los pies. Un ardor le comienza a descongelar el corazón. Busca el camino entre la bruma de la esperanza. Manotea las sombras como si fuera en el agua. La bruma se le va haciendo espejo. Comienza a descender hacia las luces. No va en una jaula. Lo llevan sus propios pasos. Lo empujan su instinto y su nostalgia. Su corazón es ahora un pájaro que traspone el círculo de la noche. Se agarra de los troncos como si fueran manos de amigos que lo acogen. Va como una pluma aspirada por el viento dulce de un corazón que lo espera. Oye ladrar a un perro. Huele el aire. El viento se le hace familiar. Se le filtra el mundo hasta la sangre. La tierra sabe a su tierra, a fruta probada en la infancia. Pero los recuerdos no le salen a flote. Reconoce

los árboles de sus sueños. Ve al gato que pajareaba las hojas, al caballo estremecido por el relincho. La oveja del balido que oía del otro lado del campo. La casa allá en el fondo. Camina hacia ella sin mirar para otro lado. Quiere llegar a la puerta. Tomar el manubrio. Sólo eso mira. Estira la mano para abrirla. La puerta cede. Irrumpe de súbito. Las sombras que lo cubren lo hacen espantable. Los gritos de la gente que retrocede asustada por aquel hombre desgreñado, con aspecto de redivivo. Las preguntas del caso, los corazones en sobresalto. Y él no sabe qué decir, ni qué busca, ni qué hace ahí. Su memoria no le responde. No sabe hacia dónde mirar, a quién. Todos le son extraños. Su cabeza está llena aún de sombras. No encuentra una palabra, un gesto, un algo que acerque a aquellos que ya no lo miran con ojos desorbitados, sino con la mirada fiera de quien defiende su cueva de intrusos. Ya lo van a sacar a palos, cuando la madre, anciana y ciega, camina apoyada en las paredes, y pregunta quién es y el hombre no responde. Advertida por los demás, la madre se acerca sin temor de perder nada, palpa al hombre, le mete la mano en el costado y ya no hay dudas. La sangre salpica en sus recuerdos. El corazón se les descongela. La casa se termina de encender y el amor de todos lo amuralla. Las lágrimas de alegría, de no creerlo, de no saber si es cierto aquello que la madre, la esposa y el hijo dicen a coro: “Dios mío, por fin nos lo has devuelto”. El prisionero abrió los ojos para ver si estaba donde estaba. Su sueño caía en la boca de una inmensa araña escondida en la oscuridad.

## A través del aire

**T**osió, se rascó el pecho y ahí va para quien le caiga, dijo. Era una cosa pegajosa la que iniciaba su viaje con viento favorable.

No pasó como en esas películas en las que al chacho lo vienen persiguiendo un montón de indios y lo llevan directo al precipicio, pero como él no sabe ni conoce el camino, lo único que hace es correr y mirar para atrás, correr y mirar, y los indios condenaos con su ruido y tropel de caballos, empuñando sus lanzas y sus flechas, no dejan de ulular y el chacho corre que corre y vuelve a ver que ya lo alcanzan, y de pronto el precipicio, pero en ese momento él volteó a ver a los indios y cuando estiró el paso para seguir corriendo fun se hundió y arriba la nube de polvo y el tropel de los indios mirando al muñeco desgajarse como si llevara piedras en los bolsillos. Y da la casualidad que en el trayecto de la caída aparece un árbol frondoso. Se pueden imaginar ustedes un árbol frondoso colgando en las peladuras de una montaña de piedra. Bueno, nadie se imagina semejante milagro, pero ahí estaba el árbol frondoso, lleno de bejucos y hojas, como un colchón, y plas, ahí cayó el chacho y los indios tontos

creyendo ahora sí se jodió ese maldito cara pálida. Pero lo que no tomaron en cuenta es que estaban en una película y que tres días después, por la noche, resucitó el cara pálida, asaltó el campamento de los diez mil indios que lo perseguían, para que aprendan, hijos del demonio, se robó a la pelirroja con el trasero más rico, quemó las chozas de los dormilones y se largó con su exquisita presa.

Digo que no pasó como en las películas, porque el gargajo espeso y amarillento salió por la ventana, se precipitó nueve, diez, quince, veinte pisos abajo y desde que hizo su aparición en el aire comenzó a esponjarse como una bomba de chicle y se abrió un poco más, y siguió su precipitosa caída hasta que nojoda, qué es esta mierda, y el viejo cabeza pelada, de saco y corbata, comienza a tocarse la calva con la mano derecha y después con la izquierda, con un tacto como si estuviera buscando en la oscuridad el detonador de una bomba, y se va quedando embarrado con aquel amasijo de pegar suela de zapato, y mira para arriba para verle la cara al hijueputa malparío hijo de las siete leches que se atrevió a semejante descalabro, y la nube de risas y el tropel de la gente tratando de adivinar qué chocheras de viejo eran aquellas, y el señor de la calva lo único que vio fueron los restos del gargajo que se habían desprendido en el trayecto y chas le cayó uno en cada ojo para que aprenda viejo malnacido, así no se insulta a mi abuelita, y mucho menos ahora que se está reponiendo de su pulmonía.

Tantos obstáculos en el camino, aquellas ramas, aquellas macetas, aquella ropa tendida, aquella cosa y

aquella, y venir esa mierda a caer exactamente en mi cabeza. Es el colmo. Esto es para una película. Porque estoy seguro que hubieran tenido que filmar una y otra vez la misma escena, corten, una y otra vez, ya estamos cansados de probar con esto, y rollos van y rollos vienen, y aún así no hubieran dado con el punto exacto. Y como yo he hecho el papel de premiado del cielo, de seguro el Óscar se lo darían a la viejita certera, y yo sería el extra que no figura ni en el letrero ese que ponen al final. De cualquier manera yo me quedaría contento. Después de todo, el tiempo enseña y uno debe mirar las cosas con buenos ojos. Si aquel chacho que se precipitó o que fue un muñeco y que el de carne y hueso lo pusieron sobre aquel árbol cuando la cámara volteó el ojo hacia la boca abierta de felicidad de los indios lelos, digo que si aquel chacho agradeció que el árbol estuviera en su camino al descalabro total, yo también estoy contento y satisfecho de que nada se hubiera interpuesto entre el gargajo y mi cabeza. Y aunque ustedes se hayan reído, gracias a eso, gracias a ese viaje a través del aire que hizo ese pedazo de pulmón, vitaminado quién sabe con qué otro ingrediente infecto contagioso, mi calva ya no es mi calva. No me quedé con una india trezona y de rico trasero, pero sí con una cabeza que ha recobrado sus tres pelos, y aguanta que aquí me bajo.



## Tercera encarnación

**E**l hijo ya era padre y el padre ya no era nada. Todos los primeros estaban en las últimas. La eternidad comenzaba a cuartearse y los vientos del siempre más acá comenzaban a levantar el polvo sagrado donde se recostaba el anciano Dios del Paraíso. En medio de su profundo sueño, en medio de su delirante contemplación infinita, el Rey de reyes vio todas las cosas totalmente confusas y por ningún lado veía una chispa que le mostrara la cara real del porvenir del Universo. Fue entonces cuando, sin saber de dónde le vino fuerza y luz en el entendimiento, se levantó dando la orden.

—Avísenle a Luzbel. Esto sólo se puede arreglar con su ayuda.

—Pero, ese es nuestro Enemigo —dijeron las huestes divinas.

—Desde hoy será nuestro aliado.

—Esto es algo descabellado.

—Será como antes. Vayan y tráiganlo.

Todos los representantes de los poderes oscuros despertaron con aquellos revuelos de nombre, mientras que los fanáticos de la otra orilla se volvieron a

ver con pensamientos de y a éste qué animal raro le ha picado. “¿Cómo eran antes!”.

Después de su última aventura, el Hijo no quedó convidado a jugar de redentor. “Otra humillación de esas jamás”, y aquella voz resonó en todas las entrañas del más allá y del más acá. “Agradezco todos los esfuerzos de los reparadores de honras, de los maestros del sufrimiento útil, de los legitimadores de la muerte redentora del justo. Eso ya no hace falta. Gracias a ustedes el mundo se ha desangrado mucho creyendo que el sacrificio redime. Pero la cosa sigue igual. Y no queremos que siga el ciclo”, dijo en rueda de prensa el Viejo Mesías. Tomás de Kempis iba a levantar la mano para llorar con una pregunta. “Leo bien claro tu desespero de frustrado. Es mejor que sufras en carne propia el dolor que inventaste dulce para los otros”, se le adelantó el Rabino. Ni Pablo de Tarso ni Orígenes ni ningún otro de los Santos Padres se atrevió a decir nada. “Malditos sueños. Mentirosas ficciones de niños cuando aprendíamos a hablar de lo divino”, murmuraron algunos.

Fueron los siglos de rebeldía del Hijo. Al Padre se le terminaron de caer las canas con aquel Hijo dedicado a lo que nunca hizo en la tierra por miedo a que lo censuraran los dueños del templo y del libro sagrado, creyente para que otros creyeran. Después de cada reprimenda, el Hijo tenía la misma respuesta: “Acá arriba nadie me verá, porque los últimos que hemos llegado a ser primeros poseemos un espacio de privacidad donde no hay ningún ojo triangulado que escruete nuestras dulces acciones. De modo que así como los hijos allá en la tierra hacen sus cosas a escondidas

de sus padres sin que éstos pongan demasiado interés por desentrañar en qué líos están metidos, así el Hijo del Gran Papá actúa a escondidas por allá por las catacumbas del primaveral cielo, porque nunca hay una Ángel sin su Ángela. Lo que me fue prometido allá en la tierra, lo estoy gozando acá en el cielo”. Era su respuesta al Padre cada vez que se reunían a celebrar el nacimiento del mundo.

Y aunque en la eternidad el reloj anda más lerdoso, toda tortuga algún día llega a su meta. Se envejeció el Padre hasta arrugársele totalmente su omnipotencia, y detrás de él se fue el Hijo. Frente a éste, aquél parecía el bisabuelo más antiguo del mundo, despojado de toda voluntad. Y aunque ambos sabían que la humanidad funcionaba sin ellos (“Hemos entrado como veneno en el cuerpo de muchos durante tantos siglos que la gente todavía no quiere el cuerpo”, dijo alguna vez el Rabí a su adormitado Padre), se habían dado cuenta de que era necesario obrar con rapidez para que todo mundo supiera cuál era la voluntad a la que debían someterse. “Se ha dicho que el cielo es un reflejo de la tierra. De ahora en adelante la tierra será el reflejo del cielo. Si el ser humano es tu imagen, la tierra será la del cielo”, siguió exponiendo el Hijo.

—Esperemos a que llegue tu Tío. Tal vez él tenga algunas ideas que nos sirvan. Ya yo he dejado de ser creativo —repuso el Padre.

—¿Qué fue lo que dijiste? ¿Tío? ¿Lucifer es mi Tío?

—Así es.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Hoy es el día.

En aclarar esas cuestiones genealógicas habían pasado gran parte del tiempo eterno. Volvieron al asunto que los preocupaba y discutieron en secreto y delante de sus huéspedes.

De algún modo le llegó el chisme al Enemigo (la CIA está en las entrañas de cada molécula, en cada átomo, en cada cosa que otorgue poder a los gringos para sujetar, dominar, exterminar). “Por fin se dio cuenta ese Tirano que soy su otra mitad, que soy parte de la familia. Que por más limpia que presente el agua bendita, a la gente le gusta que tenga colores y que sepa a algo. Diablo seguirá siendo Diablo. Y no me voy a dejar impresionar con un par de regalos truculentos. Me imagino que se dirán: Ya estamos tan viejos y achacosos que no sabemos ni cuál es nuestra voluntad. Ya estamos menopáusicos y no podemos dar a luz el Espíritu Santo. Diablo puede seguir siendo Diablo, pero tenemos que recurrir a su ayuda”, meditaba en sus hondos abismos la Vieja Serpiente. Sus huéspedes la miraban darse vuelta en su rincón, tratando de adivinar en qué pesadilla estaría metida, pero el Demonio no era de aquellos que hablan cuando están dormidos y lo único que se le adivina es su conteo de vírgenes para quedarse dormido. “Ojalá nos incluya en sus nuevos sueños”, dijeron sus más cercanos. “Esos Viejos vecinos a lo mejor se traen algo”, pensó Satán. “A lo mejor se habrán cansado de intentar el bien y no lo han logrado. ¿Y si buscan alianza conmigo para destruirme? ¡Aquí el de las mañas soy yo!”, se dijo satisfecho. “¿Y si buscan otra cosa? ¿Amistad? ¿Reconciliación? ¿Reintegrarme el poder y el imperio que por derecho me pertenece?”. En esas interrogantes se perdía en

la memoria y se desvoluntariaba. Caía, tendido como un perro sarnoso en el oscuro rincón, cansado de sus intentos por descifrar las intenciones divinas. “La Bestia será liberada de su prisión”. “Va a subir del abismo antes de su destrucción total”, alcanzó a recordar que alguien dijo eso. Esa sola idea lo atormentaba. Deshecho por el tiempo, el Malo ya no era el mismo, también había sido víctima de la polilla de la eternidad y su malignidad se había agotado como la fuerza de una mariposa en las redes de una inmensa araña venenosa. Había renunciado por completo a hacer pactos y perdido por completo, desde hacía mucho tiempo de la eternidad, su insaciable apetito por las vírgenes más pollitas. Había dejado de ser el Ángel Encantador y Seductor. Aquello de Bello y Malo como Satán ya no era así.

Después de las muchas averiguaciones, las hueses divinas por fin dieron con el paradero del Monstruo de los Infiernos. Mil intentos hicieron por levantarlo de su rincón de murciélago tuberculoso. Cien ángeles, también ancianos, lo encaminaron por los tenebrosos caminos del Abismo. Le frotaban la espalda, unos; otros le cargaban la cola. Finalmente lo tuvieron que sacar en andas, y el Rey de la Oscuridad, más viejo que nadie, apareció en la superficie del cielo cargado en hombros y toda una multitud le aclamaba: “¡Bendito el rey mil veces muerto que ha revivido!”, “Bendito su glorioso nombre”, mientras otros decían: “¡Muera, fuera de aquí, Rebelde infernal!”, “¡Crucifíqueno!”, sin saber que todo estaba escrito en la mano arrugada de Dios.

—Dejemos las cuestiones teológicas a un lado.  
¿Para qué me trajeron a su perfumado cielo?

—Hay que salvar el mundo, Luzbel.

—¿Todavía ustedes con misiones suicidas? Yo estoy demasiado viejo, queridos amigos. Mi poder ya no es el mismo.

—Así estamos nosotros. Por eso te hemos llamado. Entre los tres tal vez podamos hacer que brille de nuevo la chispa del Espíritu. Una vez que haya fuego vendrá la fuerza y la nueva vida. Tal vez te quede algo de calor por ahí.

—¿Y cuál es la propuesta?

—Engendrar otro hijo, Lucifer. Otro más moderno.

—Nosotros somos muy anticuados. Somos gentes paradisíacas y antidiluvianas. Pensamos en vírgenes puras y en estos tiempos es muy difícil encontrar ese prospecto. A nadie convence la idea de un Salvador del Mundo que sigue los patrones establecidos por los siglos de los siglos: se encarna en una virgen pura; la virgen se aparece a unos jovencitos inocentes a quienes les manda rezar el rosario... ¡Una madre virgen y sumisa! Eterna cadena de la estupidez. Nada de sensualidad, nada de sabor, nada de malos pensamientos. Cambiemos de estrategia.

—Pero si escogemos una mujer de mala vida, una puta o una cualquiera, todas van a querer ser como esa persona, esperando que algún día nosotros nos fijemos en ella para nacer en su inmundo ser. Eso no.

—¿Y de qué vamos a salvar el mundo?

—Del mal espíritu que lo posee.

—¿Se quieren librar de mí?

—No sólo de ti. De nosotros también.

—¿De ustedes? ¿Cómo es eso?

—De la idea que tiene el mundo de nosotros, Diablo. No somos eso que de nosotros han dicho los sabios eclesiásticos y demás ángeles amaestrados por el entendimiento humano. Queremos invertir las analogías: el cielo será el espejo donde se mire la tierra. Tú y nosotros somos la misma cosa. Como antes. Cuando no habías hecho casa aparte.

—Un momento. Quien me puso de patitas en la tierra fuiste tú, Viejo engréido...

—Cálmate. Olvidemos eso. Ahora nos necesitamos. Hagamos pacto. Reconciliémonos.

—¿Crees que podré olvidar tantos siglos relegados al más oscuro de los antros? Atormentado día y noche en lagos de fuego y azufre, por los siglos... ¿Crees que te voy a perdonar las torturas y las hogueras que tuve que sufrir por tus fanáticos salva-almas? No. No hay nada que repare mi derecho. No es devolviéndome al cielo como me ganan la voluntad.

—Te devolveremos también a la tierra.

—¿Otra vez desterrado? Como ven que ya estoy viejo, que no puedo con mi sombra, me van a cojer de trapito de limpiar piso.

—Hay una manera de salvarte, de que no pases tu ancianidad sumido en la tristeza, solo, ni mueras.

—¿Crees que tienes todas las curas de mis males? ¿Crees que no resiento de que tú hayas tenido descendencia y yo no, de que tengas tus Noches Buenas y las mías sean siempre Noches Malas?

—Eso queremos. Que tengas un hijo. Que sea tu hijo...

—¿Ah sí? (Se queda meditando, como con nostalgia y cierta tristeza). Tener un hijo es algo grandioso. Pero ya no puedo ser padre. Me he quedado estéril. Ya nada me funciona.

—Estamos en las mismas. Pero no lo necesitarás.

—¿No? ¿Cómo quieres que tenga un hijo que no haya gozado, que no haya disfrutado haciéndolo? Tal vez tú, que te has privado del placer y la sensualidad. Pero, ¿yo?

—Las cosas no son así. Te hizo daño demasiado exorcismo.

En eso quedaron. No pude escuchar más.

Un siglo después, que en la eternidad debe ser un segundo, la línea de la galaxia fue cruzada por un meteoro. El satélite central quedó hecho ceniza, el cielo desconectado del resto del mundo. O tal vez todo quedó fundido en una cosa indistinta, informe. Un viento fuerte y frío comenzó a ocupar el mundo. Cuando me asomé por la ventana, las cosas de antes no estaban. No había luz. Un desierto anegaba la noche. Bajo un único claroscuro se vieron pasar tres sombras hacia la nada.

## Lobo y sin mañas

Cuando uno está viejo se vuelve a equivocarse como cuando era niño: cree que las niñas serán siempre unas mocosas chupadedos y que nunca pudo haber sido bueno enamorarse más de una vez. Jamás se le ocurre a uno que ellas saldrán de esa edad de animalitos que no saben a dónde van a ir a dar. Nunca dice uno voy a acumular sueños para cuando sólo me quede la nostalgia. Así me pasó con una estudiante. Creí que para siempre estaría anclada en su infancia, escarbándose los mocos, jugando casita. No tuve oídos para sus primeras palabras de amor que se querían agarrar de lo que fuera. Porque otra cosa no pudo ser, aunque a veces es lamentable la suerte para quienes no sabemos interpretar los gestos de quienes vienen detrás. Ella lo decía muy claro profe te amo, y me lo escribió una y otra vez, pero yo estaba ciego a ese lenguaje, ajeno a las sensaciones del mundo. Otra era la fiebre que me estrangulaba la malicia: leer y escribir como si con eso buscara salvarme de todas las hambres, de todos los olvidos, de todas las indiferencias. No sé en qué momento de mi vida separé la vida de los sentimientos, la lectura y la escritura de la realidad. Fue mi muerte.

Ella me lo volvió a decir una y otra vez: con gestos, con papelitos, con abrazos sorpresivos, con besos, en todos los idiomas que nacen cuando se quiere expresar lo que arde en el latido y en los labios. Creí que decías te amo como a mi padre. El reloj se había llevado mis mañas y con ellas mi olfato de localizar caperucitas. Los dientes de mi piraña se habían caído y tú diciéndome mire, profe, cómo se va abultando el cuerpo, ya me están saliendo vellos. Demasiado tarde recuerdo esas palabras, cuando ya no puedo levantar ni los zapatos del suelo y me ha llovido tanto que se me ha enfriado la cabeza y no tengo brazos para alcanzarte.

En el fondo de los libros, yo trataba de tocar el mundo con las palabras, de enredar algo con el anzuelo de mi memoria. Por las noches, una voz salida de alguna parte me decía: “Mañana, ¿quién velará por ti?”. Y yo le contestaba: “Los libros”. Como si para siempre mi vista fuera a resucitar vida en las letras. La voz entrometida era insistente. Pero yo seguía pensando en mi mejor amiga la soledad, indignado por vivir en un pueblo testarudo que no se quiere dar cuenta de que sus peores enemigos son aquellos que dicen ser sus más fieles y atentos servidores, que son demócratas y creyentes, que asisten a misa, se dan golpes en el pecho y apoyan, sin ningún escrúpulo, cualquier iniciativa bélica tendiente a eliminar al otro, al que no piensa como ellos, ni siente como ellos, ni habla como ellos, ni come ni bebe como ellos. Lo peor de todo esto es que la gente de este pueblo dice que el raro es uno. Hasta en eso tampoco tiene la gente voz propia, porque repite lo que quienes nos gobiernan hacen que se reproduzca en los medios, principales aliados del

Gobierno. El día que la gente se dé cuenta de que quienes nos gobiernan son unos delincuentes de cuello blanco, pertenecientes a la mafia internacional patrocinada por el FMI y adiestrada por la CIA, yo no estaré vivo para celebrarlo... Por eso me paso la vida metido en los libros. No vale la pena gastar balas en zopilote. Creo que fue Aristóteles quien dijo que unos nacían para gobernar y otros para ser gobernados. El pueblo en el que yo vivo es un dócil rebaño, una masa ignara y estúpida que cree todo lo que aparece en los periódicos y desprestigia y le serrucha el piso a todo aquel que marche contra corriente. Sé que la voz quiere que yo tenga otra vida, otra manera de incluir y de incluirme en el otro o en la otra: “Ella sólo desea que la abracés y la toques, como a una arpa pequeña, y que pasen tanto tiempo juntos como el que ahora dedicas a tus libros”. Todo aquello tan absurdo como atrapar el aroma de los bosques para echarlo en una botella, para no estar contigo ahora que se me pudren las costuras de los huesos, oigo que una voz se me sale de no sé dónde. Sólo recuerdo tu voz en mi cuarto diciéndome profe, mire lo que me está saliendo aquí. Nunca me di cuenta que estabas totalmente desnuda en mi cama. Nunca levanté la vista de aquellos signos. Te cansaste de estar expuesta en aquella frialdad y tras reventar la puerta te fuiste masticando el desprecio de este viejo, maldita sea. Sólo me queda el recuerdo de lo que leí, pero nada de lo que pude vivir contigo.

Ahora que te veo me digo cómo pasa el tiempo, y no puedo evitar seguirte por encima del hombro. Invento cualquier cosa para pasar frente a ti, Dios mío, veinte años menos. Pero tu paso lleva otro camino.

Ese cuerpo, difícil que tú sola lo metas en el mar, digo sin que me oigas. No puedo zafar mi intriga. Ya no me miras, ya no tienes aquellos ojos que me exploraban cuando te daba las clases y me preguntabas que si los angelitos tenían novia, y yo sin idea de lo que estaba detrás de tus palabras ni mucho menos de lo que se ocultaba detrás de tu siempre silencioso andar por la calle preguntando dónde será que trabaja el profe. Eso me lo dijiste en tus cartas metidas por debajo de la puerta como un grito, como una forma de hacerte oír de alguna manera en aquellos días de tus doce años, cuando yo creía que de tu figura esquelética y cara de mocosa nada era de esperarse. Ahora que ya no tengo garras, ahora que soy un lobo que no puede mirar a la luna, te me cruzas tan distinta y sólo puedo resignarme y decir que las uvas están verdes.

Recuerdo que llegabas a mi cuarto y lo primero que decías era profe le escribí su novia. ¿De veras?, era lo único que te contestaba. Yo sabía que nadie que fuera mi novia me iba a escribir. Dejabas el papelito encima de la mesa para echarte en mi cama. Eran como las seis de la tarde. Te quedabas apretando la guitarra una y otra vez. La metías y la sacabas del estuche. Profe, ¿por qué no me enseña a tocar guitarra? El tiempo no me alcanzaba ni para respirar. Yo tratando por todos los medios de no prestarle atención, porque entonces mucho menos que me la iba a quitar de encima, diciéndole es que yo tampoco sé, me voy a matricular en un curso, cuando sepa algo te enseño... Sé que no me creyó nunca lo que le dije. Volvió una y otra vez con la misma petición. Ahí se estaba hasta casi tarde, hasta que decía ya me voy porque mi mamá no sabe

dónde estoy y ahorita comienza a preocuparse. Se iba aprovechando que nadie la viera moverse entre las sombras para que nadie sospechara de dónde iba, por aquello de que en el futuro nadie le siguiera el rastro y diera con los dos, como era costumbre en este pueblo: el sátiro más depravado es el que se dice llamar padre, tío, primo y profesor de la víctima. Aquél que esté más dispuesto a darte ese será tu peor enemigo. Como en las campañas electorales: no hay ningún empresario o comerciante nacional o extranjero que no quiera salvar la democracia y la libertad... de empresa privada.

Creo que le hacía falta un papá y lo encontró en usted, me decía la señora que me alquilaba. Era inevitable que alguien no se diera cuenta de dónde se metía aquella niña y a qué hora salía. Ya yo no hallaba cómo decirle que no volviera. Para ella eso no era nada. Más lo quiero, profe, porque sé que algo me está escondiendo y que no quiere que yo me dé cuenta, me decía. Yo la amenazaba con decírselo a su mamá para que la hiciera desistir de semejante propósito. A lo mejor mi mamá ya sabe de esto: yo hablo dormida y siempre me sueño con usted. A lo mejor sabe que yo siempre me vengo para aquí y, como usted es muy buena persona, no teme nada, más bien está contenta porque dice que con usted yo no pierdo el tiempo, algo estoy aprendiendo, por eso es que aquí me tiene. Era incansable, como una potranca suelta en un valle, y yo apenas si le ponía atención.

La última vez que llegó estaba dispuesta a todo. Yo estaba más ocupado que nunca: escribía un artículo sobre el modo de ocultamiento de la realidad que hace la prensa, porque aquí sucede todo lo contrario

de lo que los periódicos y la televisión informan, pero la gente no se da cuenta de eso, embotada como está con tantas golosinas publicitarias. Yo quería explicar que aquí existen dos historias: la oficial vendida y reproducida por todos los aparatos ideológicos del Estado y la historia secreta o de la vergüenza, ocultada bajo el tapete... Estoy casi seguro de que aún no le había venido la primera regla. Me dijo tengo un dolor, no aguanto más, y se echó en mis regazos como buscando abrigo. Pasé mi mano por su cabeza de pelo negro. La tenía caliente. Luego la miré a la cara para ver algún otro síntoma y despertó con fuerza y me dio un beso como de gratitud. No estás enferma, le dije. Sí, profe. Demasiado enferma. Y se echó en mi cama como siempre. Supongo que cada vez que se acostaba en mi cama se quitaba la ropa. Yo no me enteraba, hasta este último día que llegó y me dijo sabe lo que es esto. Ropa, le dije. La de quién, preguntó. No sé, le contesté. La mía, de quién más. Le dio vuelta a mi silla y me puso frente a ella. La miré con la poca velocidad de mis ojos bien abiertos. Fue una mirada suave y dulce. Su cuerpo no arrancaba otra clase de mirada. Era una mocosa flaca y alta, que la naturaleza aún no le había regalado sus dones. Mientras me daba vuelta para seguir en mis asuntos le dije ponte la ropa porque ahorita viene una compañera y no quiero que te vaya a encontrar hecha una Eva. Fue lo último que le pude decir a un metro de distancia y con inocencia.

Hasta ahora que la veo y su cuerpo parece decir tálame, pero ya no tengo hacha, maldita sea, deseando que éstas fueran aquellas citas inventadas tan sólo para decirme profe te amo, y que estabas dispuesta a todo.

Lo único que me muerde es la maldita envidia. Ni alto voltaje ni canal íntimo me pueden sacar de la profundidad donde me fui con las anclas, despreciado y excluido por quienes conocen mi manera de pensar y saben que no suelo quedarme callado... No hay cosa más cabrona que el cuerpo: cuando uno se da cuenta para qué sirve realmente ya no lo puede utilizar. Después de mi larga vida entre los libros, he venido a ser un abandonado galeón que sólo amargos recuerdos puede tirar por la borda.



## Planes ajenos

No sé por qué diablos hay por todas partes viejas entrometidas, tratando de poner todo en orden, haciendo cumplir la maldita voluntad de su abominable Dios. Tal vez por envidia. Que si soy el padrastro. Que si soy el abuelo. Que si soy qué diantres para tener a una niña en mi propia perdición. Pero no les hagas caso. La Biblia no la escribieron para nosotros. Para nosotros no existe ni cielo ni infierno. No te dejes asustar por esas viejas come gente y apocalípticas que no tienen gobierno y se lo quieren poner a uno. Ya las viera con un marido que les diera por donde debe. Tranquilas y contentas estuvieran en sus casas y no tratando de meterse a vivir en la vida ajena. Pero andan calle arriba y calle abajo asustando a medio mundo con el tal Armagedón, el lago de azufre, las cadenas de Satán tán-tán como dicen las campanas de la iglesia. Pregoneras y campaneras. Quién ha visto espantapájaros. Católicas o protestantes, que se vayan a la mierda. El mundo abierto entre tú y yo ninguna de esas viejas mojjigatas lo va a cerrar.

Recuerdo el tiempo de las cigarras cuando te puse el ojo desde abajo y no supe cómo te lo subí hasta tus

hermosas palomitas en júbilo. De ahí ninguna vieja menopáusica me va a bajar. Tú eras una pequeña hoja que temblaba en mi pecho. Entonces yo te escondí en mis brazos. Fue como morir sin dolor a esos olvidos de sangre. Las cosas se dieron porque tú las pediste, tú las buscaste donde sabías que las ibas a encontrar. Eso mismo hacen las hijas de esas viejas. Pero ellas sólo ven hacia afuera, la mosca que nada en la taza de leche del vecino. Cuelan el mosquito y se tragan el camello. Cómo se les ocurre que me van a echar de aquí. No pueden ver a un viejo feliz...

Bajar a otras tierras es difícil con todo el tiempo que he invertido en ésta. En alguna parte sé que estaría tratando de ponerme de pie. Ahora soy más torpe y, aun así, aguardo a que se te caiga una gota de sí o de no, pero si no quieres aflojar nada, tú verás. Sólo quiero que hagamos las cosas con cariño. Como si nunca hubiéramos oído nada de nada. Absolutamente nada de nadie. Pero ya no soy el hombre de antes. Cada vez más torpe, enredado en mis propios pies y tú más hermosa. Por eso es que viene el vecino a comprarme leche todos los días, tan sólo para verte. Si te veían conmigo los del pueblo me decían qué linda que está la nieta, quiere mucho a su nieta, mira cómo la abraza. Pero nuestros dos hijos han cambiado la dirección de las lenguas: cómo será de degenerado, quien lo ve, la crió para sí mismo. Siembra, cosecha y siembra. Dejemos que la gente hable, si el cura no nos quiere que se vaya al diablo. Para qué quiero yo el cielo si está lleno de santos pendejos y maricones.

Ya no soy rápido y tú estás con todas tus velocidades. Mis manos se fueron acostumbrando a mi lento

pensamiento. Apenas sí te puedo lavar los pies. Pero ya comienzas a mirarme como si realmente fuera tu abuelo. No te dejes llevar por la gente. Si quieres yo te dejo tranquila. Estás en todo tu derecho de alguien que te dé lo que necesitas. No le hagas caso a esas viejas cluecas que sólo sirven para andar levantando chismes. La vida retirada no es lo que te conviene. No tienes por qué matar tu cuerpo. Recuerda que la vida está esperando que tú le abras la puerta. (Maldita sea, ¿cómo quién estoy hablando? En lo que lo convierte el amor a uno).

Yo creí que si habías entrado en mi cuarto sin tener puerta, sin haber roto la ventana, tal vez era porque buscabas algo, a lo mejor que te recordara como una presencia inevitable, una continua proyección de mi querer tenerte. Y ahora quieres que no te vuelva a imaginar. Ahora que no sé dónde están mis pasos, que no tengo intuiciones ni corazonadas como antes, cuando nos veíamos en la quebrada y te alcanzaba los duraznos. Ahora que sólo me puedo entregar con facilidad a este mudo papel vacío de la memoria, qué te puedo decir, qué crees que logre amarrar con mis recuerdos si ya todo ha naufragado. De qué sirve que me permitan o no hablar. A veces prefiero ser el dinosaurio siempre buscado y querido, el nudo ese donde se partió el mundo y la historia se puso en dos pies y de frente. No sé por dónde regresar y por eso es que estoy junto a ti, porque ya estoy perdido en este pensamiento y por más que me siente en la puerta de la casa no logro encontrarle ni pies ni cabeza a esta terquedad, mujer, de no acostumbrarme a la idea de que tengo que volver pronto a la tierra, sudando de un amargo pesar, con este dolor que me muele los huesos.

Te digo que he procurado no cansarme antes de tiempo, porque no me gusta la vida en blanco y negro. Desde este sitio es imposible ponerle otra luz al horizonte que estas viejas te están mostrando. Yo pensaba la vida linealmente con un punto en el infinito que nos robaba los ojos y por estar tratando de verlo descuidábamos nuestros pasos, y al suelo. Íbamos hacia allá sin saber de dónde. Hasta que se comienza a perder los ojos y a tropezar uno se da cuenta que el infinito está más cerca de lo que uno se imaginaba y que el punto en el horizonte no era más que una distracción para que no viéramos llegar la muerte, porque nos hicieron ver lo que quisieron que viéramos, y así son estas viejas jipatas que no tienen otra cosa que hacer sino entorpecer la sonrisa de los niños y de los tontos. Pero si tú me quieres dejar por lo menos dame el consuelo de morir en tu recuerdo, porque no me gustaría ser parte de la memoria de alguien que hasta la presente no me ha dicho ni sí ni no. Mira que el mundo es un ruido que desorienta. Yo seguiré con mis manos sordas queriendo atrapar algo, tratando de recordar algo de mi infancia que pueda relacionarlo con este corto tiempo que me queda. Si pudiste hacer que los niños me dijeran abuelo también podrás convencerlos de que lo que la gente y sus amiguitos dicen son estupideces.

Ahora estoy en otra barca, cumpliendo con este itinerario sin rumbo. A veces oigo al hombre en su niñez y sigo el olor, el rastro que me lleva a los huesos. No puedo esquivar el golpe rudo de mi pasado, el sereno tigre de la nostalgia. No sé para dónde andar con mi orfandad de muerto sin condena. A ratos se me

pierde el hilo, y otras veces llego a un sitio donde sólo puedo dar vueltas, como en un remolino que no me digiere ni me expulsa. Y hasta acá llega ese veneno que me hincha, las mismas viejas que me quitaron a mi muchacha, como si fuera hija de ellas. Condenadas de los diablos.

No sé en qué parte de mi memoria estoy, pero la recuerdo cruzando el río por aquel puente que hice, tirando piedrecitas en la corriente y yo sin imaginarme que algo mío le estuviera estorbando para quedarse del otro lado. Ojalá mi muerte le haya abierto otros caminos, porque en ese pueblo se le puede convertir en su propio infierno, con lo fácil para hablar que son las viejas. Si ella se hubiera querido venir conmigo yo me la traigo. Pero ni siquiera se vino a despedir de este viejo que no tiene nada que reprocharle, porque siempre supe con qué ojos ver todo lo que ella hacía. Pensar que Lot se acostó con sus hijas sin darse cuenta. No sé por qué uno tiene que vivir como otros quieren.



## Dormido en la oscuridad

Cuando niño durmió siempre con la luz prendida. Le daba miedo que desde la oscuridad alguien alargara su mano y se lo llevara. También se despertaba sobresaltado diciendo un perro, un perro en mi cuarto, un perro enorme. Llegaba la madre y le decía tranquilo, tranquilo, es una pesadilla. Hay un perro aquí, decía él y la madre lo consolaba con las palabras de siempre echa la cabeza de este lado y vuélvete a dormir. La noche siguiente era lo mismo. Esta vez era un enorme insecto. Más de una vez tenía la madre que levantarse para rescatarlo de diferentes monstruos que salían de la sombra. Ella entonces decidió comprarle una lámpara y desde esa vez no volvió a tener pesadillas. Lo mismo hizo cuando viejo, desde el día que murió su mujer de toda la vida. “Quiero verte cuando te acerques en la oscuridad. Quiero verte las manos y la cara”, se decía Venancio cada noche.

Por la madrugada se despertaba sobresaltado con el ánimo de sorprender las manos que lo jalaban por los pies. Pero no era nadie. No era nada. Era una de esas pesadillas que regresaban de otras noches. Se dejaba caer de nuevo sobre la cama y alcanzaba a ver su

sombra retornar al descanso imposible, porque ahora su alma andaba en otro lugar, en otro tiempo, tratando de localizar y alcanzar otra sombra ida de su costilla y que él aún sentía habitarle su corazón. “¿Qué puede hacer un viejo solo en esta vida?”, se decía. “¿Qué más puedo esperar, si nunca vas a volver como me dijiste si te marchabas primero? ¡Ven y llévame! No tengo valor para irme por mi cuenta. ¿Qué otra señal quieres que esta lámpara encendida en medio de la noche para que no te tropieces con la cama?”. Una lágrima resbalaba hasta el fondo de su sueño. Las noches se acumulaban tristes, como un cieno en el fondo del río después de una fuerte corriente. Los días soleados llenaban de cigarras su soledad y el corazón iba siendo una campana que perdía su tañido.

Había salido varias veces al cementerio, a darle vuelta a su muerte del alma. Treinta días de soledad. Por las noches él oía que ella lo llamaba. Ella también estaba en la misma angustia. Esperándolo como se espera la visita de un novio que por primera vez va a pedir la entrada a la casa de sus padres. Ella estaba asustada de aquel silencio, de aquella quietud, de aquella manera de ver las cosas sin verlas, sin tocarlas, sin sentir las. Él había sentido que desde que ella se fue, su alma le estaba pidiendo irse, su corazón le estaba diciendo vayámonos. “Quienes debemos ser fuertes son los que nos quedamos”, le decía Cecilia Martínez. “De lo contrario uno se va en la tira. Los muertos jalan a los vivos”.

Hablaba dormido y sus conversaciones eran con aquella ausente. Con la mujer que no pudo darle

hijos. Entonces él se convirtió en su padre y ella en la madre de él. Eran más bien como los hijos de sí mismos. Marta había quedado embarazada dos veces. En las dos oportunidades se le había venido la simiente. “La tercera es la vencida”, había dicho ella. Pero él, más resignado le contestaba: “No tentemos la vida. La naturaleza es sabia”. Después de varios días de llorar sus pérdidas terminaban consolándose. “Nos tenemos a nosotros”.

Ahora él sentía la dureza de aquellas palabras que recordaba. “Ahora yo no te tengo y tampoco tú”. Se quedaba pensativo y las palabras le salían por las ranuras que iba abriendo la soledad. Era una tierra que sólo le llovía el sol de la ausencia y se cuarteaba. Mientras caminaba hacia el cementerio pensaba en esas cosas. Los recuerdos se le filtraban y salían como burbujas que el viento arrastra y van a chocar contra las espinas, las puntas de las cercas y las ramas de los árboles. Sólo él escuchaba la explosión de aquellas pelotas llenas de cosas tan íntimas y queridas.

Muchos decían que las noches que no veían la luz prendida en la casa era porque él se había quedado a dormir en el cementerio en la tumba de su amada. Esto no lo pudo confirmar el sepulturero, pero sí que lo había encontrado varias veces intentando abrir la tumba para desenterrar a su vieja. En varias ocasiones, Venancio se había levantado en madrugadas de luna clara y se iba con pico y pala al cementerio. La tierra estaba tan dura que a cada picazo se hacía un gran ruido como si diera sobre piedra o cemento y el sepulturero se daba cuenta. Cruzaba la calle y encontraba al viejo Venancio sudando y con los ojos rojos

de llorar. “No se ponga en eso, Don Venancio. Recuérdela como la vio la última vez. No va a querer verla como se encuentra ahora”. Venancio no se sorprendía y contestaba: “Sólo quiero quitarle un poco de peso de encima”. El viejo pensaba que la tierra le impedía levantarse de la tumba y alzar vuelo hacia ese lugar donde esperaban encontrarse.

El sepulturero se había puesto en guardia cuando vio que el viejo no desistía de la idea de desenterrar a su vieja. Cada noche, a Venancio le desesperaba más la soledad y se dolía de la soledad de ella. “Ya voy. Espérame. No te desesperes”, decía dormido. Y a las dos o tres de la mañana se presentaba en el cementerio armado de pico y pala. Dice el sepulturero que había alcanzado a romper el féretro y había visto el rostro descompuesto de su vieja. Dice que eso lo desesperó. “Quería saber si ella estaba allí. Si no se había ido para otra parte sin esperarlo”, dijo el sepulturero.

Venancio tenía ideas fijas. Recordaba con detalle cada cosa dicha o prometida a Marta. “A donde quieras que vayas, voy”, le dijo Venancio el día que arrojó el primer puñado de tierra sobre el féretro reluciente de su amada. “Me has ganado la partida. Ve y mírale el rostro a aquellos ángeles que no quisieron entrar a vivir en nuestro mundo”. Veía que el sepulturero empujaba la tierra con la pala. “Te embarcaste primero que yo. Ve preparando nuestro lecho eterno, la morada donde viviremos con los hijos que Dios no nos dio en vida”. Pusieron las coronas de flores sobre la cruz y él terminó su oración.

Aquel día no quería regresar a casa, a la soledad, a la tristeza, a los recuerdos que allí estaban esperándolo para recordársela. Aquel día dio muchas

vueltas por el pueblo, se metió en una cantina y se tomó un trago bien fuerte. El aguardiente le quemaba la garganta, pero más le quemaban las entrañas y más le oprimían los sentidos aquellas oleadas de recuerdos que ahora tenía que cargar solo. Cuando entró en la casa encontró un cirio prendido en la mesa que habían preparado como altar. Nadie había quedado después del entierro. Quienes lo habían acompañado ya se habían regresado a sus casas. Venancio se puso a caminar la casa. Se metió en uno y otro cuarto. Se fue a la cocina. Se metió al baño. Salió al patio. Los gallos de los alrededores estaban cantando las doce de la noche. “Nada más opresivo que la soledad”, pensó. Dejó el cirio encendido y se fue al cuarto. La cama estaba como si nadie hubiera dormido jamás en ella. Parecía una barca que bailotea en las sombras, ansiosa de que alguien la lleve a navegar por las aguas de la noche.

Un día quiso peinar sus cabellos para salir a caminar por ahí. Se sentía deshecho. Se fue a mirar al espejo y no lo espantó lo que pudo ver, sino lo que no pudo ver. Sabía que estaba frente al espejo, pero del otro lado no alcanzó a ver nada. Se había quedado ciego. Su alma se sacudió de angustia. “¡Dios mío, la noche! ¡La oscuridad! ¿Para eso he estado prendiendo una lámpara todas estas noches?”. En ese momento no pudo responderse o no quiso hacerlo. No quiso pensar una respuesta. Se retiró del espejo y se puso a nadar la casa. La tenía en la memoria. Sabía dónde estaba cada cosa. Veía lo otro, pero él no se veía. Entonces temió a esa otra oscuridad.

Para burlar el miedo, una noche dormía en un cuarto, otra en otro. Debajo de las cobijas temblaba de

frío como un huérfano. Pensaba en la vieja de su alma, en su amor de siempre y de nuevo los ojos se le humedecían al enfrentarse con el rostro descompuesto que había visto en el cementerio. “La muerte no es lo que creíamos. La vida futura tampoco”, oía su pensamiento como una campanada que se queda rebotando en una cueva oscura y ahí se descomponen sus ondas y se desactivan sus ruegos y lo que le llega a uno es algo así como un ruido neblinoso.

A Venancio no hubo necesidad de enterrarlo. A como pudo llegó con pico y pala y abrió la fosa. “Lo encontramos tendido en el fondo de la fosa, en el mismo ataúd en que enterramos a Marta. Parecía un niño dormido en los regazos de la madre”, dijo el sepulturero. Allí llegó el cura a tirarle palabras de vida eterna y a darle la bendición, luego le empujaron la tierra, le pusieron un ramo de flores y lo dejaron tranquilo para que siguiera su sueño en la oscuridad. En su casa había quedado la lámpara encendida como cuando era niño y le temía a la noche.

## Sombras en exilio

Los de ese lugar no tenemos pueblo. Simplemente nacemos ahí, rompemos el espejo y después nos vamos. Ahí sólo se quedan las madres llorosas esperando que sus hijos vuelvan. Ahí se ponen a llevar la cuenta de los años. Los días comienzan y se acaban. Luego viene la noche. El día y la noche hasta el día de la muerte, que para ellas es una esperanza. Pero ninguno regresa. Todos se van lejos. Quedan puros viejos. Las mujeres solas o con un marido que anda donde sólo Dios sabe dónde. Vienen de vez en cuando como las tormentas. Se oye un murmullo en todo el pueblo cuando regresan y un como gruñido cuando se van. Así es uno: viene al mundo en ese lugar y de ese lugar se va como un viento rencoroso que destroza las flores. Las madres nos paren y nos preparan para que nos marchemos a los quince, antes de los veinte. “Es preferible perderlos para siempre a que se los lleve el ejército”. Eso dicen. Ya tienen el corazón preparado para esa ausencia. Ya saben que algún día llegará la hora. Cuando ese día viene han llorado ya lo suficiente. Ya no tienen nada de qué llorar. Lo santiguan a uno, le dan un beso, y lo sueltan. “Que Dios los acompañe”. Es

lo único que dicen. Ahí se quedan tumbadas en los taburetes para no ver por qué camino se pierden sus hijos, para que sus ojos no las traicione el día que llegue el interrogatorio. (Así es el miedo: lo hace ver a uno precisamente para el lado donde está su corazón, para donde ha dejado ir el último suspiro de su alma). Uno voltea a ver una, dos y hasta tres veces atrás para saber, para recordar de qué color era la casa el último día que pasó en ella. Dos lágrimas se le escurren y ya no ve bien el camino. Se cae uno del puro dolor que es aquello. Irse para que las madres estén más contentas que si estuviésemos sirviéndole a Dios y a la Patria como dicen los que no han tenido esta suerte. Se va uno por la tarde, cuando el sol ha bajado. En la espalda se le pega la sombra de lo que es su pueblo. Ahí no se puede uno volver a asomar. Ellas se quedan con el dolor de todas las consecuencias. De noche o a cualquier hora llegarán los que hacen hombres a los hijos, como dicen:

—Venimos por sus hijos, doña Gertrudis. Son dos.

—No están.

—¿Y dónde están sus pichoncitos?

—Se fueron.

—¿Dónde los escondió la gallinota?

—Los muchachos son desobedientes. No hacen caso. Son de mala cabeza... Se fueron.

—¡Con que se fueron! ¿Y se puede saber hacia dónde?

—No me lo dijeron. Yo los eché por vagos.

—Ya lo averiguaremos, y aquí los tendrá hechos unos verdaderos hombres.

Se van. A los días vuelven. Le dan vuelta a la casa, tracutean todas las cosas. Buscan papeles, cartas, sobres. Buscan las direcciones de hermanas, de tías, de familiares, de amistades y de allegados a la familia.

—¿Nadie le escribe, doña Gertrudis?

—Nadie.

—Si tuviera un hijo en el ejército, todas las semanas tuviera noticias de él, porque ahí les enseñamos eso.

—A mí me basta con que me recuerden donde estén. Eso les enseñé. A no olvidar.

—Ojalá le escribieran.

Se van y no se van. Vuelven. Le dan vuelta a las cosas anteriores. No dicen nada. Hostigan, cansan. “Ella tendrá que cantar”, se dicen entre sí. Sacan sus armas, matan a los animales de la casa. “Así mueren también los malos hijos, Gertrudis. Los que dejan a sus madres y a su patria”, dice el teniente. “Es mejor que nos diga dónde están sus hijos. Es hora de que cante”. Doña Gertrudis detiene la mecedora, se levanta y dice: “Cantarán sus madres primero, antes de que yo diga algo”. Y se van. “Eso lo veremos, vieja”. Se queda la madre a rumiar el dolor, a tragar seco.

A ese dolor entregamos a nuestros padres, en esa intemperie los abandonamos. Y los viejos se quedan ahí, aguardando por uno o por el día de la muerte, sentados en la puerta de la casa o allá en el patio, bajo la sombra de los tamarindos. Dejando que la vida se les pierda, que la alegría se les seque, que los abrazos se les paralicen. “Mejor lejos vivos que cerca muertos”, se dicen para consolarse. Uno no se los puede

llevar porque ahí están nuestros otros muertos. Por eso es que ese es nuestro pueblo y no lo es. Uno ha tenido que renunciar a él y a todo lo que hay en él: amigos, amigas, padres, novia. No es por más nada. No es por otra cosa que uno mira atrás. Es la vida que dejó allá y que se viene agarrada en cualquier gesto, en cualquier palabra, en cualquier canción que se oye lejos. Allá están los viejos caminando la casa, buscándonos en las sombras, como si nos hubiéramos puesto a jugar a las escondidas. Largas noches insomnes queman sus ojos llorosos, esperando dónde atisbar el silencioso mensaje de un hijo que se acerca. Mientras tanto, ellos, allá, lejos de su casa, se alimentan de esperanza. Tomar un día la barca. Venir contra todo miedo. Abrazar a quien tantos años ha esperado, a quien en sueños ha tejido aquellos caminos por donde uno se aproxime a salvo. Ella que disfrutó de la dulzura de criar un hijo, ahora traga amargos tragos. Tener que dar sus hijos por muertos. No poder escribirles a ninguna parte. No saber si respiran. “Qué me importa a mí darme por muerto, si de palabra muero, y en realidad estoy vivo”. Eso le contesta uno a su madre cuando ella le dice la muerte que vamos a vivir, las cosas que ha tenido que decir para que la muerte no los siga buscando.

Existo y no existo. Estoy aquí y no estoy en ninguna parte. Me hundo en mí mismo y no me toco. El espejo que soy me deshabela. Eso dice uno cuando cree que eso lo salva. Pero no es hermoso olvidarse de los vivos, aunque no se sepa si lo están. “Si el sol del día de mañana luce sobre ti y sobre tus hijos en esta tierra, morirás”. Es triste oír que un cretino le diga eso a nuestra madre. Saber que uno crece para marcharse, para

morir, para no estar en ninguna parte. Saber que no tenemos ningún poder para contrarrestar esas cosas, para cambiar ese viento que nos empuja y arrastra lejos de lo que amamos. Ahora creo entender estas palabras de Rosario: “Matamos lo que amamos. Lo demás no ha estado vivo nunca. Damos la vida sólo a lo que odiamos”. En esta orilla donde me encuentro muero una muerte que no me pertenece, ajena, para que lo que más odio viva. ¿De quién es el mal que estoy pagando? ¿Por qué ellos se tuvieron que privar de nosotros? ¿Por qué nos arrancaron de su aire? No quiero tampoco esta vida ajena. Por más que hacemos, somos sombras que vagamos y estamos muertos. Tal vez sus ojos borrosos no vean nuestra niebla. Estamos muertos para que ellos vivan allá esperándonos, para que tengan esa intranquilidad, esa impaciencia por morirse y no querer morir para ver si tienen otra oportunidad de vernos. Sentados en sus taburetes, se tomarán un café de las cinco con otros que lleguen a lamentar su espera. Oirán cantar el fuego. Verán un abejón darse de cabeza contra una pared. “Vamos a tener visita. De muy lejos viene”. Eso dirá la más vieja leyendo unas manchas en el fondo de una taza. No quiero seguir abriendo puertas que a ninguna parte me llevan. Si fueran pájaros mis palabras. Si yo fuera una sombra para aparecer en su espejo. Si supiera dónde está el resto de mi alma. Tengo miedo del niño perdido dentro de mí. Temo que cualquier día de estos no aguante más y dé el grito que nos delate. Siempre hay algo que nos separa. Un lugar que no existe. Dejo mi camino al arbitrio de los años. ¿Quién puede enterrar una sombra? No importa si estamos aquí o no. Sueño

para estar vivo en otro lado. Corro de esta muerte al sueño. Busco un espejo en que asomarme.

## La prueba

Dos viejos se enteran de que en cuatro meses habrá una competencia atlética para jóvenes y deciden participar. “La juventud. La juventud, dónde está la juventud sino aquí dentro”, le dijo Catalino a Eusebio, dándose un golpe en el pecho. “Nosotros nos llevamos esa prueba”. Averiguaron el recorrido: ochenta kilómetros; treinta en plano, veinte en bajada y treinta en subida. Consiguieron también un mapa y se fijaron una meta.

—A las cuatro de la mañana en la plaza.

—A las cuatro en punto.

Ahí estuvieron puntual como esos viejos que sólo creen en el reloj de los gallos y ya se lo saben al derecho y al revés. Dos viejos en pantaloneta y tenis.

El primer día, una caminata de cinco kilómetros de ida y cinco de venida. Lentos como tortugas. Conversaciones como si estuvieran delante de una taza de café en un velorio, jugando dominó. “Mañana serán seis hacia allá y seis hacia acá”, dijo Catalino. “Así sea en cuatro patas”, contestó Eusebio. No estaban pensando en lo acalambrados y adoloridos que amanecerían. Sólo tenían en mente dar la talla.

Al mes comenzaban a trepar la cuesta.

Al mes y medio llegaban a la mitad de la cuesta.

Eran dos viejos testarudos. Nada los hacía desistir de su idea. Todas las tardes se reunían a conversar en la esquina o en el parque o en la Soda, a hacer chistes de los primeros días: de los calambres, de las torceduras, de cómo caminaban cuando bajaban una escalera, de las trifulcas para subirse al bus. “Nos dolía hasta el pelo”, contaban y quienes los escuchaban se burlaban de aquellos pobres seres que apenas pueden con los zapatos, pensaba la gente.

El amanecer los encontraba en la carretera. Respiraban aire puro de la montaña. Contemplaban la naturaleza. Escuchaban los cantos de los pájaros. Se detenían a ver las guarías, los quetzales sobrevivientes a tanto *flash* antiecológico. “Desde aquí sí se ve el mundo”, decía Catalino, parado en una roca bien alta desde donde se podía observar la ciudad. “El mundo del ruido y del humo”, contestaba Eusebio. Los últimos kilómetros lo hacían caminando: inspeccionaban el camino para el próximo viaje. Disfrutaban de los árboles. Saciaban su sed y refrescaban sus cuerpos con la dulce agua que se filtraba de las piedras.

A los dos meses los dos viejos habían colmado la cima. De regreso hablaban:

—¿Te acuerdas cuando veníamos por aquí con la lengua en el hombro?

—En esa piedra fue donde te agarró el calambre.

Tocaban las flores porque sabían que cada día eran nuevas las que le ofrecía la naturaleza: “Éstas mañana no estarán”, decían. Respiraban la vida que volvía a sus huesos. Eran dos viejos vivos de nuevo.

Mientras esto sucedía, alguno que otro joven se levantaba de vez en cuando a dar unas vueltas en la plaza. El resto pensaba: “Eso es pan comido. Ya llegará la hora y veremos qué hacer”, decían. Los padres de los jóvenes no insistían mucho. Estaban muy confiados en las capacidades de sus hijos.

Desde que llegaron por primera vez, los dos viejos iban cada tres días a hacer el recorrido. Ya tenían ritmo, pulmón y experiencia. Faltaban dos semanas para la competencia y los dos señores habían ido casi diez veces a la cima. Los jóvenes más preocupados, en la última semana corrían media hora cada mañana.

Estamos en la víspera de la competencia.

—Mañana es el día. ¡Cuidado no llegas! —dijo Catalino.

—Ahí estaré —contestó su compañero.

Y ahí estuvieron los dos viejos, parados de primero sobre la línea blanca, haciendo calistenia. Los jóvenes los miraron de reojo.

—¿Y estos abuelos qué hacen aquí?

—Andan buscando que les dé un cardíaco.

—Mejor se hubieran quedado tomando su café tranquilos.

El anunciador, antes de dar la salida, habló de la presencia de los dos viejos y de los cuidados y medidas que se habían tomado para evitar accidentes y sorpresas. Las miradas se volcaron sobre los ancianos. Eran los ojos de los gallos jóvenes sobre los gallos viejos. Niños, jóvenes y adultos estaban a la orilla de la calle. Las muchachas hacían porras turnadas para animar a sus admiradores admirados ahora. Entre el

grupo de los jóvenes competidores estaba Carlos, el novio de Melisa, la nieta de Catalino.

—No ves que patas más apolilladas.

—Son los abuelos de la competencia.

Los viejitos, serenos, esperaban la orden de arranque. Cuando ésta se dio, los jóvenes salieron a toda prisa y cerraron el paso a los ancianos.

—Ahí van como potros chúcaros...

—Llevan prisa...

—Ya veremos si los Aquiles le ganan a las Tortugas.

En pocos minutos los jóvenes sacaron ventaja y dejaron atrás a los viejos. Éstos conversaban y avanzaban con paso lento, pero firme. Los jóvenes volvían la mirada y no divisaban a los ancianos.

—Se oyen como ambulancias.

—Te lo dije. Esos ancianos no tenían nada que hacer.

—Eso era de esperarse. A alguno le dio un cardíaco.

Conversaban los jóvenes de punta en los primeros treinta kilómetros, cuando se preparaban para tomar la subida. A esa altura los alcanzaban las ambulancias. Los punteros miraron hacia atrás y no alcanzaron a ver a ninguno de los demás jóvenes.

—¿Van bien? —les preguntaron desde la ambulancia.

—Vamos bien —contestaron los jóvenes.

Media hora después volvieron a mirar hacia atrás y divisaron a dos que venían a más de quinientos metros. Apretaron el paso. Los de la ambulancia los miraban. La cuesta se iba haciendo bajada.

—¿Alguna vez habías venido por aquí? —preguntó uno.

—Primera vez —contestó otro.

—Sólo en carro —agregó un tercero.

—¿Y qué, falta mucho?

—Me parece que sí. Después de esta bajada creo que hay otra cuesta.

—¿Qué? ¿Todavía hay más?

—Son ochenta kilómetros. Más cuesta que plano y bajada.

—¿O sea que la meta está allá arriba?

—Así parece...

Los jóvenes comenzaron a subir los últimos treinta kilómetros de cuesta. Jadeaban. Los viejos, con la frente en alto y el paso firme, acortaban la distancia. Sabían lo que les esperaba, de modo que conservaban sus reservas para el último tramo. Sabían cuánto aire necesitarían. Detrás de ellos otra ambulancia. Los jóvenes delanteros la oyeron, miraron atrás y reconocieron a los abuelos.

—Son los abuelos.

—¿Y esas ambulancias?

—Por si acaso les pasa algo.

—¿Y los demás?

—Preguntémosle a los de esta ambulancia?

—¿Qué pasó con los otros? —dijo uno de los que hablaban en la punta.

—Unos se acalambraron, otros se vomitaron y otros se retiraron —dijo el cruzrojiista.

—Vaya. La cosa es entre nosotros y esos dos viejos —dijo otro a los demás.

—Por esos viejos no nos preocupemos. Ahorita se quedan tirados por ahí. Cuesta es lo que falta.

—Mejor cierra el pico y ponle bonito.

La respiración se les hacía pesada. Los treinta kilómetros finales los iban sintiendo más largos. Las piernas ya no les respondían. Se animaban unos a otros. Pero ya no podían sostener el mismo ritmo. Francisco se fue quedando atrás. Un kilómetro más tarde fue Esteban. Ya los dos viejos les habían dado alcance. Los dos jóvenes quisieron cortarles el aire: “De ahí para arriba es pura cuesta, señores. ¿Ustedes creen que aguanten?”. Los ancianos los miraron y dijeron: “Veinte kilómetros de hermosa montaña y del agua más sabrosa que haya habido en la tierra”. Los jóvenes los vieron pasar. El pelotón de los cuatro punteros se había pulverizado. La última ambulancia ya no se oyó.

—Que montaña que no se acaba —decía Carlos.

—Ya no echo —contestó Antonio.

—Falta poco —señaló Carlos.

—Mira quienes vienen ahí pisándonos los talones.

Carlos no dijo nada. Se sintió humillado. Catalino se lo había advertido varias veces: “No por ser joven la vida es de ustedes. En esta vida hay que prepararse hasta para morir”, señalaba el abuelo cuando Carlos decía que no estaba preocupado por el futuro. “A muchos les ha caído el triunfo del cielo, sin saber ni a”, decía el novio de Melisa. Y el abuelo le contestaba: “Ésos que dices que han triunfado no saben lo que es la victoria, no se han vencido a sí mismos ni han acrisolado su espíritu en la lucha. Creídos y orgullosos explotan a los demás como si nadie más tuviera derecho ni posibilidad de salir adelante. Llegará el día en que morderán el polvo y se darán cuenta que brillaban

con luz ajena”. Muchas otras conversaciones habían tenido el joven y el viejo que no vamos a recordar en este momento.

Carlos ahora comenzaba a sentir que aquellas palabras le mordían el alma. Había tratado de ridículo y loco al viejo Catalino. Hasta le había llegado a decir: “Ya usted jugó. Antes eran otros cuentos. Ahora son otros”. Las piernas le temblaban y sentía que por más que intentaba dar un paso no se movía del mismo sitio.

—¿Y ése no es el novio de Melisa? —preguntó Eusebio.

—El mismo —respondió el otro abuelo.

—Parece que estamos en mejores condiciones que él.

—Es de esperarse. Ellos se han dormido. Río que no anda se pudre.

Los viejos pasaron y quedaron solos en los últimos diez kilómetros de montaña. Iban a paso lento y seguro. La cima los esperaba como las otras veces. Los hombres de la última ambulancia sonrieron y se pusieron a tomar agua de la que los viejos les indicaron.

—¡Qué fácil se vence cuando se está preparado! —dijo un cruzojista.

—Si quieres ser bueno en un oficio, ejércitate mucho. Con disciplina y constancia todo es bajada en esta vida —contestó el otro.

Los viejos fueron recibidos admirablemente. La gente no lo creía. En la ambulancia llegaron Carlos y su compañero. “Algo tenemos que hacer para borrar esta vergüenza”, dijo Carlos. “Habrá que dejarse aconsejar

por los que saben y tienen experiencia”, le respondió su amigo.

Por la tarde, después de los agasajos, los dos viejos regresaron caminando y conversando como era su costumbre. El día estaba maravilloso. El aire suave y dulce. Todo les había salido bien.

—La próxima vez lo haremos en menos tiempo —dijo Catalino.

—Nos vemos en la plaza.

—Nos vemos.

## El ángel del Diablo

**E**l hombre apareció en el umbral. Jadeaba. Su rostro era irreconocible. Se desmayaba. El aire no le llegaba a los pulmones. Miró con unos ojos de súplica y se derrumbó. Había atravesado el bosque en un caballo. Había salido de donde lo dejó la improvisada barca. Había comenzado su viaje en un sueño y despertó cuando iba a comenzar su diálogo con las sombras que el mismo demonio le presentaba. Gesticuló con grandes esfuerzos y no alcanzó a decir nada en medio del espanto. Su alma dio un salto y del golpe que se dio con el techo se despertó y salió corriendo como poseída. Se hallaba en un profundo pozo denso de sombras. Cómo pudo llegar arriba, no se sabe. Pero ya en la superficie descendió a la orilla del río y de alguna manera empujó un tronco a la corriente y se dejó ir. En alguna parte el tronco fue envuelto por un remolino que después lo soltó hacia una orilla y allí despertó en tierra. En el fondo de un prado relinchó un caballo y el hombre no demoró en hacerse de nuevo transporte y lanzarse al camino. Parecía estar siendo llamado de alguna parte. Imposible era cambiar la dirección de su caballo. Algo lo atraía con una fuerza

voraz e incontenible. El corazón le daba saltos. Sus ojos no tenían luz sino un fuego rojo azulado. El hombre iba para alguna parte. Quería llegar a algún lado. Espueleó al caballo y éste cruzó el llano, subió y bajó la montaña y de nuevo el llano y se reventó en el camino de tanto correr. Un viento fuerte arrastró al hombre hasta la puerta donde ahora aparecía, deshecho, inhumano y sin ningún semblante de vivo.

Dijo muchas cosas en el delirio. Su rostro pasaba de rojo a negro y algunas veces su cuerpo perdía la forma. Algo por dentro le daba salto, y el hombre se convulsionaba. No pude dejar de mirarlo revolcarse en la cama. Parecía una rata cuando cae en un brasero. Se llevaba las manos a la cara y decía: “No, no. Yo no diré nada”. Me dejaron cuidándolo las tres primeras noches. En la primera noche sólo tembló y echó un sudor como de caballo. Después, en la madrugada, le comenzaron a salir espumarajos negros como murciélagos, y los ojos parecían dos brasas que sopla el viento. Cualquiera dice que un viejo como yo no se asusta, pero mi piel se horrorizaba, mi alma se estremecía, mi corazón no hallaba cómo respirar. Jamás había visto cosa parecida. En alguna parte de la madrugada, el hombre se quedó dormido. No sé si entre dormido y despierto vi que algo se levantaba. Flotaba en la cama en el sueño más profundo como si nada hubiera pasado en esta vida. Cuando lo recogieron de la puerta donde cayó, hubo necesidad de cinco hombres para poderlo levantar. Estaba más pesado que un caballo. Cuando cayó a la cama, los resortes se hundieron como si colocaran una ballena. Pero a esa hora de la madrugada se podía decir que cualquier aire que penetrara

en aquel cuarto lo podía mover de un lugar a otro. Yo evitaba respirar para no despertarlo, para no estarlo absorbiendo y expulsando con mi respiración. Tratando de contener el aire, me dormí.

—Vengo del más allá.

—¿Qué dice?

—He visto al Diablo.

—Descanse.

El doctor le pasó la mano por la frente. “Está delirando en fiebre”, dijo.

—Se los juro.

—Denle un calmante para que duerma.

—¡No me dejen solo! ¡Él vendrá por mí! ¡No se vayan!

Un fuerte viento resonó en todo el cuarto. Un viento frío. Llegaba hasta los huesos. La oscuridad se partió con un rayo y la cara del hombre quedó en la fotografía de unos ojos detrás de la ventana. El hombre quiso incorporarse, pero un terror interno lo paralizó. Sus ojos abrieron enormemente un color de fuego y sangre. La lengua se le enredó y el grito quedó en el camino. La sombra avanzó sin tocar las paredes y llegó hasta él.

—¿Por qué has querido escapar, hijo mío?

El hombre, tendido en la cama, lleno de pavor, no dijo nada.

—¿No te das cuenta que soy tu sombra y que ninguna luz te apartará de mí?

El mismo silencio.

—Nada, absolutamente nada te podrá llevar lejos de mí.

*“Hice un intento de retroceder en la cama. Pero mi cuerpo estaba paralizado. Nada me respondía. Mis ojos fijos no parpadeaban. Nada de la poca vida me respondía. Un nuevo rayo deshizo la noche. Y lo vi. Era él. Tenía la cara roja y llorosa. Tal vez trataba de reírse, pero a la vez semejaba llanto.*

*—¿Por qué me quieres abandonar ahora que más te necesito? —inquirió la sombra. ¡Contéstame!*

*No sé qué dije. No sé si fui el que dijo algo, pero abrí la boca y me salieron unas palabras así como: “Nada te debo”.*

*—Dijiste que querías ser mi Ángel. Hermoso y bello. ¿Por qué te espantas ahora? ¿Acaso te arrepientes? —dijo el Diablo.*

*—Renuncio a mi locura. Te rechazo.*

*El animal dio la espalda, abrió los brazos y dio un grito. Los vidrios de las ventanas se reventaron. El resto del mundo despertó. La bestia traspuso el umbral. Al cabo de un rato entró el golpe de gente. Delante venían los doctores. Me pusieron la camisa de fuerza y me arrastraron hasta el fondo del pasillo. Sentí la misma sensación de miedo y angustia. Me ahogaba en un desespero en aquella oscuridad silenciosa. “Dios mío, ahora soy presa fácil de esa bestia”. Una gota me comenzó a caer en la cabeza. Un martillazo era aquello después de unos minutos. Estaba volviendo a vivir y ahora sentía que ese regreso me lo estaban cobrando caro. La sombra me apretaba en el cuello. Me estaba asfixiando. Yo sabía que era él que silenciosamente se había ocultado en alguna parte.*

*Mejor les digo cómo fue que empezó esto. “¡Satan, quienquiera seas, si ese nombre te complace, así*

*te invoco!". Eso dije con el ojo lleno de terror, angustiado, con el corazón temblando. Desde alguna parte del mundo se revolvieron todos los vientos. Se convocaron todas las fuerzas. Se dejó venir toda la oscuridad. De alguna parte me subió el pavor. Para alguna parte se me fueron todas mis manifestaciones vitales. Quedé paralizado, como si aquella espesa noche hubiera sido una gran red. Quedé oyendo el bramido del mundo que se precipitaba, que se abalanzaba contra la casa, como un toro furioso, feroz, titánico. Presentí el golpe terrible, que la casa iba a ser rodeada por un vertiginoso remolino, que iba a ser hundida en el abismo más profundo y que luego iban a aparecer todas las cosas desintegradas y que mi alma iba a estar haciéndose polvo del miedo. Sobre todo aquel cadáver del mundo iba a estar el Diablo. Se vio un relámpago e instantáneamente se oyó el trueno. "Ya soy hombre muerto. Maldito Diablo", dije o pensé. Aún me quedaba movimiento en la mente. "Quienquiera seas, es horrible saber que vendrás, que yo estaré frente a ti y no tendré fuerzas para verte a los ojos", volví a pensar quedito, sin tanto respiro. "Aquí estoy. Tú me has llamado". Lo que me había comido y bebido esa noche fue expulsado. Tal vez pensé: "Dónde está, qué diantres se hizo". No se veía nada, pero se sentía la presencia de una fuerza maligna y poderosa. Pero ni eso era ajeno a él. Leía la mente y sobre todo mi mente angustiada y en zozobra.*

*—Sólo a mis ángeles le es permitido verme. ¿Quieres ser uno de los míos? —dijo la voz.*

*—¿Qué debo hacer?*

*—Algo simple: debes entrar en la mente de todos tus paisanos y hacer que se cumplan sus sueños.*

—¿*Todos?*

—*Así es.*

—¿*Y yo que obtengo?*

—*Nada.*

—¿*Nada?*

—*Puedes renunciar a quedarte a vivir en alguno de los sueños de esas criaturas. Yo seré tu sueño. Tú no soñarás nada.*

*Yo no supe qué contestar”.*

Yo estaba escribiendo un cuento. No sé por qué motivo una puerta se abrió. No le di ninguna importancia y seguí en el teclado. Llegué exactamente donde el texto dice: “La sombra se escurrió en otra sombra”. Paré de escribir y salí a hacer una llamada. Tenía que comunicarme con mi amigo Miguel Fajardo. Cerré la puerta de la casa, pero el portón lo dejé sin llave. Llamé y del otro lado nadie levantó el teléfono. Intenté de nuevo y nada. Igual que todos estos días atrás. Siempre que llamaba a Liberia (ese lugar insoportable de día y delicioso de noche) únicamente oía sonar los tres primeros números. Los demás estaban como muertos o tenían un sonido demasiado bajo y diferente. Ya comenzó a preocuparme el asunto. Volví a casa. En el camino encontré un alacrán negro. Llevaba la ponzoña levantada. Dos veces intenté aplastarlo con el pie y dos veces fallé. Me tuve que quitar la chancleta y darle tres veces. Una sangre negra quedó pegada en la suela. La misma sangre con que marqué el camino que recorrería la siniestra figura cuando salí de aquí. Cuando regresé la puerta estaba entreabierta. Me dio un salto el pecho. Sólo una luz encendida. Una puerta golpeaba.

Un viento suave y aromado llenaba la casa. Cuando puse el pie en el umbral mis ojos no supieron qué vieron. Una figura se pasaba de un cuarto a otro. Cuando la buscaba en el último lugar donde la había visto, la veía pasar hacia otro, y así fue hasta que me llené de espanto cuando se tropezó conmigo.

—Te he aislado del mundo. ¿Para qué llamas donde no estoy? Nadie te contestará. Nadie te verá. Aunque no lo quieras, serás siempre mi Ángel. No te daré lo que me pediste. Andarás por esta casa y ningún ojo tropezará contigo. Hablarás y no tendrás voz reconocible. Sólo cuando yo lo quiera serás visto y oído. Pero nadie te creerá. Todo mundo pensará que nunca antes te ha visto. Como esos viejos que ya nadie alza a ver. Como sus voces que intentan salir y no se articulan en ninguna parte.

No dije nada. Fui a mi espejo y nadie se asomó. Ni yo mismo me podía ver. Toqué el vidrio y nada estaba. No tuve necesidad de abrir más las puertas. Nunca llegué a ningún lado y estuve en todas partes, según el antojo del Diablo. Hasta que un día me puse a escribir todas sus palabras al revés y me salí de su alma. Entonces hice todo lo que ya he dicho más arriba. Busqué cómo alejarme de su halo de furor. Fue cuando aparecí en este otro umbral. Y aquí estoy para que ustedes me salven.



## Los perros del paraíso

**E**ra tarde. La noche se llenó de jadeos. Infernales animales husmeaban en las entrañas de la oscuridad. En el fondo se oyó un gemido. Era como para persignarse. Las tres mujeres se hicieron la cruz y avanzaron despacito por sobre los terrones con el alma echa un puño.

—¿Qué será eso?

—¡Jamás he oído algo parecido!

—Que las tres divinas personas nos protejan.

Las sombras se fueron alejando sigilosas, santiaguándose y con un sobresalto corrosivo en el pecho. Los grillos habían cesado su concierto. Los perros parecían haber agarrado una presa, una irrompible presa. Forcejeaban como disputándose el tamaño de la sombra. Después vino un silencio. Ya no se oyó más el gemido. Las mujeres terminaron de atravesar el bosque.

—Ojalá no haya sido nadie.

—No creo que se tratara de una persona.

—Ojalá que no.

Detrás de los árboles y de las sombras se movía otra sombra. Pese a los cuentos, aquellas eran las únicas mujeres que se atrevían a cruzar el bosque de los

perros. Cuentan que fueron ellas quienes los criaron y los adiestraron a ver en la oscuridad. Pero si uno les pregunta algo al respecto, ya no tienen memoria para reconstruirnos esos cuentos. Otras malas lenguas refieren que los animales fueron entrenados por el ejército para rastrear en la noche a los revoltosos: todas las noches sus dueños salen a cazar comida para sus mascotas como en tiempos de los conquistadores.

De día aquel bosque es un verdadero paraíso, pero de noche sólo almas en pena pueden desafiar el espantoso jadeo en la oscuridad. Es como correr por el laberinto perseguido por una bestia tricéfala. Uno pasa por el medio de los árboles. El miedo lo hace a uno invisible y desmaterializable ante aquella sombra que le muerde los talones en aquel sinuoso paraíso.

## Proyecto exterminio

**D**espués de los treinta años ya no se puede seguir siendo inocente. No siempre se puede seguir viviendo en esa jaula que le hacen a uno con miedo, con amenazas, con déjalo, él es así. Uno es bueno hasta que lo prueban. Los haré pedazos. Les romperé los dientes. Esos que están preñados de maldad y han dado a luz la mentira, de hoy no pasan. (¡Qué arrogancia, muchacho!). A todos nos llega la hora de hacer algo contra lo mandado, incluso contra nuestros propios e inquebrantables principios. No se puede seguir viviendo con el pálpito en el aire, tratando de descifrar por qué tal ruido en la noche, por qué la luz de la calle está apagada, por qué los perros estarán ladrando, quiénes vendrán en aquel grupo... De verdad que no es nada saludable tener que rehuir a las esquinas, perder la calle, quedarse a vivir como si no se viviera, tan sólo porque alguien amenaza allá afuera, alguien dice si te llevo a ver, si te me pones en el camino, en la primera oportunidad que te encuentre... No sé por qué uno soporta tantas cosas. (Pendejo que es uno. Una bola de pendejo). Por qué deja uno que se teja una cadena de atropellos y descalabros que le estrujan el alma, el hígado.

Que le agotan la paciente impaciencia y no hace nada, porque hay un muro de fusiles, una muralla de imposibles, una distancia entre lo que puedo hacer y lo que se me permite. Pero estoy cansado de ser un aguántalo todo, de ser bueno a la fuerza. Creo que nací para matar a alguien. (Te estás poniendo por encima de la ley, por encima del bien y del mal. Te estás pareciendo a un héroe de película gringa. ¡Qué avance más asombroso!). Muchos lo han hecho. Muchos ya tienen su víctima. Yo creo que éste es un juego. Voy a jugar. (¡Qué simpático, va a jugar de matón!). Yo también tendré un muerto bajo tierra. Ya se me atravesó en el camino. Ya sé qué hacer cuando pase cerca de mí. Por malo lo tiene la gente. Por bueno únicamente su madre que trata de ocultarlo de todo peligro, de esconderlo de todo mal presagio, de borrarlo de malos ojos. Ella se pelea a muerte por decir que su hijo es todo lo contrario de lo que la gente afirma y rumora. Maldita sea. Siempre la madre. (Putá madre. El amor soporta todo y lo salva todo. ¡Vaya economía de la salvación!). El amor tapa todo con el manto de la esperanza que ve lo que nadie sospecha. Pero también crea una bomba gigantesca. Un peligroso petardo que le explotará en la cara a cualquiera. Yo también soy bueno, aunque mi madre nunca lo haya dicho. Pero estoy cansado de estas cosas. Hoy se me ha presentado la oportunidad de salvar mi pellejo y mi alma. (El asesinato redentor. El sacrificio necesario. ¡Qué conmovedor! ¡Qué profundo!).

—Me propuse matarlos, y ya que estás muerto, ahora sí, conversemos. (Famosa filosofía de dispara primero e interroga después).

—¿No nos encontrarás a todos?

—Sí lo haré.

—No obtendrás lo que quieres.

—Claro que sí. Les daré una muerte inútil. Una muerte que no los lleve a ninguna parte.

—¿Qué muerte me dejas a mí?

—Te liberaré de tu pasado y podrás andar libre, sin ningún miedo.

—¿Temes a algo que yo pueda recordar?

—Que sigan recordando lo que hicieron y en eso se complazcan. Arderán como hierba seca, se desvanecerán como el humo quienes mataron a mi mujer y a mis hijos.

—¿Y si te matan primero?

—Le encargaré su muerte a otro. (No entiendo nada. ¿Qué estará queriendo decir?).

Yo haré ese trabajo. No hay dinero que pueda comprar la vida de un hombre para que viva siempre y se libre de la muerte, dice en alguna parte. Yo no tengo nada ni pagaré nada por la vida de nadie. Eso parece que me conforta un poco. Pero el corazón me salta en el pecho. El terror de la muerte cae sobre mí. Me hace temblar la voz de mis enemigos. Me entra un temor espantoso. ¡Tiemblo de miedo! (¡Vaya héroe!). Ojalá tuviera alas: volaría y podría descansar. Correría presuroso a protegerme de la furia del viento. No sé si renunciar a este largo delito. Un muerto es suficiente. Tal vez él se encargue de perseguir a los otros. Tendré que regresar a devolverle la memoria. No es bueno que muera feliz. No se merece una eternidad en paz. Con eso hago historia. Será la sombra que acosará a

los otros. No les dará tregua. No tendrán un solo segundo de paz. Pero no puedo ser más cobarde. ¡Cae-rán vivos en el sepulcro mis enemigos! ¡No vivirán ni la mitad de su vida esos asesinos! Yo haré que caigan en el fondo del sepulcro. (Me estoy volviendo estúpido. Mejor me hubiera puesto a leer).

Así son las noches de mi soledad. Un malestar el no poder quedarme quieto en ningún rincón de la casa. Me entran ganas de implorarle a algún dios: “Rómpeles los dientes y colmillos a esos leones. Que desaparezcan como el agua que se escurre. Que se sequen como el pasto, que sean arrancados con furia como el pasto verde. ¿Cuándo has visto a un dios que conviva con tanta basura? ¿No y que eres un dios fuerte y poderoso? Devuélveles mal por mal. Bórralos del libro de la vida”. Se oye un eco en el interior de mi sombra puesta en algún rincón. Trato de ubicarlo. Apago mi respiración. No se atreve a pasar adelante. Me desconoce. Me increpa:

—Borra de tu mente esas ideas.

—Es lo único que puedo pensar libremente.

—Sólo es libre quien sufre todo como en un sueño.

—No puedo asumir la vida del que vive del otro lado del espejo. Acá, de este lado, están otras cosas que no habitan en aquellas sombras.

—Las sombras esas son buenas.

—Estoy cansado de ser bueno, porque los buenos están a medias muertos.

—Sabes que el hombre no es dueño de su vida, que no tiene dominio sobre su destino.

—Son revelaciones falsas, visiones engañosas, inventos de tu propia fantasía. Lo único que pido es que los borres por completo una y otra vez.

—No puedo.

—¿No puedes?

—No puedo destruir mi propia sombra.

Éstas son mis conversaciones con Dios, cuando su sombra baja en la ventana. Es un viejo terco. Sabe que no puede salir a esas horas de la noche. Pero dice que no le teme a una pulmonía. Creo que anda con guardaespaldas, sombras luminosas que rondan la casa con unas serenas vibraciones de pájaros sin alas. Lo dejo hablando solo y se marcha. Me doy media vuelta y le toco el hombro al muerto.

—¿Qué quieres ahora?

—Ya no podrás morir otra vez porque solo una vida tenías. De modo que te encomiendo mi proyecto. Tú los conoces mejor que yo, sabes dónde viven, cuáles son sus amistades y lugares favoritos. Da con ellos y darás con tu pasado.

Se queda callado. Se le nota una sonrisa de satisfacción. No dice nada cuando me levanto. “Por este muerto no llego a ser asesino. Los muertos no pueden matar a nadie. De manera que no quiero a nadie detrás de mí jodiéndome la vida”.

—¿Te enteraste de las noticias?

—No. ¿Cuáles?

—Las del muerto que mata a los vivos.

—Ficciones, mujer.

Mi hermana lee el periódico. Las fotografías de sangre. Veo una mano levantada hacia donde estoy. Parece que apunta hacia acá. “Ya son noticia”, pienso. Voy como una sombra hacia el cuarto. Me siento más liviano. Más tranquilo. Ella no sabe nada y a mí nada me preocupa. “Alfredo”, oigo que llama. “Dicen que agarraron al asesino”. No me atrevo a preguntarle cómo se llama, supongo que el muerto mío. Pero ella me dice: “Alfredo Jiménez Cruz. Tienes un doble que es asesino y está en la cárcel”. Lo único que se me ocurre es palpar mi cuerpo. Cuando ella me viene a mostrar la fotografía del asesino, ya no estoy. No sé a qué lado he caído. Uno está vivo hasta que mata. Después de eso ya no es nadie.

## Nuestra canción triste para otros

—**L**eopoldo, ¿qué estará sucediendo en esa casa?  
—Cosas raras, por lo que se oye.

Los dos viejos empezaban a intrigarse. Ella se levantaba y se asomaba por la ventana para ver si veía algo en la oscuridad.

—Parece felicidad, Leopoldo.

—Me parece más bien dolor.

—Debe ser algo extraño, porque los perros están ladrando y a mí se me estremece el cuerpo.

—Eso digo yo. ¿Por qué están aullando esos malditos animales a estas horas, Domitila? Dime.

—Cosa que hay que averiguar.

Domitila hablaba muy discretamente con mi esposa, en son de hacer conversa sobre lo que le pasaba. En son de averiguar por qué aquellos gritos la hacían volverse al revés. Le ofrecía limones. Veía la cara de felicidad en mi esposa. Miraba sus brazos, sus piernas y el rostro sin golpes. “Debe tener los golpes muy adentro. No se le ven moretes”, pensaba Domitila Delgado Torres. “Algo debe ser. Esos lamentos deben ser de algo”.

—Muchas gracias —le decía mi esposa.

—No me gusta que se pierdan —contestaba la señora y se iba dándole vuelta al asunto.

—Debe ser alegría, Domitila.

—Algo que nunca hicimos nosotros, Leopoldo. Algo que se nos fue sin que lo viéramos llegar —dijo ella con una voz de pájaro que volvía del pasado.

Domitila había estado averiguando sobre aquellos gritos, aquella cruda felicidad que se escapaba de nuestro cuarto, de los zarpazos y lamidos del tigre a su tigre en la oscuridad. De sólo pensarlo se sintió maldita, desdichada, indeseada. Un hondo rencor contra su marido se le fue levantando de su tímido corazón que de pronto recobraba fuerza. Se descubrió inutilizada, desmantelada, desarmada. “Una bicicleta pedaleada para que otro llegara. Una mujer que no me he descubierto, que nunca he sabido de qué alto podrían saltar mis hormonas, qué tan lejos podría volar”. Ése era su miserable reproche contra su escuálido hombre.

—Sólo quiero saber si usted es feliz.

—¿Para qué quiere saber?

—Usted tiene un alma que yo nunca he tenido.

—No sé a qué viene el tema.

—Quiero saber si lo que usted expresa es gozo o dolor.

—Aún no creo entender nada.

—Usted sabe. La oigo de noche. La oímos...

—¿Qué oye? ¿De aquí?

—Gritos, como gemidos o lamentos.

Mi esposa cayó en la cuenta. Entonces supo por dónde iba la señora. Notó en sus ojos una infeliz inocencia, una luz apagada por el desencanto y otra luz deseosa de haber saboreado la edad que ya no estaba. Se lo dijo todo con una palabra, con un gesto. También supo en un instante que Domitila jamás estuvo en esa garra. “Pobre mujer. Tanta vida perdida”, fue lo único que dijo cuando la señora se fue. “Oíste, amor, lo que se sale por las noches de esta casa”, me dijo cuando subió al cuarto. Yo simplemente dije así es y me puse a pensar en esas otras cosas que se nos habrán escapado del alma y que no sabemos a quién han ido a tocar, qué fuego han ido a avivar.

No se volvió a ver por el patio, por entre los mangos, por entre el naranjo y el limón dulce. Se había hundido en una de esas tristezas que sobrevienen cuando todo es irremediable y que un día pudo haber sucedido, porque se tuvo la oportunidad, tuvo el momento y estuvo en el lugar preciso para hacerlo, pero que se equivocó de persona. Miró lejos y no pudo volver a tocar el tiempo de la misma manera. Había creído cumplir a cabalidad su papel de esposa. Había sido madre. ¿Y mujer? ¿Qué era eso? Acostada con el rostro hacia la pared, se le deslizaba una tibia lágrima que oía caer sobre la almohada como el deshielo de un corazón arrasado. En aquel silencio de la noche todavía podía oír cómo esa lágrima atravesaba la espuma y se filtraba en todo el colchón y sentía que todo su cuerpo entraba en un hielo enorme. Leopoldo la oía hipiar leve y trataba de alcanzarla con la mano y preguntarle qué te pasa, pero Domitila no soltaba una palabra. La misma respuesta de siempre derramó el vaso de paciencia de Leopoldo.

—Dime qué te pasa, mujer, de una vez. ¿Tienes algo que decirme? ¿Te hace falta algo? ¿Te he fallado en algo? Si no me tienes confianza...

Ella vio una puerta en aquella oscuridad y se vino bien despacio por las sombras. Entonces soltó lo que tanto había guardado.

—Tengo un reclamo, Leopoldo: ¿por qué no has sabido ser hombre conmigo?, ¿por qué no me has hecho sentir mujer?

—¿Qué? —dijo Leopoldo y tragó grueso y seco. ¿De qué estás hablando?

—Nunca has sido hombre, Leopoldo. Nunca...

—¿Cuándo te ha faltado algo, cuándo has pasado hambre, cuándo te he dejado sola?

—No estoy hablando de eso.

—Entonces, ¿qué son esos reproches?

—Convertirme en tu esposa no me hizo mujer. El ser madre tampoco. Que te hayas quedado con mi virginidad no te hizo hombre. De lo único que he sabido es de dolor: cuando me acosté contigo por primera vez, cuando te parí a tus hijos, cuando menstrué... Nunca tuve un goce, una noche que me hiciera desear-te la siguiente noche.

Leopoldo sintió el latigazo de aquellas palabras. También hubiera querido decir que él tampoco había sabido lo que era un gozo. Apretó sus labios para que esas palabras no salieran y se las tragó. Retiró el brazo y se echó para atrás.

—Ya es tarde —dijo él.

—Por lo menos dame el consuelo de ser escuchada. Deja que te desembuche este nudo que ya no puedo tragarme.

—Es que estás molesta, Domitila. Crees que soy culpable.

—No es dolor, es placer lo que esa muchacha vive cada noche. Él sí sabe qué hacer con ella. Él sí sabe encontrarla. Pero tú sólo te subías y ya...

—¿Por qué tienes que hablar de esas cosas? Eran otros tiempos.

—Pero siempre he sido la misma con el mismo cuerpo, con las mismas partes de ella y tú con las mismas partes de él.

Leopoldo no dijo nada desde la oscuridad en que estaba. El tiempo se había ido y a los dos se los había llevado. Los perros habían empezado a aullar. Nosotros pensábamos que la señora estaba despierta con la oreja parada y procurábamos que no se nos salieran tan fuertes los gemidos. Pero el amor era tan sabroso que nos hacía olvidar esas tragedias y nos dejábamos ir a uno y a otro vuelo hasta quedar rendidos.



## Un golpe de palabra

**N**o me venga a decir que yo lo maté. No le he puesto una sola mano encima. Sólo le dije muérete viejo desgraciado y púdrete. Y me fui. Cuando regresé le salían los gusanos por la boca. Las palabras son palabras que se las lleva el viento. Él se las tomó muy en serio. Pero yo no hice nada. Ni que yo fuera Dios.

*Heredia, 1994-1995.*



Este libro se imprimió en el mes de octubre del 2005, en el Programa de Publicaciones e Impresiones de la Universidad Nacional, bajo la dirección de Maximiliano García Villalobos; consta de un tiraje de 600 ejemplares en papel editorial y cartulina barnizable.

E.08-5—P.UNA



**OTRAS PUBLICACIONES EUNA**

**ABRIR LOS OJOS**

Julieta Pinto

**A PESAR DE MUJER**

Rosibel Morera

**EL VANGUARDISMO LITERARIO**

Carlos Fco. Monge

**LA LITERATURA IBEROAMERICANA  
EN EL SIGLO XVIII**

Juan Durán Luzio

**MUJERES FORJADORAS DEL  
PENSAMIENTO COSTARRICENSE**

Grace Prada

**AVATARES DEL SUJETO**

Maynor Antonio Mora

*“Esos viejos que van ahí son el niño que vamos a ser cuando estemos como ellos”.*

Quien tiene años no sólo acumula achaques, sino también sabiduría. Quien ha llegado a viejo no sólo ha recorrido mundo, sino que también ha dejado muchos pasos perdidos. A esta idea nos conduce *Deudas de olvido*, relatos cuyos personajes se pierden en sus dolores y en sus sabores, en sus recuerdos y en sus sueños. El autor ha sabido plasmar esa voz melancólica y dulcificada por los años que tienen los viejos en su corazón y en lo que les queda de memoria para colocarnos ante su dramática existencia que se desvanece conforme pasan los días.

Con los años, estos viejos han vuelto a ser niños: el tiempo les ha devuelto la inhabilidad del cuerpo, la impericia de las palabras y la invisibilidad de las cosas. Se pasean por el mundo como si nunca lo hubieran recorrido, gesticulan palabras como si jamás las hubieran pronunciado y con una curiosidad inusitada desean palpar aquello que sus ojos no logran asir. Definitivamente están redescubriendo un mundo que en un instante se les pierde y los deja atrás.

Jorge Ramírez Caro nos coloca en el lado trágico de la vejez al destaparnos la interioridad de personajes que se debaten entre el olvido y la memoria, entre el desconocimiento y el descubrimiento del mundo, entre la luz y la oscuridad con que se van revisitando las cosas, entre el deseo de alcanzar y la imposibilidad de dar con la puerta por donde se ha ido un tiempo que jamás volverá y que los ha dejado vacíos de la vida y la memoria que les prestaron. Al final se dan cuenta de que el mundo estaba sostenido por la memoria. Una vez que el olvido irrumpe en su casa y los expulsa, lo vivido se viene abajo, la realidad se desinfla y los caminos no conducen a otro lugar que no sea a la muerte o al olvido.

*“Entonces volverán a ser los mismos niños que nosotros llegaremos a ser cuando estemos viejos”.*